

# Table of Contents

[La voz interior](#Top_of_titulo_xhtml)

[Portadilla VI Aniversario](#Top_of_portadilla_xhtml)

[Primera parte: El conficto](#Top_of_eplpart01_xhtml)

[1](#1)

[2](#2)

[3](#3)

[4](#4)

[5](#5)

[6](#6)

[7](#7)

[8](#8)

[9](#9)

[10](#10)

[11](#11)

[12](#12)

[13](#13)

[14](#14)

[15](#15)

[16](#16)

[17](#17)

[18](#18)

[19](#19)

[20](#20)

[Intermedio](#Top_of_eplint_xhtml)

[21](#21)

[22](#22)

[23](#23)

[24](#24)

[25](#25)

[26](#26)

[Segunda parte: La búsqueda](#Top_of_eplpar02_xhtml)

[27](#27)

[28](#28)

[29](#29)

[30](#30)

[31](#31)

[32](#32)

[33](#33)

[34](#34)

[35](#35)

[36](#36)

[37](#37)

[38](#38)

[39](#39)

[40](#40)

[41](#41)

[42](#42)

[43](#43)

[44](#44)

[45](#45)

[46](#46)

[47](#47)

[48](#48)

[49](#49)

[50](#50)

[51](#51)

[52](#52)

[53](#53)

[54](#54)

[55](#55)

[Epílogo](#Top_of_eplepi_xhtml)

En un internado femenino dirigido por religiosas se ha cometido una falta grave: un chico ha estado de noche en la habitación de una alumna de COU. Como no se sabe de qué alumna se trata, la directora reúne a todas las chicas del pabellón y amenaza con expedientarlas si no aparece la culpable. La amenaza surte efecto y al días siguiente hay una delación anónima y una expulsión.

Pero sor María, monja inquieta, abierta y nada convencional, se niega a dar el caso por cerrado. Cree que la delatora no podrá soportar mucho tiempo el peso de su mala acción, y emprende uan singular investigación policial para averiguar quién es y poder ayudarla.



Jordi Sierra i Fabra

La voz interior

Gran angular - 165

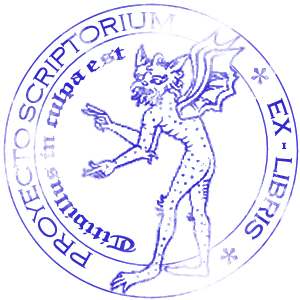
ePub r1.1

Titivillus 12.05.2019

Jordi Sierra i Fabra, 1997

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



A la hermana Ninfa Watt,

que me inspiró el personaje

de la protagonista de este libro.



# PRIMERA PARTE: EL CONFLICTO

## 1

En el colegio había un revuelo considerable.

Algunas de las chicas aún se preguntaban qué sucedía. Otras difundían la noticia en voz baja. En medio de la expectación, de los murmullos y los susurros, el ruido de los pasos, perezosos, era una ola creciente que confluía en los aledaños del salón de actos. Algunas monjas parecían conducir la grey con calma y tranquilidad, pero en el fondo subyacía una tensión que crecía y subía en espiral.

Una a una o en grupos de dos o tres, las alumnas fueron entrando en el salón de actos. Era inútil ocupar las últimas filas. De sobra sabían, por la experiencia de otras veces, que cuanto más atrás se colocaran, más adelante las harían sentarse si quedaban huecos en las primeras filas. Por lo tanto, a medida que entraban, se iban acomodando en los asientos libres con orden y disciplina. Los murmullos no cesaban, pero en el interior del salón se hacían más quedos. En esta ocasión, el estrado no estaba preparado y acondicionado como para charlas, conferencias, entregas de premios y demás convocatorias. Con la cortina de solemnes tonos granates echada, el espacio frontal se reducía a un par de metros. Parecía que, de un momento a otro, la cortina se abriría y comenzaría un acto solemne, pero la certeza de que eso no iba a suceder daba más dramatismo a la situación.

Una convocatoria en el salón de actos, nada más iniciarse la jornada, era alarmante; el tema, urgente; la expectación, máxima.

Y sólo para ellas, las del pabellón dos del colegio.

La última de las internas ocupó su asiento, y por detrás, las dos monjas que habían dirigido su entrada cerraron las dos puertas de acceso al recinto. Casi al mismo tiempo entró por una de las puertas laterales la práctica totalidad de las profesoras, la mayoría seglares, con la superiora al frente. Aunque cada una tenía sus cosas, ninguna igualaba a la superiora. Dicen que las personas bajas tienen mal carácter. La superiora era muy baja, y su carácter estaba a la altura de las circunstancias. Al ver su rostro duro, su entrecejo fruncido, sus labios en media luna, con las puntas hacia abajo, y su paso decidido y firme, hasta las más optimistas se echaron a temblar.

Se levantaron de golpe.

La superiora subió al estrado. Las restantes profesoras se quedaron abajo, en los lados, quietas y silenciosas como lo estaban ahora las alumnas, pasado el alboroto que armaron al ponerse de pie. Una vez arriba, la mujer no perdió ni un solo segundo. Ni siquiera les deseó buenos días.

—Siéntense —ordenó.

No le hacía falta equipo de megafonía. Tenía una voz directa, fuerte, metálica. Los años, que probablemente le pesaban, no habían hecho mella en sus cuerdas vocales. Como no daba clases, las conservaba bien.

Las alumnas se sentaron, y a los pocos segundos de apagarse el último eco de su movimiento, la superiora paseó su mirada por encima de las cabezas. Algunas incluso se encogieron al ver la expresión de sus ojos. Casi al instante, volvió a escucharse el latigazo de su voz.

—Anoche —comenzó—, alguien vio salir a una persona del pabellón dos. Concretamente vio salir a un hombre —dejó que esta matización calara hondo en las muchachas—. No fue posible detenerlo porque era una persona ágil, probablemente muy joven. Saltó el muro sin que se lograra identificarlo.

Algunas de las chicas se removieron en sus asientos. Ninguna comentó nada con la compañera de al lado. Sabían que quien sonriera o musitara algo, podía cargársela, y la situación era, con mucho, la más tensa que se había vivido allí desde hacía tiempo. Esperaron a que la superiora continuara. Y lo hizo inmediatamente.

—No necesito decirles que se ha cometido una falta grave, muy grave, la más grave en los muchos años de existencia de este centro. Y por eso están aquí. Por eso se las ha reunido. No es algo que pueda ignorarse o pasarse por alto. Están en entredicho el buen nombre y la reputación de este colegio —el tono cambió de pronto—. ¡Exijo a la responsable, a la alumna de cuya habitación salía esa persona, que tenga el valor y la honradez de aceptar su culpa, dándose a conocer!

Ahora, en el silencio que siguió a la andanada final, si hubo cruces de miradas, pero de miradas subrepticias, temerosas. Ojos expectantes, recelosos, la mayoría de miedo, con soma o ironía los menos, quizás los que no sabían qué iba a pasar a continuación.

—De acuerdo —la voz de la superiora recobró su tono inicial—. Está bien. Si la responsable no tiene el valor de ponerse en pie delante de sus compañeras, a las que ha insultado y ha puesto en entredicho con su acción, lo comprendo, aunque no lo acepto. A lo largo del día de hoy estaré en mi despacho, y allí, en privado, la escucharé. Espero, por su bien, que se dé a conocer. ¡Pero —el grito, por lo inesperado, hizo que más de una brincara en su asiento— quiero dejar muy clara una cosa: si la responsable no da la cara, se abrirá un expediente a todo el pabellón! ¿Lo han entendido?

Lo habían entendido. Claro y directo. Ahora sí se alzó por el aire cerrado del salón de actos un murmullo de disgusto. Y más cuando la superiora, sin pronunciar otra palabra, bajó del estrado con paso muy vivo e inició la retirada.

Detrás de ella, las chicas se quedaron como si les hubiera caído encima un jarro de agua muy fría, helada.

## 2

La superiora miró a la hermana Concepción desde detrás de su mesa de despacho. El ruido de la puerta tras la salida de doña Beatriz, la profesora de matemáticas, aún flotaba en la estancia, pero la religiosa no se concedió un segundo de respiro.

—¿Quién sigue ahora? —preguntó.

—La hermana María —dijo la hermana Concepción—. Es la última.

—Que pase.

Esperó a que la hermana Concepción abriera la puerta y llamara a la profesora de lengua y literatura, la más reciente de las incorporaciones al centro escolar. No era casual que fuese la última del claustro. La mayoría de las alumnas del pabellón dos daban clase con ella, y muchas ya la apreciaban, pese a que era nueva. La superiora lo sabía. Un talante conciliador, una alegría a toda prueba y un permanente optimismo le conferían una impronta especial, distinta. Tal vez demasiado distinta. No tuvo que aguardar mucho. Por el quicio apareció un cuerpo delgado, huesudo, con una falda corta y un cabello pajizo que contrastaban con el aspecto de las restantes monjas. La hermana María era sin duda hermosa, agradable, de facciones nobles, pero lo que más destacaba en ella era la energía que irradiaba todo su ser, su vitalidad, sus ojos grises y luminosos, sus labios delgados pero firmes. Y una tenacidad implacable que a veces llegaba a la obsesión y la devoraba. Era una profesora excelente, aunque su juventud… Claro que treinta y tres años tenía Jesucristo al morir.

Una edad que la directora del centro, en ocasiones, creía no haber tenido jamás, y menos con la fuerza de María.

——Siéntese, hermana.

Sor María obedeció y ocupó una de las dos sillas que había frente a la mesa. Una vez sentada, esperó a que la superiora iniciara la conversación, cosa que hizo de inmediato.

—Hermana María, ¿tiene idea de quién es la responsable del percance?

—No, claro —la monja frunció el entrecejo.

—¿Ningún indicio?

La hermana María continuó con el ceño, acentuando su extrañeza.

—¿Me ha llamado para preguntarme eso? —inquirió.

—Sí. ¿Por qué? —la que se extrañó ahora fue la superiora.

—¿Cree que si supiera algo… se lo diría?

—Por supuesto.

Su determinación chocó frontalmente con el pasmo de la hermana María. Fue como el choque del Mediterráneo contra el Atlántico en el estrecho de Gibraltar. El silencio de la visitante fue demasiado elocuente para que el carácter y el rigor de la dueña del despacho lo pasaran por alto.

—¿Callaría usted, hermana?

—Sí.

Fue una respuesta rápida, contundente, directa.

—¿Cómo dice?

—Es muy sencillo: estamos aquí para formar a las chicas, no para inculcarles el rencor. Y a su edad, una delación, venga de quien venga, es lo más cruel que existe, un atentado contra su espíritu y sus ideales.

—¡Hermana!

—Lo siento, madre —bajó los ojos, pero sin sumisión, sólo con respeto.

—¿No se da cuenta de que una cosa no tiene nada que ver con la otra? ¿No comprende que si pasamos esto por alto, si no investigamos y hallamos a la culpable, puede repetirlo otra muchacha, y que el buen nombre del centro…?

—Es justo investigar —la detuvo sor María—, porque se ha cometido una falta. Pero me parece espantoso pedirle a una profesora, o incluso a las alumnas, que se conviertan en delatoras.

—¿No aprueba usted lo que estoy haciendo?

—No —fue sincera.

Puede que esa sinceridad admirara a la superiora, pero lo cierto es que la molestó, y no se privó de manifestarlo.

—Hermana, nuestra tarea no se limita a instruir a esas muchachas: también tenemos que formarlas, moldearlas para el mañana, hacer de ellas seres humanos capaces de vivir en el mundo que las aguarda.

—¿Cómo espera que lo hagan si no defendemos lo más esencial a su edad?

—¿Y qué es lo más esencial a los quince, dieciséis o diecisiete años?

—La propia estima.

La superiora suspiró con fuerza. Sus ojos se empequeñecieron, sin apartarse de la Figura de su profesora. Comenzó a mover lentamente la cabeza hacia arriba y hacia abajo, como si asintiera, aunque estaba muy lejos de darle la razón a sor María. Cuando volvió a hablar, su voz estaba cargada de tristeza y frustración.

—Es usted una ingenua, hermana María. Lo sabía cuando llegó aquí, y en estos meses lo he comprobado. Es una buena profesora, se hace querer y, tal vez, incluso respetar a través de ese afecto, pero ahora me explico que haya tenido problemas en todos los centros de la congregación por los que ha pasado.

—No he tenido más que…

—Usted no debería haberse hecho religiosa, amiga mía —sonrió cansina la superiora—, sino miembro de una ONG. Me la imagino más luchando contra el vertido de productos tóxicos en el mar con los de Greenpeace a bordo de una zodiac o desplegando una pancarta en la plaza de Tiananmen que aquí.

—Pero estoy aquí —dijo ella—. Y me gusta lo que hago. Me gusta estar con las chicas y enseñar.

—Usted es una rebelde, una contestataria.

—No soy una inmovilista, desde luego —le dirigió una mirada temerosa—. Y no quiero decir que usted lo sea, por supuesto. No me gustaría que pensara…

—No cree que ninguna de las alumnas delate a la responsable, ¿verdad? —preguntó a bocajarro la superiora.

—Así es, no lo creo.

—Pues se equivoca —había algo de triunfal en la voz de la superiora—. Conozco mejor que usted la naturaleza humana. Ninguna de esas chicas quiere un expediente por la mala cabeza de otra. Una de ellas ha transgredido las normas, y no todas se quedarán impasibles cuando se les imponga un castigo por eso. Son hijas de buenas familias. Eso es lo que distingue nuestro centro. Tienen demasiado que perder, y muy poco que ganar. La mayoría son buenas estudiantes. También su prestigio está en juego.

—Sigo pensando que nadie delatará a una compañera.

—¿Por qué?

—Porque si alguien lo hiciera… —se detuvo, insegura.

—Siga —la animó la superiora.

—No importa. ¿Puedo irme? Tengo una clase y…

—¿Qué le preocupa, hermana María?

—La muchacha que recibió a ese hombre en su habitación cometió una falta grave, pero si alguien la delatase, incurriría en una falta mucho peor. Eso es lo que me preocupa. Por eso espero que no tenga usted razón.

La superiora volvió a mover la cabeza, ahora de un lado a otro. Estaba orgullosa del colegio, de su labor, y había aceptado desde el primer día el reto de encauzar a la nueva profesora actuando como una madre para canalizar aquella energía y aquella rebeldía. Pero nunca se había sentido tan incapaz como ahora.

Tal vez a causa de la ira que la invadía.

Una ira nada ejemplar, por cierto.

Tampoco había tiempo para discutir.

—Puede retirarse, hermana —dijo en tono seco.

Varios minutos después de que sor María abandonase el despacho, la superiora continuaba en la misma posición, silenciosa y atrapada por la irritación que le había causado la actitud de la hermana.

## 3

Tenía la mesa llena de exámenes, y ningún deseo de corregirlos, ni de echarles un vistazo. Estaba inquieta, nerviosa, y no por la conversación de la mañana con la superiora. Era por algo más. Algo que la estremecía y la agitaba. Desde niña había tenido un sexto sentido, una especie de alarma interior que la avisaba del peligro o de la inminencia de cosas importantes, buenas o malas. Lo que ahora intuía, lo que barruntaba, escapaba de su comprensión.

Se había enfrentado a la superiora.

Debía de estar loca.

Era su tercer destino, y no podía fallar. No debía caer en las mismas trampas de siempre. Aquella pasión mal entendida… ¿Por qué se ponía siempre del lado equivocado? Bueno, equivocado no, porque también en las dos ocasiones anteriores tenía razón, o creía tenerla… Sin embargo, la disciplina era la disciplina, y su deber prioritario era para con su congregación y para con el centro en el que enseñaba.

Su deber prioritario.

No, eso era lo malo. Su primer deber era hacer de aquellas muchachas algo más que meras estudiantes. Solía decir que su misión no era «enseñar», sino «despertar». El mundo estaba lleno de gente que andaba a oscuras, ciega y perdida, después de haber estudiado cosas útiles o inútiles en los libros, pero sin haber aprendido de la vida. De gente que no estudiaba por vocación, sino para tener un oficio y ganar dinero. De gente que acababa por convertirse en una pieza del mecanismo de producción y consumo. ¿Y los sentimientos?

Eso era ella, una sentimental.

Una tonta dominada por sus emociones.

Se miró en el espejo de su habitación. Sin los hábitos, con una sencilla bata encima, no era más que una mujer. Una mujer que amaba la vida, la enseñanza, el contacto diario con aquellas chicas en plena transformación de orugas a crisálidas y mariposas. Unas eran todavía lo primero; otras, lo segundo, y las más, lo tercero. Mariposas dispuestas a volar. Mujeres que a lo mejor no se sentían a gusto con sus cuerpos o con lo que los demás veían y buscaban en ellas.

Y ella creía tener una idea de lo que necesitaban, de lo que pedían, en silencio o a gritos, y de lo que había que darles.

Sí, sus propias ideas.

Las mismas que ya le habían costado dos destinos, y mucho tiempo… ¿perdido? No, eso jamás. Aún recibía cartas de algunas de sus alumnas. Eso valía por todo. La recordaban. La querían. Y ella quería a todas y cada una, podía recordar sus caras, sus nombres, sus historias.

Había llegado en septiembre. Era primavera. Y de pronto…

A veces se sentía muy sola.

Volvió a mirar los exámenes, y recordó precisamente eso, que era primavera, la edad del amor. Y no estaba mal recordarlo: también ella había tenido diecisiete años. Diecisiete años cuando aún no era monja ni pensaba en serlo.

Una de aquellas chicas, la autora de uno de aquellos exámenes, podía ser expulsada, condenada, sin oír sus razones y motivos. Había cometido un error que, por grave que fuera, podía costarle muy caro, demasiado.

Y la superiora buscaba ya algo más que a esa culpable.

Una delatora.

La hermana María cerró los ojos y se estremeció. Había propuesto crear en el centro un periódico, impulsar nuevas actividades para el próximo curso. Su entusiasmo iba contagiando poco a poco a otras profesoras. Estaba revolucionando el claustro.

Y ahora aquello.

Su sexto sentido, su instinto. Algo iba a suceder.

Sin abrir los ojos abandonó la silla de su mesa de trabajo, pero no para ponerse de pie, sino para arrodillarse. Después de hacerlo, juntó sus dos manos, inclinó la cabeza y apoyó la barbilla en las puntas de los dedos. Finalmente empezó a rezar.

## 4

A la mañana siguiente, al ir a desayunar, sor María advirtió que el ambiente estaba cargado. No necesitó preguntar por qué. La hermana Mercedes, que se sentaba a su lado en el comedor, se lo contó inmediatamente.

—¡Isabel Carreras! ¡Quién lo iba a decir, hermana! Precisamente ella.

—¿Cómo…?

—Salía de su habitación, es todo lo que sé. La superiora está ahora con ella. ¡Dios mío! —alzó las dos manos al cielo—. Casi no puedo creerlo, una niña tan dulce, tan encantadora, la estudiante ideal, y con una familia como la suya.

—¿Se ha presentado ella misma?

—¡No! —el grito de sor Mercedes hizo que se acercaran otras dos hermanas.

—¡Qué triste, Señor, qué triste! —suspiró una.

—Si alguien como Isabel Carreras es capaz de caer… —sentenció la otra.

—¿Quieren decirme qué ha sucedido? —se impacientó María.

—Bueno, no se sabe exactamente —parpadeó asustada sor Mercedes—. Lo único cierto es que alguien ha dado el nombre de Isabel.

Se le paró el corazón.

—¿Una delación?

—Era lo normal, como dijo la superiora. No iban a pagar justas por pecadoras —justificó la hermana Miriam.

—Esas muchachas son leales, pero siempre hay una que no está dispuesta a perderlo todo por la locura de una compañera que a lo mejor ni siquiera es amiga suya —la apoyó sor Mercedes.

—Algunas tienen tanta presión familiar… —convino la hermana Carmen.

—¿Quién la ha delatado? —quiso saber María.

—No se sabe —respondió la última que había hablado—. Quien haya sido no va a ser tan tonta como para darse a conocer.

No continuó hablando con ellas. Era todo lo que necesitaba saber. Se levantó de la mesa y salió corriendo, según su costumbre, porque rara vez caminaba despacio, hacia el despacho de la superiora del centro. Por el camino se encontró con muchas de sus compañeras, que esperaban el comienzo de las clases. No se detuvo para hablar con ninguna de ellas, pese a que algunas lo intentaron. Al llegar al despacho de la directora, dudó un momento qué debía hacer. Pero enseguida se abrió la puerta desde dentro y salieron dos personas.

Una era la hermana Irene, encargada de la administración del centro. La otra, Isabel Carreras.

Pasaron a su lado en silencio. La monja llevaba a la muchacha cogida del brazo, como si temiera que podía intentar escaparse. La cabeza erguida y el rostro hermético de la hermana contrastaban con la imagen de la alumna: cabeza baja, barbilla pegada al pecho, y cara de absoluto desconcierto, como si el mundo entero se hubiera desplomado a sus pies. La pesadumbre parecía haberla encogido.

María las vio alejarse por el pasillo, sin saber qué hacer ni decir. Su propia mente era un hervidero de emociones y sentimientos contrapuestos. La sacó de su aturdimiento una voz que pronunció su nombre.

—Hermana María.

Giró la cabeza. La superiora estaba allí, en la misma puerta por la que habían salido Isabel y su carcelera. La miraba fijamente.

—¿Sí? —vaciló.

—Acérquese.

La obedeció y entró con ella en el despacho. La superiora cerró la puerta y, sin ir a su mesa, le dirigió una mirada que reflejaba a la vez satisfacción por haber acertado y pena por el desconcierto de la hermana.

Habló inmediatamente, como si la satisfacción por haber acertado fuera más fuerte que la pena por el desconcierto de María.

—¿Lo ve, hermana?

—¿Ha sido ella?

—Al principio lo ha negado, pero después lo ha admitido, sí.

—¿Quién la ha delatado?

—Aunque lo supiera, no se lo diría a usted, porque mantenerlo en secreto podría formar parte del pacto a que habría llegado con quien me hubiese informado del hecho. Pero no lo sé.

—Entonces, ¿cómo…?

—Alguien me ha metido una nota por debajo de la puerta esta noche.

—¿Puedo verla?

Hubo una ligera vacilación, nada más. Luego, la superiora se acercó a su mesa, cogió un folio doblado y se lo tendió.

—No está escrito a mano, si es eso lo que quiere saber —suspiró.

María cogió el papel y lo desdobló. El nombre de Isabel Carreras estaba escrito con letras que podían haber sido recortadas de cualquier revista. Tampoco el papel tenía nada especial: era un folio tamaño DIN-A4.

Se lo devolvió a la superiora.

—¿Qué le va a hacer?

—¿Qué quiere que le haga? —se extrañó la responsable del centro—. La he expulsado, naturalmente. Una falta tan grave no puede castigarse de otra manera. El castigo servirá también de ejemplo para las demás estudiantes, y para que sus padres sepan que pueden confiárnoslas con todas las garantías.

—Yo creía que era preferible la discreción.

—¿La discreción? Cada día me sorprende usted más, hermana. Si no supusiera achacarle una falta de respeto, diría que ha hecho esa observación con ironía, con mordacidad. ¿Cómo cree que mirarían a esa muchacha sus compañeras, después de lo que ha hecho, si no tomáramos medidas drásticas?

—No sé cómo la mirarían —reconoció.

—Pues para unas sería, quizá, una heroína, y para otras motivo de burla. Así que por el bien de la mayoría…

—¿Y la delatora?

—¿Está preocupada por ella?

—Sí.

—Pues olvídela —le recomendó la superiora volviendo a abrir la puerta para que se retirara—. Nunca sabremos quién ha sido ni conoceremos los motivos de su acto, aunque lo más probable es que haya actuado únicamente por miedo a un expediente o por temor a sus padres.

—Si no conoce el temor de Dios, no puedo olvidarla, madre —dijo la hermana María, y cruzó la puerta como una ráfaga de viento cargada de presagios.

## 5

Había llegado al centro con fama de «difícil» y la observaban de reojo las monjas más veteranas, y también las más conservadoras. Pero creía haber logrado lo esencial: la confianza y el respeto de sus alumnas. Ahora, de pronto, tenía la sensación de que se venía abajo todo aquello en que se había apoyado. ¿De verdad las conocía bien? Le había asegurado a la superiora que ninguna compañera delataría a la responsable del incidente nocturno y… Podía engañarse a sí misma, decirse que una entre tantas… Pero no, no quería engañarse. Daba igual una que diez. Algo fallaba.

Y se sentía extrañamente responsable, culpable.

Si el colegio no lograba inculcar los principios más sagrados de la ética —el honor, el compañerismo, la convivencia…— ¿quién lo haría?

La mayoría de alumnas le tenían simpatía y confiaban en ella, sí, estaba segura. Pero también había muchachas difíciles y complicadas, poco dispuestas a abrirse a una persona mayor, y en especial, a una monja. Conocía algunas miradas. Sabía qué pensaban de ella y de las demás. «Tiempo perdido», «vida perdida», «ideas anticuadas»… Chicas demasiado jóvenes para entender, pero también demasiado viejas para querer aprender. Y no hay nada peor que la vejez mental a los dieciséis o diecisiete años. Por eso estaba preocupada.

Cada una tenía su forma de ser, pero todas eran, individual y colectivamente, lo que ella siempre afirmaba: la esperanza del futuro, de un mañana siempre mejor que el ayer y el hoy. La superiora había dicho algo muy concreto: eran hijas de buenas familias. Un sello de distinción, una marca. Y lo que menos necesitaban eran marcas. El mundo futuro se haría con humanidad, no con nombres y apellidos, indiferencia o vacío. Humanidad para afrontar los grandes retos de un mundo tecnológico centrado en la perfección material, pero no en la búsqueda, siquiera, de la espiritual. Y no es que María pensara que todo tenía que regirse por unas pautas impuestas. Muchas veces les decía que debían guiarse por su conciencia y tener su propio código, basado en tres palabras que lo contenían todo: honradez, respeto y esperanza.

Honradez, porque de una persona que obra en todas las situaciones según su leal saber y entender se puede esperar siempre lo mejor. Respeto a los demás, porque todo hijo de Dios merece ser oído y valorado, sin que nadie tenga derecho a creerse superior por ninguna razón. Y esperanza, porque sin ella no se puede vivir, ni crecer, ni dar cuando no se tiene.

Se detuvo junto a una ventana, en mitad del largo pasillo. Por mucho que pensara y razonara no lograba librarse de la preocupación que la atenazaba. La pregunta iba y venía por los recovecos de su mente: ¿quién había podido hacerlo? Y tras ella, otros interrogantes: ¿por qué?, ¿con qué propósito?, ¿cómo…?

Lo único que sabía de Isabel Carreras era lo que decía su expediente y lo que ella misma había averiguado: padre severo, autoritario, influyente, familia católica practicante, cuatro hermanos mayores que ella y una hermana más pequeña, que estudiaba en el mismo centro… ¿Y cómo era Isabel en el plano personal e íntimo? Pues ni más ni menos que muchas de sus compañeras: sensible en exceso, con problemas derivados de ello, dulce, romántica, encantadora, apreciada por todo el mundo, con un entorno ideal, cómodo y seguro, en parte forjado por ella misma, pero también sacudido por las vicisitudes, alteraciones e inseguridades típicas de la adolescencia; soñadora, buena estudiante, buena compañera y, al parecer, nada egoísta. Un cuadro normal; pero, por lo visto, había alguna compañera a la que le caía mal, tal vez por su generosidad, tal vez por su ingenuidad.

Isabel Carreras era como un puzzle perfecto en el que todas las piezas encajan, y al colocar la última sale una imagen hermosa.

María suspiró contrariada, disgustada consigo misma y con el mundo entero, y se dijo que rompiéndose la cabeza en solitario no lograba nada. Isabel debía de estar en su habitación, haciendo la maleta y esperando a sus padres, que ya habrían sido avisados. Sola y rota en espera del juicio final: demasiado fuerte a su edad. Tenía que verla, pero sobre todo tenía que preguntarle algo.

No podía dejarla marchar sin saber…

Acalló las voces de precaución que al momento se dispararon en su interior, las cautelas y las prevenciones. ¿Cuándo les había hecho caso? ¿Y qué tenía de malo que una profesora se despidiera de una alumna que dejaba el colegio… para siempre? Isabel había cometido una falta, probablemente más grave para el colegio que para ella misma… Pero no era más que un ser humano. Seguía siendo un ser humano. Más que nunca necesitaba una mano amiga que le diera calor, porque en los días y las semanas siguientes no iba a tener mucho de eso. Se sentiría culpable.

María esperaba que no de por vida.

Se dirigió hacia el pabellón dos y, tras abandonar el bloque dedicado a la docencia, atravesó el jardín y entró en el pabellón por una de las puertas laterales. Era un trayecto más largo, pero siempre lo elegía para no tener que cruzar pasillos y subir escaleras enormes. El edificio estaba en silencio. Silencio total. No había alumnas enfermas, así que la única habitante tenía que ser Isabel. Subió al primer piso y se orientó. La habitación de Isabel, individual, como todas las del bloque, se hallaba a la derecha del pasillo, a unos diez metros de la escalera. Cuando llegó a la puerta vaciló un par de segundos. Luego aplicó su oído a la madera.

Esperaba oír lágrimas, suspiros, pero se encontró con el silencio más absoluto, como si no hubiera nadie dentro.

Llamó a la puerta.

—¿Isabel?

De nuevo nada.

—¿Isabel? Soy yo, María.

Ya el primer día les pidió que no la llamaran «hermana María».

—Vamos, déjame entrar. Quiero hablar contigo.

El mismo resultado, ampliado ahora como si de pronto el silencio se amplificara a través de un altavoz.

—¿Isabel?

Su tono ya no era de cautela, sino de preocupación.

Entreabrió la puerta.

Fue suficiente para ver la sangre y el cuerpo de Isabel, tendido en su cama, con los brazos abiertos y las muñecas con cortes por los que se le escapaba la vida.

## 6

La sala de espera del hospital era fría e impersonal, y parecía estar revestida por el dolor de quienes habían aguardado allí noticias de sus seres queridos. Ese dolor formaba en las paredes capas y más capas de costra invisible. Podía tocarse.

El de María era uno más, pero tan fuerte como cualquier otro.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, ni cuánto debería esperar todavía. Pensó en las clases que no había dado. De cualquier forma estaba decidida a no moverse hasta que…

Interrumpió sus pensamientos la aparición de la superiora, acompañada por un hombre y una mujer. El hombre, alto, recio, de aspecto distinguido y sienes plateadas. La mujer, menuda, elegante; se parecía mucho a Isabel, aunque las incipientes arrugas de su rostro se hallaban ahora acentuadas por el cansancio y el esfuerzo de recobrar la paz interior. María se puso en pie antes de que llegaran hasta ella.

—¿Cómo está…? —prescindió de formalidades.

—Bien, bien, fuera de peligro —la tranquilizó la monja.

El vacío de la mente y el nudo del estómago no desaparecieron, pero sí iniciaron una lenta y gradual retirada.

María cerró los ojos. No dijo nada.

—Hermana —continuó la superiora—, querría presentarle a los señores Carreras.

Volvió a abrir los ojos. Se encontró con la sonrisa cálida de la mujer y la seriedad del hombre, que se adelantó a tenderle la mano.

—Le estamos muy agradecidos, hermana María.

—¿A mí? ¿Por qué? —aceptó la mano, pero su tono fue distante.

—Ha tenido usted una inspiración, y Dios la ha guiado hasta la salvación de Isabel —manifestó la superiora.

—¿Inspiración? —la miró directamente—. Hemos puesto a esa niña al borde del precipicio, y la hemos dejado sola.

—Hermana…

No le dejó hablar.

—Su hija tenía miedo, señor. Cometió un error, probablemente grave, no voy a discutirlo, pero un error de juventud al fin y al cabo. Algo por lo que todos hemos pasado, aunque nos empeñemos en olvidarlo. No merecía ser expulsada por eso. Pero lo que la ha llevado a tratar de quitarse la vida ha sido el miedo. Temía el castigo.

—¡Hermana María! —exteriorizó su pasmo la superiora.

—No la reprenda, por favor —habló por primera vez la madre de Isabel Carreras—. La hermana María también está bajo los efectos del choque emocional que para ella ha representado el… —le cogió las manos, dulce y cariñosa. Ya había llorado bastante. En sus ojos había ahora ternura y paz, la suficiente como para que sus siguientes palabras encontraran el eco correspondiente en los tres—. Y además tiene razón.

María vio cómo el hombre bajaba los ojos y apretaba las mandíbulas con fuerza. No dijo nada. La superiora, sin embargo, seguía con el rostro rojo, contrariado, y tenía la mirada fija en la más joven de sus profesoras.

—Lo siento —suspiró María—. No era mi deseo…

—No importa, hija. Lo único que cuenta es que mi Isabel está bien —correspondió a su suspiro con otro la mujer—. Unos minutos más y las cosas habrían sido muy distintas.

—Alabado sea Dios.

—Es la primera cosa sensata que dice —rezongó la superiora, todavía enfadada.

No le hicieron caso. La madre de Isabel se acercó finalmente a María y la abrazó. Fue un abrazo intenso, cargado de emociones, fuerte, pese a que no duró más que unos segundos. Al separarse la mujer, en los ojos de María titilaban nuevamente millones de luces.

—¿Ha ido a su habitación porque la quería, verdad?

—Sí, señora Carreras.

La madre de Isabel sonrió, y ambas compartieron algo que estaba más allá de ellas, algo que no necesitaba manifestarse en palabras ni en hechos: bastaba sentirlo.

Luego, la mujer cogió a su marido del brazo y juntos se encaminaron a la habitación de su hija, dejando solas a las dos monjas.

María se encontró con los ojos de la superiora, todavía incrédulos.

Y ni siquiera tenía excusa, así que tampoco se defendió.

—¿Está loca? —fue lo primero que dijo la superiora.

—Creo que lo han entendido, ¿no?

—¡Esos padres casi han visto morir a su hija, y usted literalmente les echa la culpa a ellos por tratar de educarla y ser…!

—¿Sólo a ellos?

—¡Hermana María! —gritó por segunda vez—. ¿Qué está diciendo?

—Digo que cuando todo el mundo hace lo que cree conveniente sin tener en cuenta las repercusiones de sus actos en aquellos a los que pretende ayudar, suelen pasar cosas como ésta, y eso es egoísmo.

—¡No le tolero que me hable así! —le recriminó la mujer—. ¡Esas niñas…!

—¡No, esas mujeres! ¿Por qué nos empeñamos en llamarlas niñas? ¡Son mujeres, y están despertando a la vida, y encima es primavera, aunque usted no entienda qué significa eso! Se lo repito: no digo que haya hecho algo por lo que debamos aplaudirla. Pero convertir este episodio en un hecho que la marque para siempre me parece monstruoso.

—¿Diría lo mismo si esa chica quedara en estado por… un desliz?

—¡Seguiría necesitando ayuda, no castigo! ¡Todos necesitamos ayuda, de una forma o de otra!

Unos médicos pasaron cerca de ellas, y las miraron entre curiosos y sorprendidos, quizá por sus gritos. Fue suficiente para que la superiora llenara los pulmones de aire y bajara el tono de voz, tratando de recobrar el dominio de sí misma, que rara vez perdía.

—Desde luego —aceptó la tarea como si fuera un reto—, todo el mundo necesita ayuda. Hablaremos de ello en el colegio.

—Vaya, parece que no va a echarme —se atrevió a sonreír por primera vez María.

—Puede que sea usted una mula, hermana, pero yo también lo soy, ¿sabe? —la secundó inesperadamente la superiora, que volvió inmediatamente a su tono serio—. Y algo más.

—¿Qué? —María frunció el ceño.

—Gracias a Dios, y a que ha sido usted discreta cuando ha encontrado el cuerpo de Isabel, nadie sabe que se trata de lo que se trata, ¿entiende? El buen nombre de la muchacha y el nuestro están de momento a salvo, y así deben seguir. Tampoco sería moralmente bueno decirles a sus compañeras la verdad. Por lo tanto… Isabel ha sufrido un accidente mientras hacía la maleta, nerviosa y preocupada.

—¿Y la ambulancia?

—Lo que le digo, un accidente. Se ha caído y se ha roto un par de costillas.

—¿Vamos a mentir?

—Hermana María…

—De acuerdo, de acuerdo —levantó ambas manos en señal de rendición—. Tiene usted razón, madre.

Y hasta ella sabía que en este caso era cierto.

## 7

—¿Puedo pasar?

—¡Hermana!

—¿A qué viene esa formalidad? —sonrió y, tras acercarse a ella, le un beso en cada mejilla. Luego le entregó la caja de bombones.

—Estoy descubriendo que todo el mundo me odia —dijo Isabel, fingiendo una desolación que no sentía—. ¡No paran de traerme bombones para que me ponga como una vaca!

—Entonces me los llevo.

—¡No! —se los arrebató de la mano—. ¡Me encantan los bombones!

Se echaron a reír, y con ello se relajaron. Isabel dejó la caja roja sobre la mesita, y María se sentó en la silla más próxima a la cama. Una vez pasada la alegría del encuentro, las dos se miraron fijamente. La enferma tenía ojeras y el rostro levemente pálido; pero, salvo ese detalle, su aspecto parecía bueno. Del accidente sólo había una señal, aunque tangible: los vendajes de ambas muñecas.

—¿Cómo estás? —quiso saber la monja.

—Bien, gracias a usted —musitó Isabel—. Tengo que darle las gracias. Reconozco que fue una estupidez por mi parte.

—Y que lo digas.

—Vale, ya sé lo que opina usted de la vida y de lo maravillosa que es: nos lo ha dicho muchas veces. Pero yo estaba desesperada, ¿entiende? Y ahora, al menos, no me castigará mi padre.

—¿Lo hiciste por eso, para que no te castigara?

La muchacha apartó los ojos y su rostro se nubló por primera vez desde la llegada de la monja. Tardó algo en responder.

—No, la verdad es que quería morir. Me sentía tan… acorralada.

—¿Y ahora?

—No volveré a intentarlo, si se refiere a eso —recuperó un poco su sonrisa al levantar sus manos y agregar—: Lo malo es que tendré que llevar siempre pulseras.

Se río sin ganas, hasta que la pregunta de María la hizo volver a una desconcertante realidad.

—¿Quién crees que puede haber sido?

Sabía de qué hablaba. No necesitó que le repitiera la pregunta.

—No lo sé —dijo sinceramente.

—¿De verdad? —insistió María.

—De verdad.

—¿Quién sabía que él iría a verte esa noche?

—Nadie.

—Alguna de tus compañeras lo sabría, o le vería entrar o salir de tu habitación.

—Vamos, María. Esas cosas no se cuentan, al menos antes de hacerlas.

—Puedes confiar en mí.

—¿Ahora quiere que sea yo la delatora?

—No quiero que delates a nadie, pero necesito saber quién fue y por qué lo hizo.

—No la entiendo.

—Isabel, quien lo hizo necesita ayuda.

—¿Ella?

—Más que tú —asintió la monja—. Lo tuyo es cuestión de tiempo, pero esa chica necesita ayuda aquí —se tocó la frente con un dedo. Isabel meditó sus palabras, pero la respuesta no varió.

—No tengo ni idea, en serio, y aún se me hace muy cuesta arriba creer que una de mis compañeras…

—Dime al menos quiénes sabían que salías con… ¿Era un chico?

—Sí.

—Pues dime al menos eso: quiénes sabían que salías o te veías con él.

—Sólo Gloria, Yolanda, Esther… y Teresa, por supuesto. No se me ocurre ninguna más, aunque cualquiera de ellas pudo contárselo a otra amiga común.

—¿Gloria Cano, Yolanda Marín, Esther Miravet y Teresa Doncos?

—No, Gloria Sanmartín y Esther Climent.

—¿Dónde conociste a ese chico?

—En el pueblo.

—¿Quién es?

La fluidez del diálogo se cortó de golpe. Isabel desvió la mirada.

—Isabel, te lo suplico —insistió María—. Hazlo por mí. Te prometo que nadie más sabrá esto. Y no me obligues a recordarte que me lo debes.

Volvieron a encontrarse sus miradas. Las últimas dudas de Isabel empezaron a disiparse.

—¿Por usted?

—Por mí —asintió la monja.

—¿De veras le importa tanto saber quién me delató?

—Sí.

—¿Cree de verdad que…?

—Sí.

—¿Me dirá quién ha sido, si lo averigua?

—No.

El silencio fue ahora más breve. Duró el tiempo que Isabel tardó en comprender qué pasaba y qué trataba de decirle su visitante.

—Se llama Daniel —acabó rindiéndose.

—¿Qué más?

—Nos habíamos visto una docena de veces, los fines de semana, cuando nos dejan ir al pueblo.

—¿Qué más? —dijo María—. Daniel, ¿qué más?

—Hermana, por favor… —le dio ese tratamiento para protestar.

—¿Quieres que pregunte a todos los Danieles del pueblo? Soy capaz.

—Daniel Gubem —pronunció su nombre como si se liberara del todo—. Su padre tiene una confitería, cerca de la plaza.

—¿De quién fue la idea de veros por la noche en tu habitación?

—De los dos —al ver que María parecía no creerla, repitió con más vehemencia—: ¡De los dos, en serio! Ya sé qué piensa usted: que si fue cosa suya, no me querrá mucho cuando me pone en un compromiso tan grande, y todo ese rollo; y que si fui yo, es que estoy loca y bla-bla-bla. Pero es la verdad. Ni él es un golfo ni yo estoy loca. Él me dijo que no podía estar sin verme hasta el fin de semana, y yo le dije que a mí me pasaba lo mismo y… bueno, pues eso —pareció avergonzarse de golpe—. Ya está hecho, ¿no? No tiene sentido romperse la cabeza ahora.

—¿Le quieres?

—¿Qué?

—Que si le quieres.

—No lo sé.

—Isabel…

—Vale, probablemente sí. Me hacía sentir… bien, diferente, como nunca me he sentido antes. Supongo que eso es amor, aunque la palabra se me antoja demasiado fuerte.

—El amor siempre es fuerte, querida. Y es lo más maravilloso del mundo, no sólo una palabra.

—Usted…

No pudo concluir la frase. Se abrió la puerta de la habitación del hospital y apareció su madre. Al ver a la salvadora de su hija, sonrió feliz.

María se puso en pie para recibirla.

## 8

La distancia entre el internado y el pueblo era de apenas tres kilómetros. Unía ambos lugares una carretera que en el trecho más cercano al internado serpenteaba por un bosque muy espeso. Pero mientras el pueblo se levantaba sobre un llano ribeteado de montañas más o menos distantes, el colegio se hallaba en una ladera a cuyos pies se abría un pequeño valle de gran belleza y de un verdor exuberante. Las internas que, por vivir lejos, no pasaban con sus familias los fines de semana, podían ir al pueblo, ateniéndose a un horario y siempre que contaran con el permiso de sus padres. Pero la mayoría se marchaba a su casa el viernes por la tarde y no volvía hasta el domingo por la noche. Era un régimen relativamente abierto: a fin de cuentas, no se trataba de un centro de reclusión, sino de un colegio de alto nivel. La superiora lo recordaba a menudo con orgullo. Las fotografías de las alumnas destacadas en los cuarenta años de vida de la institución colgaban de algunas paredes, especialmente en las proximidades de las salas de visita. Entre ellas figuraban ya una alcaldesa, una juez, dos diputadas, dos miembros de parlamentos autonómicos, una escritora y diversas empresarias, abogadas, médicas, etc.

Las alumnas que iban al pueblo solían hacer el camino a pie. Para los días de lluvia y para cualquier emergencia, el colegio disponía de un minibús. Pero María disfrutaba yendo y viniendo con su bicicleta. Un poco de su entusiasmo al llegar al centro escolar se debió a la posibilidad de convivir con la naturaleza y de pedalear. En su destino anterior, en pleno corazón de Valladolid, no veía a diario más árboles que los del patio, con cierto aspecto de claustro gracias al pórtico de uno de sus lados. No era raro que la encontraran leyendo debajo de uno de aquellos árboles.

Allí era distinto. Todo era distinto.

Deseaba quedarse mucho tiempo, y no sólo por estar en contacto con la naturaleza.

Tenía una deuda para consigo misma y para con…

—¿Daniel Gubem?

—Sí, soy yo.

—¿Podría hablar contigo unos minutos?

—¿Ahora?

—Es importante. Se trata de Isabel.

Le cambió la cara, fue evidente. Primero se puso pálido. Después sonrió sin saber qué hacer o decir. El hábito de su visitante era todo un muro.

—Ah —respondió, evasivo.

—No te preocupes. Ella me lo ha contado todo. Puedes confiar en mí.

No pareció relajarse, al contrario.

—¿Que le ha contado… todo? —vaciló.

María no era una buena detective, desde luego. Acabó de ponerle la cadena de seguridad a la bicicleta y la dejó allí, apoyada junto a la puerta de la confitería. Olía bien. Puro néctar. Se le hizo la boca agua.

—Ven, vamos a caminar un poco —le invitó.

Daniel se dejó llevar, sin ofrecer ya ninguna resistencia. Mientras daban los primeros pasos, para alejarse de las inmediaciones de la confitería, María lo estudió con cautela: alto, ojos marrones, rostro abierto y pelo corto. Le recordaba un actor de cine, pero no sabía cuál. Era fuerte, de complexión atlética, sin duda por la práctica de algún deporte. De no ser por su recia musculatura, habría pasado por gordito. Pero su atractivo estaba fuera de toda duda, y su mirada limpia le confería aspecto de buen chico. Fácil de querer.

—¿Qué le ha contado Isabel? —acabó preguntando.

—Que os veis, que salís, y que entraste en el colegio la otra noche —le soltó sin ambages.

—¡Jesús! —se detuvo Daniel.

—No temas, no voy a decir nada.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Alguien te vio, sabía de dónde salías, denunció a Isabel, y la han expulsado.

Se lo dijo de golpe para ver cómo reaccionaba, aunque la delicadeza no era su fuerte. La cara de Daniel fue todo un poema.

—¡Oh, no!

—Eso no es todo —continuó ella—. Cuando hacía la maleta, nerviosa, sufrió un accidente y tuvimos que llevarla a un hospital.

Daniel estaba pálido.

—¿Qué…? —balbució.

—Tranquilo, está bien. Nada grave. Pero me parece que tardarás un poco en volver a verla, ¿entiendes?

El abatimiento doblegó su ánimo. Ahora ya no era un muchacho lleno de vida y energía. Era una persona agobiada por todos los males del mundo.

—¿De quién fue la idea de que entraras en el colegio? —continuó la monja, sin darle respiro.

—Mía. Isabel tenía miedo —dijo rápidamente Daniel.

—¿Era la primera vez?

Silencio.

—Vamos, estoy de vuestra parte.

—La segunda —reveló él.

—¿Viste a alguien?

—No.

—Entonces, alguien sabía que Isabel y tú os veíais.

—Que yo sepa, sólo Gloria Sanmartín.

—¿Por qué lo sabía ella?

—Porque yo fui amigo suyo hasta que apareció Isabel.

—¿Amigo?

—Sí, sólo amigo. Una tarde estábamos tomando un refresco, llegó Isabel, se sentó con nosotros y al momento empezamos a hablar y… bueno, ya sabe. Nos gustamos.

—¿Volviste a ver a Gloria?

—Claro, muchas veces, pero ya salía con Isabel.

—¿La quieres?

—Me… gusta mucho, sí.

—¿Sólo eso?

—Bueno —se encogió de hombros, inseguro—. Para una monja…

—Olvídate de mis hábitos, y yo me olvidaré de que has dicho una estupidez, ¿vale? —y repitió la pregunta—: ¿La quieres?

—Sí, la verdad es que sí. Aunque… es muy pronto todavía, ¿me comprende?

—Te comprendo, y espero que tú me comprendas a mí si te pido que me llames en caso de que recuerdes algo más. Me llamo María.

—¿Por qué le interesa esto? —preguntó Daniel.

—Amo la vida, y la vida está llena de gente, ¿me sigues?

—No.

—Quiero saber quién la delató.

—¿Por qué?

—Cosas mías. Ah —le apuntó con el dedo—, no menciones nunca esta conversación. Y si Isabel te importa, aunque no sea más que la décima parte de lo que has dicho, no le hables a nadie de su expulsión ni de su accidente, ni cuentes que entraste en el colegio.

—Me importa.

—Mejor así.

Hizo ademán de dar media vuelta, decidida, para ir en busca de su bicicleta; pero Daniel la detuvo. María no esperaba eso, y menos lo que él le dijo, súbitamente serio:

—Hermana…, esa noche… no sucedió nada, ¿sabe? Quiero decir que no hicimos… Lo único que queríamos era estar juntos.

Se detuvo azorado.

—Gracias por decírmelo —le sonrió con afecto.

No era importante saberlo, o tal vez sí, pero se sintió más aliviada.

## 9

Durante el regreso al internado, María reflexionó sobre las últimas palabras de Daniel. Curioso. Todo el mundo creía que si un chico cometía la temeridad de entrar de noche en un internado de chicas, tenía que ser con el propósito de acostarse con una de ellas y hacer el amor. Todo el mundo daba por sentadas las cosas sin tomarse la molestia de averiguar nada. De ahí que la revelación del muchacho tuviera su valor, su mérito. Y si María se había sentido aliviada no era por mojigatería, sino por algo mucho más profundo.

Algo que hablaba de sentimientos puros, de los sentimientos propios de la adolescencia.

Pensó que las personas son transparentes durante un cierto periodo de su vida. Luego se malean, como si el paso del tiempo las contaminara. Y aquellas chicas, en su mayoría, estaban en el umbral de esa contaminación.

Aunque algunas se empeñaban en cruzarlo cuanto antes.

Miró los árboles, la naturaleza, el cielo, y escuchó el sonido del bosque, alterado tan sólo por su pedaleo rítmico. Pero la belleza del paisaje no ocultaba la realidad en la que algunos y algunas naufragaban irremisiblemente. Era imposible estar en todas partes, y ayudar a todo el mundo a la vez, pero algo se podía hacer siempre. Siempre.

Bastaba con creer.

Cuando llegó al colegio fue directamente al pabellón dos. Quería comprobar una cosa. Se colocó en la puerta de la habitación de Isabel y desde allí miró las puertas que quedaban enfrente y a los lados. Tenía el listado con la distribución de habitaciones y le fue fácil ubicar a cada una en su sitio. A la derecha de Isabel, Blanca Navarro; a la izquierda, Esther Climent. Enfrente, Teresa Doncos. Pero cualquiera de las muchachas que dormían en las habitaciones de aquel pasillo habría podido abrir la puerta y ver entrar o salir a Daniel Gubern. Gloria Sanmartín y Yolanda Marín también estaban en la planta. Gloria, dos puertas más allá de Isabel, al lado de Blanca Navarro, y Yolanda junto a Teresa, frente a la puerta de la misma Blanca. Las amigas solían juntarse, y si no lo hacían, la proximidad las unía después.

Isabel sólo había citado a cuatro: Yolanda, Esther, Teresa y Gloria.

Salió de allí, descendió por la escalera hasta la planta baja y, por un pasillo interior, llegó a la zona de mantenimiento. Iba sumida en sus pensamientos, lejos del mundo, así que, cuando se detuvo frente a los contenedores de basura, no supo exactamente qué hacer. La idea de vaciar todas las bolsas y registrar su contenido se le antojó un poco excesiva. Aunque…

Allí no había restos de comida, salvo de la que las internas pudieran tener en sus habitaciones. Por lo tanto, las bolsas sólo podían contener otros desechos.

Por ejemplo alguna revista recortada.

Abrió una de las bolsas, negras, al azar, y echó un vistazo al interior. Trozos de papel, hojas rotas o arrugadas, envolturas de galletas o patatas fritas, colillas, una compresa… Sonrió y se sintió ridícula. Aunque encontrara la revista de la que la delatora había recortado las letras, no podría averiguar a quién había pertenecido, a menos que por un golpe de suerte tropezara con alguna anotación escrita a mano o con el nombre de una eventual suscriptora o… ¿O qué? Preguntar a todas las chicas tampoco serviría de mucho, a no ser que alguna recordara haberla visto en la habitación de alguien.

Cerró la primera bolsa y abrió una segunda. El contenido no varió demasiado.

Iba a seguir con la tercera cuando se oyó un carraspeo.

Giró la cabeza. Allí estaba sor Úrsula.

—¿Qué está haciendo, hermana María?

—Es que ayer o anteayer tiré una cosa a la papelera, en la habitación de una de las alumnas, y pensé que…

—Si fue ayer, estará aquí. Si fue anteayer, ya no. La basura se tira todos los días, debería saberlo.

—Claro.

La hermana Úrsula miró los contenedores.

—Puedo ayudarla, aunque… —miró la hora en su reloj—, ¿no debería estar usted en clase desde hace cinco minutos?

La hora.

La clase.

Se quedó absolutamente paralizada.

Aunque sólo fuesen un par de segundos.

—Oh, Dios bendito —gimió, e inmediatamente echó a correr, con la falda volando a su alrededor por encima de las rodillas.

## 10

Desde la tarima del aula, María miró a las alumnas, que en ese instante tenían clase de lengua con ella. Eran compañeras de curso y clase de Isabel Carreras. La delatora debía de estar allí, o quizá no. A lo mejor la tenía en la hora siguiente, o en la otra. En todo caso, se sintió incómoda. Era como tener el afán de hacer algo y sentirse impotente. Como desear ver la luz y estar ciego. O querer atrapar una cosa y comprender que eres manco. Las chicas estaban escribiendo, concentradas en sus folios, así que pudo contemplarlas detenidamente una por una. Con el uniforme eran mucho más niñas; así debían de verlas la superiora y sus padres, que no se daban cuenta de la rapidez con que crecían ni las consideraban todavía como lo que eran, mujeres, con el encanto de la adolescencia y los riesgos del primer atisbo de madurez. Por ejemplo, Antonia Prieto, que muy bien podía ver cumplido su sueño de ser modelo. Muchas chicas destacaban y ganaban concursos con quince años, y ella tenía diecisiete, como la mayoría. Pero Antonia estudiaría económicas, como sus padres. También destacaba Alejandra Naya, que iba para actriz. No sólo tenía carácter, y era la payasa de la clase, sino que poseía realmente la magia propia de la escena. Lo había demostrado sobradamente en la representación de Navidad. Y qué decir de Emilia Pérez, el mejor cerebro de la clase, brillante, especial, casi en la frontera de los niños prodigio protegidos y aislados en centros específicos.

Todas tenían su peculiaridad.

Centró su atención en las cuatro amigas que había citado Isabel. Las cuatro se hallaban en el aula. Gloria, Esther, Yolanda y Teresa. Ninguna destacaba sobre las demás, pero también ellas tenían sus peculiaridades. Gloria Sanmartín era tímida, introvertida, insegura, delgada, y parecía considerarse poco agraciada, porque no era de las que cuidaban demasiado su aspecto físico. Esther Climent, en cambio, era extravertida, inquieta, soñadora y regordeta, aunque de físico atractivo. También era una de las locas de la clase, fan de media docena de cantantes y grupos pop, como lo demostraban sus libros y sus cuadernos, siempre llenos de pegatinas y forrados con pósters de sus ídolos. Yolanda Marín era el polo opuesto: mujer de carácter, decidida, con ideas propias, rápida, directa y observadora. La perdía su orgullo, a veces desmedido. Por eso, la atracción que suscitaba, pese a no ser una belleza, terminaba por convertirse en desdén, y la capa de frialdad con que se rodeaba para no parecer débil la aislaba un poco de las demás. Y si Yolanda era alta y muy mujer, Teresa Doncos se hallaba a medio camino, como un proyecto todavía inacabado. Esbelta y guapa, perdía fuerza por su sequedad. En clase era observadora; segura de sí misma, pese a que se exaltaba con facilidad.

Cuatro amigas y un secreto.

Y ella ni siquiera sabía qué hacer ni por dónde empezar.

Faltaban un par de minutos para terminar la clase.

—Atención —dijo de pronto.

Las dos docenas de chicas levantaron la cabeza.

—Estamos en primavera —anunció María.

—Vaya, yo creía que estábamos en clase —bromeó Francisca Martínez—. Si lo llego a saber antes…

—Eh, eh, seriedad —las contuvo sin demasiada fuerza antes de continuar—. Quiero que mañana me traigáis una redacción breve sobre el amor, la lealtad, la amistad, cosas que suelen cobrar especial relieve en primavera.

—¿Para mañana?

—Sí, Olga, para mañana. Y algo más.

—Mañana tenemos un examen de matemáticas —protestó Yolanda Marín.

Las miró con gesto inequívoco de que no iba a discutir con ellas.

—Además de la redacción en prosa, que deberá ocupar dos folios por lo menos, quiero que escribáis un poema sobre alguien muy querido y, luego, lo enmarquéis. El marco podéis hacerlo vosotras mismas con un papel distinto o con cartulina.

Fue una ocurrencia: cabía la posibilidad de que la delatora hubiera pegado con una determinada cola las letras de su acusación, y examinando la cola de todos los marcos… Bueno, podía resultar, aunque de buenas a primeras parecía descabellado. Al menos, hacía algo.

Las alumnas se miraron, extrañadas por lo insólito de la propuesta.

—¿Está claro? —preguntó la profesora.

—Sí —dijeron a coro.

Sonó el timbre de la hora.

María se quedó sola en un abrir y cerrar de ojos.

## 11

Carmen, la hermana menor de Isabel, tenía catorce años y era una de las alumnas más despiertas de su clase, al menos por lo que decía su tutora. María no la había tratado, porque no le daba clase ni tenía ningún cometido en el pabellón cinco, donde Carmen dormía con las chicas de su edad. Cuando estuvo a solas con ella por primera vez, se encontró con una muchacha bastante característica: un poco asustada, un mucho provocativa, algo distante, llena de inseguridades y, al mismo tiempo, con la despreocupación propia de su edad. Si las de dieciséis o diecisiete años corrían hacia su maduración como mujeres, las de catorce, como Carmen, eran niñas que olvidaban rápidamente la infancia para adentrarse en la adolescencia, con toda la explosiva carga de sensaciones que eso provoca. Muchas de ellas sentían que su cuerpo, su mente y su alma estaban en contradicción constante, en pleno terremoto de los sentidos. Notaban que algo sucedía en su interior, pero no sabían exactamente qué. Eso hacía que se sintieran vulnerables, indefensas, como si el mundo entero les cayese encima y las ahogara. Eran cohetes en el disparadero, a punto de ser lanzados, pero el momento de volar, libres, tardaba y tardaba, y el tiempo se hacía eterno.

Carmen Carreras se parecía un poco a su hermana, pero sin duda iba a ser aún más guapa. De rostro agraciado, ojos ribeteados por largas pestañas y labios tiernos como granadas, era alta y bien proporcionada, y sus pechos, todavía en formación, se anunciaban ya resueltamente. Cuando María le sonrió, ella le devolvió la sonrisa con una marcada distancia. Sólo sus ojos, todavía tristes y amedrentados, denotaban lo que le había sucedido a su hermana.

—Carmen, soy la hermana María, profesora de lengua y literatura de…

—Sé quién es.

—¿Sabes también qué le ha sucedido a tu hermana?

—Sí.

—¿Qué es lo que sabes?

—Todo.

—Perdona, pero…

—Sé que se metió en ese lío, que la expulsaron, que intentó suicidarse y que usted la salvó —le soltó la niña—. Mis padres me lo dijeron, y también me pidieron que no dijera nada a nadie.

—Bien —María enarcó las cejas, un poco desarmada, pero más tranquila por no tener que fingir—. ¿Sabes también que hablé con Isabel?

—Me dijo que usted fue a verla al hospital.

—Quiero ayudar a tu hermana.

Carmen Carreras no dijo nada, ni se movió. Se limitó a esperar.

—¿Tienes idea de quién pudo delatarla? —continuó la monja.

—No.

—¿Habláis mucho ella y tú?

—Bastante, sobre todo porque estamos solas aquí y ella… bueno, se cree en el deber de velar por mí. Pero no me cuenta muchas cosas, si es eso lo que quiere saber, y menos íntimas.

—¿Os ayudáis?

—Sí, claro.

—¿Sabías que ella tenía un novio?

—No.

—¿Y sus amigas?

—Supongo que sí, por algo son amigas, y están siempre juntas.

—¿Sabes quiénes son sus amigas?

—Pues… Teresa, por supuesto, que es la de siempre, y también están Yolanda Marín, y Esther Climent… —hizo memoria buscando más nombres antes de agregar un lacónico—: No sé.

—¿Por qué dices que Teresa es la de siempre?

—Porque es su mejor amiga desde que eran niñas. Nuestros padres tienen negocios. Han crecido juntas.

—¿Y Gloria Sanmartín?

—No sé quién es.

—¿Cómo sabes que Yolanda y Esther lo son?

—Porque a veces Isabel hablaba de ellas, y la llamaron a casa por Navidad.

—¿Alguna más?

—No recuerdo.

—¿Les diría a ellas que esperaba a un chico esa noche?

—No lo sé. Yo desde luego no lo haría. Después tal vez sí, pero antes…

—¿Por qué?

—¿Para que me gastasen una broma o nos interrumpieran? —hizo un gesto evidente—. Una amiga es una amiga, vale, pero cuando hay un chico de por medio…

Parecía saber latín. La miró con otros ojos.

—¿Sabes si alguna compañera la odiaba por algo? ¿Te comentó alguna vez si había alguien que le tuviera manía?

—Únicamente me comentó lo de Yolanda por Navidad.

—¿Qué sucedió?

—Yolanda quería un papel de la obra, y se lo dieron a Isabel. No lo pidió, ni lo buscó, porque no le importaba en absoluto hacerlo, pero el caso es que se lo dieron a ella. Yolanda entonces se picó con mi hermana.

—¿Le duraba el pique?

—No creo. Las he visto juntas. Supongo que lo hablarían.

—¿Se te ocurre algo más? —se había quedado sin preguntas.

Carmen Carreras plegó los labios en una clara señal de ignorancia.

—No —certificó con palabras.

—Gracias, de verdad.

—De nada.

—No digas a nadie que hemos hablado de esto, ¿vale? Es por Isabel.

—Está bien.

La chica dio media vuelta y regresó con sus compañeras, que jugaban o hablaban al otro lado del patio. María la vio alejarse sin saber si había sacado algo en claro o seguía dando vueltas alrededor de un fantasma. Levantó la cabeza al cielo, en busca de una iluminación.

No se produjo. Por el contrario, a quien vio, y no precisamente en el cielo, fue a la superiora, que la miraba fijamente desde las alturas de su despacho.

Y su mirada, lejos de ser una iluminación, anunciaba tormenta.

## 12

Al sonar el timbre que indicaba el final de la clase, se apresuró a detenerla.

—Sanmartín, espera —la llamó por su apellido, cosa que no solía hacer fuera de clase—. ¿Te importa quedarte un momento?

—No, claro.

Pero miró a las demás, especialmente a Blanca Navarro y a Yolanda Marín, con gesto de extrañeza y dando a entender que la esperasen fuera.

María aguardó a que las otras alumnas salieran del aula. Cuando se quedaron solas se acercó despacio a la chica, que la esperaba en una postura frecuente en muchas de ellas: con la carpeta debajo de los brazos cruzados sobre el pecho. En la tapa de la carpeta, forrada de plástico transparente, se veía un póster de Brad Pitt con el torso desnudo y esa mirada de carnero degollado que tanto las embelesaba. Le adoraban.

Se encontró con la desagradable certeza de no saber por dónde empezar. Gloria no era hermana de Isabel. Hablaría con las demás si María mostraba demasiado interés…

Pero si no mostraba interés, ¿qué podía hacer?

—Isabel me dio recuerdos para ti —comenzó.

—¿La ha visto? —los ojos de la chica se iluminaron—. ¿Cómo está?

—Bastante fastidiada por lo de su expulsión, como puedes imaginar.

—¿Y de lo que se hizo?

—No fue nada. Está bien —eludió seguir hablando de eso—. Me dio un recado para Daniel.

Gloria Sanmartín se quedó muda.

—He pensado que si vas al pueblo el fin de semana podrías…

—¿Le habló de… él? —reaccionó la chica.

—Sí, y no te preocupes. Sé muy bien qué pasó.

No la creía. Parecía temer que fuese una trampa.

—Vamos, Gloria —la tranquilizó con aplomo—. Sé que eran novios y que tú los presentaste, y que él ya había estado otra vez en su habitación. No pasa nada. No creo que esté bien, pero… no pasa nada. Bastante lío se ha organizado ya, y le ha costado la expulsión. Lo único que quiero ahora es ayudarla, y está preocupada por él.

—Lo imagino —empezó a relajarse la chica, aunque aún parecía confusa.

—¿Le vas a ver?

—No necesariamente, pero si tengo que darle un recado, iré y se lo daré. No hay problema.

—Isabel me pidió que le dijera que no se preocupe, que le echa de menos, pero que no se preocupe. Sólo eso.

De niña, cuando mentía, se ponía roja como un tomate. Su madre decía que era facilísimo cogerla. Se sorprendió de estar montando aquella comedia. Y en su fuero interno, algo le dijo que no estaba bien.

Lo ignoró.

Para eso estaban los fueros internos, para quedarse dentro.

—Le daré el recado, descuide.

—Sabes —con esta sola palabra, pronunciada con su mejor tono de incertidumbre, detuvo el conato de retirada de Gloria—, no creo que Isabel haya merecido lo que está pasando.

—Estamos de acuerdo —aseguró la alumna.

—¿Quién ha podido desearle tanto mal como para…?

—¿Delatarla? —concluyó la frase—. No lo sé, pero si lo supiéramos le aseguro que…

—¿Qué harías?

—Eso es cosa nuestra, María.

—¿Nuestra? ¿De quién?

—De sus amigas, por supuesto.

—¿Tú y Teresa Doncos?

—Y Yolanda, y Esther, y Blanca, y alguna más, aunque no fuese tan intima.

—¿Erais vosotras las únicas que sabíais lo de ella y Daniel?

—No sé, creo que sí. Yo no se lo conté a nadie, faltaría más. Pero cualquier otra pudo verle entrar o salir de la habitación. Y si le tenía manía…

—¿A Isabel? —le tiró aún más de la lengua—. ¿Tú crees que alguien podía odiarla?

—Hay gente para todo —manifestó con franqueza, dejando a un lado su proverbial timidez, su inseguridad y su carácter introvertido.

En realidad, ninguno de esos rasgos había aparecido desde la segunda o tercera frase de la conversación. María lo advirtió.

Un aplomo sorprendente.

—Espero que si os enteráis de quién ha sido, no hagáis nada de lo que tengáis que arrepentiros después —dijo la monja, inquieta.

—No creo que lo averigüemos jamás —Gloria Sanmartín miró al suelo, enfrentándose con la realidad—. Esas cosas nunca se saben.

—No, claro.

Las dos se quedaron en silencio.

—¿Quiere algo más, María? —dijo de pronto la chica, presintiendo el fin de la conversación.

—No, no. Puedes irte.

—Si voy al pueblo le daré ese recado a Daniel.

—Gracias.

La vio caminar presurosa hasta la puerta, abrirla y zambullirse en un pasillo lleno de cuerpos con las mismas energías que ella.

Y María tuvo la sensación de que se había quedado sin las suyas.

Al menos por espacio de unos minutos.

## 13

En uno de los pasillos de la zona de habitaciones se hizo la encontradiza con Teresa Doncos, tras haberla seguido sigilosamente y haberse asegurado de que estaba sola. Se encontraron frente a frente y María, como si de pronto recordara algo, exclamó:

—Teresa, por cierto, tú eres la mejor amiga de Isabel, ¿verdad?

La muchacha asintió con la cabeza, pero de momento no articuló palabra.

—Sí —dijo tras una pausa.

—¿Sabes cómo se encuentra?

—Esta mañana he hablado con mi madre. Me ha dicho que está bien. Hoy le dan el alta.

—Vaya, me alegro —suspiró la monja—. Fue terrible lo que pasó, ¿no?

—¿A qué se refiere? —fue cauta la chica.

—A su expulsión, claro. Lo del accidente es cosa de mala suerte.

—Sí, fue terrible —concedió Teresa.

—Sabes que me opuse a esa expulsión, ¿verdad?

—He oído rumores de que se enfrentó con la superiora.

—Creo que es injusto castigar con tanta dureza un error, y más si media una delación.

—Cierto —Teresa miró hacia los dos extremos del pasillo, como si esperase a alguien. Parecía incómoda.

—Lo peor del caso es que ha tenido que delatarla una amiga suya —continuó María sin cortarse.

—¿Por qué una amiga?

—¿Quién, si no, podía saber que esa noche iba a verla un chico?

—Alguien pudo verle a él —calculó la alumna.

—Ya era muy tarde —dudó María—, pero es posible. Además —se apoyó en un gesto de fingida vaguedad—, las amigas de Isabel sois Yolanda, Esther, Gloria y tú, y es impensable que alguna de las cuatro…

—Blanca también es del grupo. Blanca Navarro.

—Estáis muy unidas, ¿no es así?

—Bueno, bastante, aunque… Usted misma ha dicho que yo soy la mejor amiga de Isabel, y en parte es así, pero sólo en parte. Somos amigas desde niñas, lo cual no significa que salgamos juntas cuando estamos solas. Cada cual tiene su vida.

—Tú no comentarías con nadie lo de Daniel.

—No —le cambió la cara al darse cuenta del detalle—. Oiga, ¿cómo sabe usted… ese nombre?

—Me lo dijo Isabel.

—¿Que se lo dijo Isabel? —dio muestras de no creerla.

—Me gusta que mis alumnas tengan confianza conmigo.

—Oh —se limitó a decir la chica.

—Además, ese muchacho parece buena persona.

—¿Le conoce?

—Sí.

—¿A fondo?

—Bueno…, a fondo, no, pero…

—Yo previne a Isabel, pero pasó de mí. Y no es que piense que Daniel no le convenga o que esté jugando con ella, pero… —parecía tener serias reservas, que le costaba exteriorizar—. Ya sabe que los chicos del pueblo se vuelven locos por enrollarse con alguna chica de aquí, y nosotras lo sabemos y pasamos, salvo cuando alguna quiere tener una aventura o va con ganas de marcha. Lo de Isabel y Daniel fue bastante insólito.

—¿Por qué?

—María…

—Vamos, estoy de vuestra parte. Quiero ayudar a Isabel.

—Daniel era de los que piensan que las de aquí somos todas pijas, niñas ricas y todo ese rollo —cedió Teresa—. Creo que fue a ver qué sacaba y se encontró con Isabel, que es de las que no juegan. Si se enamora, se enamora.

—¿Crees que él no siente lo mismo por ella?

—No lo sé. No he hablado con Daniel.

—Si pensaba que las de aquí sois niñas pijas, como dices, puede que actuara con cierta desconfianza, creyendo que querían divertirse a su costa, hasta que se encontró con Isabel.

—Puede —volvió a mirar hacia los dos extremos del pasillo, pero ahora sin ocultar que la conversación la incomodaba.

—Me parece que te estoy entreteniendo —dijo la profesora.

—Me están esperando, pero no importa.

—Es igual, tenía ganas de charlar y, como me he encontrado contigo… Dale recuerdos a Isabel si hablas con ella por teléfono. Y dile que aquí ha dejado un buen recuerdo.

—Gracias, María —sonrió cortés Teresa.

Las dos se separaron y siguieron caminos opuestos.

## 14

Yolanda Marín estaba en la biblioteca, delante de media docena de libros abiertos, y aparentemente sumergida en ellos. María le cogió uno, un tratado de filosofía, y se sentó en su misma mesa, pero tres sillas más a la derecha. Durante unos minutos esperó su oportunidad, que se presentó cuando Yolanda levantó la cabeza y, agotada, se recostó en el respaldo de la silla. Entonces se miraron las dos.

—¿Qué haces? —musitó María.

—No quiera saberlo. Un palo.

—Tómate un respiro —le aconsejó.

—Es lo que hago. Llevo una hora con esto y ya tengo el cerebro a cuadros. ¡Qué barbaridad!

María se levantó de su silla y se sentó frente a Yolanda. Para iniciar la conversación le dijo:

—Sigue así. Estás llevando muy bien el curso.

—Gracias, pero me cuesta.

—En la vida todo exige sacrificio, y te aseguro que no es una frase hecha. Todo lo que cuenta, cuesta. Y cuando nos esforzamos conseguimos lo que nos importa. Aunque a veces hay imponderables que no podemos superar. Si no, recuerda lo que te pasó en Navidad.

—¿En Navidad? —frunció el entrecejo Yolanda.

—Querías un papel en la obra, y se lo dieron a Isabel Carreras.

—Sí —asintió pesarosa.

—Te dolió, ¿verdad?

—Mucho.

—¿Quieres ser actriz?

—No, no me veo capaz de tanto, pero me gusta actuar, y me gustaba esa obra, ese papel.

—¿Por qué no le pediste a Isabel que te lo cediera?

—A ella también le hacía ilusión, aunque se lo encontró sin buscarlo.

—Pero sois amigas.

—Sí, claro.

—Sin embargo, tú no te rindes fácilmente. Eres una luchadora. Tienes carácter y mucho orgullo.

—Eso me pierde a veces —sonrió la muchacha.

—El carácter no pierde a nadie.

—La hermana Milagros dice que debo ser más humilde.

—La hermana Milagros es una carroza y cree que estamos en la Edad de Piedra —la atajó María—. La humildad es buena hasta cierto punto.

—Es usted increíble —susurró Yolanda, protegiéndose con una sonrisa.

—Soy como soy —le guiñó un ojo—: Natural como la vida misma.

—Siempre decimos que no parece monja.

—Pues lo soy. ¿Es que las monjas no podemos tener ideas propias?

Yolanda volvió a reír. Hablaban en voz muy baja, apenas perceptible salvo para ellas dos. De todas formas, en la biblioteca no había más allá de una docena de alumnas, y ninguna estaba cerca.

—En fin —María hizo ademán de ir a levantarse—. Quiero escribirle una carta a Isabel, para desearle suerte.

—Dele recuerdos míos, y dígale que lo he sentido mucho.

—Esa expulsión… —suspiró María.

No necesitó hacer la pregunta. Yolanda abordó el tema.

—Pensar que una de nosotras la delató —dijo abatida.

—¿Una de vosotras?

—Del colegio.

—Claro, aunque… tuvo que ser alguien que supiera que ella salía con ese chico, Daniel.

—¿Sabe lo de Daniel? —la chica abrió unos ojos como platos.

—Yo lo sé todo —volvió a hacerle un guiño María—. No digo que apruebe esa visita nocturna, ni la primera, pero… la expulsión fue demasiado.

Yolanda aún abrió más los ojos.

—¿Quién le ha dicho…?

—Isabel, ¿quién si no? Siempre he tratado de que vierais en mí, más que una profesora, una amiga. Con algunas lo he conseguido.

—Es alucinante, de verdad.

—Por lo menos Isabel se ha sentido un poco más confortada —volvió al asunto que le interesaba—. Está bastante mal porque sabe que una de sus amigas la delató.

—No fue una de sus amigas, se lo aseguro —saltó en el acto Yolanda—. Tuvo que ser otra cualquiera.

—Puede que Teresa, o Gloria, o tú misma lo comentarais con otra chica y…

—¿Cree que estamos locas? Esas cosas no se comentan.

La miró fijamente. Parecía sincera. Tan sincera como Gloria y Teresa. Y tan preocupada como ellas. Tuvo la sensación de que estaba perdiendo el tiempo. De todos modos, continuó guiándose por su instinto, sin darse un respiro. Mientras no hablara con todas las del círculo íntimo de Isabel, no tomaría una decisión.

Dejarlo o seguir.

Así que continuó con su papel de cómplice y de amiga, por encima de su labor docente. Y especialmente de mentirosa.

Aunque cada vez le costaba menos soltar una mentira para conseguir información.

Eso sí la preocupaba.

## 15

Abrió la puerta del despacho cuando la superiora la invitó a franquearla. Estaba de pie, mirando al patio por la ventana, y no se volvió hasta que María llegó a la mesa. La hermana esperó de pie a que la directora del centro hiciera o dijera algo. Y vio enseguida su mirada seria y grave. Barruntó la tormenta antes que el primer rayo cruzara el horizonte: la cara de la superiora estaba cubierta de nubarrones.

Su voz fue un trueno.

—Hermana María —la primera ráfaga fue gélida—, la he visto hablar con la hermana de Isabel Carreras y con… otras alumnas muy concretas. ¿Puedo preguntarle si ha sido algo… casual?

—No, madre. No ha sido casual —concedió.

—¿Y puede saberse qué está haciendo?

—Nada.

—Hermana María… —el viento era ya huracanado.

—Es mi voz interior.

—¿Cómo dice?

—Mi voz interior. No me deja dormir.

—¿Y qué le dice esa voz?

—Sólo grita.

Se escuchó un suspiro, acompañado del ruido que hizo el hábito de la superiora al cambiar de posición. Dejó el amparo de la ventana y se situó frente a su profesora. La recorrió con una mirada que reflejaba a la vez escepticismo y paciencia.

—Hermana María —dijo en tono cansino—, es usted una gran profesora, me consta, y las alumnas la quieren, cosa que otras no han logrado en muchos años ni lograrán jamás. Pero tiene que madurar, hija. Es necesario que madure, de lo contrario…

—¿Qué puede pasarme? —la ayudó a seguir.

—Es usted demasiado inocente, querida.

—¿Y eso es malo? ¿Y si no quiero perder eso que usted llama inocencia?

—¿Sabe lo que es usted? —dijo la superiora—. Es una hippy de los sesenta con hábitos y anclada en este presente tormentoso y cambiante en el que vivimos.

—Es posible —concedió María—. Nací en esa época y probablemente crecí bajo su influjo.

—Pues entonces lo siento.

—¿Por qué? —se defendió María—. Vivo con ese espíritu porque sigue siendo el espíritu eterno de los que creen en algo.

—Los ideales son hermosos, pero los idealistas pueden ser peligrosos, hermana.

—Un idealista es un soñador que intenta mantener vivos sus sueños, nada más —dejó escapar María—. Por desgracia, la realidad trata siempre de entrometerse.

—Es difícil hablar con usted, ¿sabe? —la superiora no dio muestras de derrota, pero sí de cansancio—. No me extraña que siempre se meta en líos, o la meta en ellos esa voz interior que dice que le grita.

—No se enfade conmigo, pero…

—No me enfado —la detuvo la superiora—. Lo mío no es enfado, sino desconcierto, preocupación por la marcha del centro, y el recuerdo de que en otro tiempo, muy lejano, yo era un poco como usted —levantó una mano con la palma hacia delante para agregar—: Pero sólo un poco. Ahora tengo unas obligaciones.

—Que no son las mías.

La superiora la miró con acritud.

—Usted no habría aceptado esa delación, ¿verdad?

—No.

—¿Y la disciplina?

—Eso no es disciplina, es una venganza.

—Pero Isabel Carreras era culpable. La forma en que…

—¡Esa chica sólo tiene diecisiete años! —la interrumpió con vehemencia—. Y a causa de esa delación, ha estado a punto de morir. Quien la delató pudo matarla igual que si la hubiese apuñalado.

—Es la falta más grave en la historia de este colegio.

—¡Un chico entró en la habitación de una chica, hablaron, estuvieron juntos! ¡Ni siquiera hicieron el amor!

Los ojos de la superiora se dilataron.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Me… lo dijo Isabel —respondió María, cogida a contrapié.

—¿Y la cree?

—Sí.

—No puede figurarse cuánto me preocupa la suerte de esa muchacha —suspiró la directora.

—Me lo imagino —respondió María—. Pero usted sabe como yo que su falta es un pecado de juventud. Ella y todas las chicas de aquí son seres humanos, y nuestro deber es ayudarlas, formarlas, pero sin matar la luz que llevan dentro. La adolescencia es la mejor etapa de la vida, pero no lo sabemos hasta que la hemos perdido. Ésa es la trampa. Es la etapa en que dejas de ser niña, te palpas, sientes, te descubres, empiezas a comprender lo que te rodea, el mundo, la vida. Y al descubrirlo todo, también descubres cosas como el dolor, la muerte, el placer o el amor. También crees que todo el mundo está contra ti, y sientes un fuego interior, una pasión que te come. A veces es tan fuerte que te consume, te desarma, te hace llorar sin saber por qué. No sabes qué te pasa, nada parece tener sentido. Y cuando alguien te dice que la adolescencia es lo mejor de la vida, no le crees. ¡Pero es verdad! Lo malo es que sabes que es verdad cuando ya es demasiado tarde, a los treinta o a los cuarenta, al recordarlo, precisamente al recordarlo y darte cuenta de que ya no es más que eso: un recuerdo. ¿Y sabe qué sucede entonces? Pues que muchos padres, inconscientemente, se vengan en sus hijos, y muchos profesores en sus alumnos. La palabra venganza no es exacta, entiéndalo. De lo que se trata es de protegerlos, pero no los protegemos, al contrario. Esos hijos y esos alumnos nos recuerdan lo que hemos perdido.

La superiora estaba abrumada, no sólo por la vehemencia de María, sino por el torrente de conceptos que habría que discutir, uno por uno. Demasiados hasta para ella. Tuvo que apoyarse en la mesa para no sentir vértigo.

—Dígame una cosa, María —pareció olvidar el hábito y la distancia jerárquica—: ¿Por qué le interesa tanto dar con la delatora de Isabel?

—Porque su pecado es mucho más grave, y tendrá que cargar con él durante toda la vida si antes no lo confiesa y se libra de su peso.

—¿Está segura?

—Lo estoy. Y eso aunque no sepa que Isabel intentó quitarse la vida por su culpa.

—¿Así que va a seguir con esto?

—Sí.

No fue un desafío, sólo sincera honestidad, limpia y desnuda.

—¿Y si se lo prohíbo?

Silencio.

—De acuerdo —dio por terminada la conversación la superiora, de nuevo con visos de cansancio—, pero si el asunto llega a obsesionarla o la aparta de sus obligaciones…

—Oh, no, no, de verdad.

—No puedo aprobarlo —insistió la directora—, pero tampoco impedirlo. Me temo que, de todos modos, usted no desistirá de su propósito —consideró finalmente.

—Gracias, Rev…

—No me las dé —levantó una mano la superiora.

—Entonces, ¿me permite ver otra vez la nota que le…?

—¡Hermana!

—Por favor.

Era incansable, y directa. La superiora se rindió sin condiciones. Se dejó caer en su silla, abrió una carpeta y extrajo de ella el anónimo que había delatado a Isabel Carreras. Se lo tendió a María, que se limitó a examinar la cola utilizada para pegar las letras. Parecía de lo más común, incolora. La olió y memorizó ese aroma. Sabía que la directora no le dejaría llevarse la hoja de papel y no se arriesgó a incomodarla más. Se la devolvió inmediatamente.

—Gracias —dijo.

—Retírese —la invitó la dueña del despacho.

La vio dar media vuelta, encaminarse a la puerta, abrirla, salir y volver a cerrarla. Durante unos segundos no se movió. Por su cabeza pasaban algunas de las palabras que acababa de pronunciar allí la joven hermana. Quería estar molesta, enfadada, pero no podía. Eso la desconcertó tanto como la situación provocada por los últimos acontecimientos.

Era como si todo su carácter, su fuerza, su temple para dirigir el centro escolar, estuviera desmoronándose, o perdiendo vigor por causa de dudas antes desconocidas.

Miró el crucifijo que presidía la mesa y enarcó las cejas.

—Sea como sea, échale una mano, Señor —suspiró.

## 16

La redacción y el poema que María les había mandado escribir fueron motivo de comentarios durante la clase de la mañana. Unas, sintiéndose interiormente orgullosas de sus dotes, lo ocultaban asegurando en voz baja que su trabajo era «horrible». Otras tenían miedo de que María leyera «su obra» en voz alta, o se la hiciera leer. Pero María no hizo nada de lo que esperaban. Se limitó a recoger los textos y guardarlos. Luego empezó la clase como un día cualquiera. Algunas alumnas quedaron decepcionadas, no tanto por no poder mostrar su propio talento como por verse privadas del gozo de escuchar las «habilidades» ajenas. Finalmente se resignaron.

Al acabar la clase, una le preguntó:

—¿Nos devolverá los poemas, María? A mí me gustaría conservar el mío. Creo que es muy bueno.

—Para ti es fácil. Te pasas el día escribiendo poemas —dijo otra—. Yo es la primera vez que escribo uno.

—El mío puede tirarlo a la basura, es horrible —dijo una tercera.

Respondió a todas, cortésmente, y se llevó su tesoro a la habitación. En otras circunstancias, habría disfrutado comentando en clase con cada una lo bueno y lo malo de su trabajo. Seguramente acabaría por hacerlo, pero cuando se liberara de aquella opresión. Tal vez tenía razón la superiora cuando decía que aquel asunto podía distraerla de su trabajo habitual, que no era el de detective de causas perdidas, sino el de profesora.

Pasó el resto de la mañana deseando que llegara la hora de comer, para echarles un vistazo a los trabajos, aunque hasta la noche no podría estudiarlos a fondo. Al terminar la última clase de la mañana, no fue al comedor. Corrió a su habitación y se puso a examinar el material con que estaban pegados los poemas a las hojas y los marcos hechos a mano con cartulina. La mitad de la clase había utilizado un pegamento como el del anónimo, con el mismo olor. El resto había usado un material distinto, en algunos casos cinta adhesiva. Todas las sospechosas en principio, las amigas de Isabel, pertenecían al primer grupo, el del pegamento incoloro y de olor clásico. O sea que la idea había sido buena, pero el resultado no. Después leyó algunos trabajos, comenzando por los de Gloria Sanmartín, Yolanda Marín, Teresa Doncos y Esther Climent. Aunque Gloria también había citado a Blanca Navarro, y la habitación de ésta se hallaba junto a la de Isabel.

El poema de Yolanda era muy malo, fiel reflejo de su carácter, en el que la apariencia fría eclipsaba el romanticismo interior. Le costaba desnudarse, sin duda por miedo a que el poema fuera leído en clase. Estaba dedicado a su perro. El texto sobre el amor, la lealtad y la amistad era más transparente. Uno de los párrafos decía: «… amor es todo lo que puedes ver, tocar y sentir; todo lo que puedes vivir, porque la vida en sí es un inmenso acto de amistad sazonado con deseos de paz y felicidad a la búsqueda del amor, que es lo único que da sentido a todo».

En cambio, el texto de Gloria Sanmartín era muy flojo y tópico, pero el poema rebosaba pasión, aunque la redacción no era tampoco brillante. Hablaba de un amante y la estrofa más significativa decía: «Te quiero porque eres un imposible. / Te quiero porque te perdí. / Te quiero porque no puedo odiarte. / Te quiero porque eres todo lo que me queda. / Y no importa que tú me ignores: / hay amores de una sola dirección, / caminos sin huella llenos de ecos. / Algún día lo descubrirás».

Teresa Doncos era la que más había escrito. Dos páginas apretadas en tomo al amor, la amistad y la lealtad, y un poema con más de treinta líneas, a dos columnas. Sobre la lealtad decía estas frases, eco de su talante algo pesimista: «La lealtad no existe. Somos formas egoístas que sobreviven. Y estamos solos, porque entre la tormenta exterior y la interior, lo único que cuenta es lo que tenemos». La frase más curiosa del poema, en tomo a un amor imaginario, era ésta: «¿Se enamoran las hormigas? / Si es así, / ¿sabes cuánto amor hay debajo de nuestros pies?».

Esther Climent era mucho más espontánea: escribía lo que sentía, pasando por encima de todo, incluso del pudor, Puro instinto. A María le gustaba por eso. No tenía excesivos artificios. Su vena cursi y sentimental aparecía con tanta claridad como su espíritu extravertido. El poema era una humorada sobre lo mucho que quería a su cantante favorito, pero la redacción alcanzaba mayor altura, aunque sólo fuera por este párrafo: «Lealtad es mirar a los ojos de alguien y decirle sí antes que te formule su petición».

Cogió también el trabajo de Blanca Navarro, la última que parecía haberse unido al grupo de amistades íntimas de Isabel, según estaba averiguando. Su carácter abierto y despreocupado se reflejaban también, mucho más que en la redacción, en el poema, donde hablaba de un primer amor: «Cuando me besaste por primera vez, / supe que el universo está en nosotros. / Cuando me tocaste por primera vez, / supe que la vida está en nuestras manos. / Cuando rompimos, / rompimos el universo y la vida. / Hoy no tenemos nada, sólo recuerdos. / No es mucho, pero me basta. / Es mejor llorar por haber sentido / que hacerlo por no haber tenido la oportunidad». De todas formas, a María le llamó la atención una frase del texto en prosa: «Nos pasamos la vida buscando el amor, y no sabemos que sólo al morir y sumar todos los sentimientos de nuestra vida tenemos el verdadero amor que hemos dado y recibido en ella».

Palabras curiosas.

No sabía si también reveladoras, pero al menos curiosas.

Atrapada por su interés, siguió leyendo redacciones y poemas, hasta que tuvo que dejarlo porque apenas faltaba media hora para comer.

Se dirigió al comedor con la cabeza nuevamente llena de ideas, aunque ninguna llevaba a ningún sitio. Por primera vez supo a ciencia cierta qué significa «buscar una aguja en un pajar».

No se sentía derrotada, pero sí abatida.

## 17

Esther Climent era bajita y regordeta, pero muy atractiva; su carácter abierto la hacía muy accesible. Y no es que María tuviera que exprimirse mucho el cerebro para abordarla: para entablar conversación con una fan, basta hablarle de su cantante o conjunto favorito.

Fue lo que hizo.

—Esther, ¿tienes un minuto?

—Claro, María. ¿Qué tal mi poema?

—Muy intuitivo —le reveló—, aunque eso tú ya lo sabes.

—Bueno, me dejé llevar.

—Sigue así. Es lo mejor.

—¿Qué quiere?

—Tengo que comprarle un disco a mi sobrina, y no sé qué está de moda ahora mismo. Como comprenderás, no domino demasiado este tema.

—¿Qué edad tiene su sobrina?

—La tuya.

Necesitaba confesarse inmediatamente. No sólo de sus mentiras, sino del aplomo con que las decía.

—¿Y qué le gusta? No voy a recomendarle algo fuerte si es romántica, ni nada pop si le va el tecno.

—Claro, claro —se encogió de hombros—. No sé, algo que sea agradable, bailable, digestivo.

—¿Digestivo? —se echó a reír Esther—. Estoy al tanto de todas las corrientes musicales, y nunca había oído ésa. Es genial.

—Vale, no te rías.

—No, si no me río. ¡Lo digo en serio!

—¿Lo piensas y me sugieres algo?

—No mujer, eso está chupao. Un momento…

Sacó una libreta de la carpeta y un bolígrafo de un bolsillo del uniforme, y se puso a escribir. Cuando iba por el tercer título, María la detuvo.

—No hace falta que me pongas el hit parade.

—¿Hit parade? ¡Ay, María, tiene que ponerse al día!

Le entregó la nota, y la monja se la guardó. Esther, que era bastante escurridiza, hizo ademán de continuar su camino. María tuvo que detenerla por las bravas.

—¿Sabes algo de Isabel?

—Su hermana me ha dicho que está ya en casa.

—Me alegro.

—Y yo. Bastantes problemas tiene para encima andar con hospitales. Si pillara a la que la delató… —de pronto, recordó con quién estaba hablando y trató de rectificar—. Bueno, quiero decir que…

—No importa, Esther —la tranquilizó María—. Opino lo mismo.

—Sí, ya sé que la defendió. Usted es una tía legal.

—Eso no quiere decir que me parezca bien lo que hizo.

—Vale, pero lo otro…

—Creo que sólo sabíais lo de ese chico unas pocas, o sea, las amigas de Isabel.

—Desde luego, salvo que alguna lo comentara con quien no debía o que le viera quien menos nos imaginamos.

—Todo es posible.

—Sí, pero a ella la han expulsado, y pudo romperse la crisma en ese accidente o lo que fuera.

—Las amigas de Isabel sois Teresa, Gloria, Yolanda y tú, ¿verdad?

—También está Blanca, aunque… con ella es distinto.

—¿Por qué?

—Cosas nuestras —se encogió de hombros Esther.

—Vale, ya veo que a fin de cuentas sigo siendo una profesora —fingió disgustarse María.

—No, mujer, no —la detuvo la chica—. Ya le he dicho que es legal. Lo que pasa es que no me gusta hablar mal de nadie.

—¿Teníais algún problema?

—No, pero dentro de una pandilla hay distintos grados de amistad. Isabel y Teresa son íntimas, Blanca y Yolanda lo mismo, Gloria y yo también; Teresa se entiende mejor con Gloria, Yolanda conmigo… Y siempre hay extremos.

—O sea que a Isabel pudo delatarla una del grupo.

—¿Qué dice? ¡Ni pensarlo! —Esther se agitó como si le hubieran dado un pinchazo—. Eso es imposible —chasqueó la lengua y agregó—: ¿Y yo por qué estoy hablando de más, si puede saberse?

—Porque ahora no somos una profesora y una alumna, sino dos amigas preocupadas por otra.

—Eso es verdad —concedió—, así que mejor no hablar más de nadie.

No quiso sonsacarla. Parecía que una de las cinco se hallaba más alejada de Isabel. Eso equivalía a no llevarse bien con ella. Pero optó por no provocar recelos ni sospechas. Bastantes se desatarían si a las chicas se les ocurría comentar entre sí que había hablado con todas ellas. Puede que ya lo hubieran hecho, o que lo hicieran en breve. Fingió de nuevo una absoluta indiferencia, sonriendo despreocupadamente.

—Bueno, gracias por esto —se tocó el bolsillo en el que acababa de guardar la nota de Esther con los discos que podía comprarle a su sobrina… de tres años—. Espero acertar.

—Confíe en mí.

—Cuando era niña, mi padre me decía que no me fiara de las fans demasiado apasionadas.

—Yo no soy una fan —sonrió Esther—. Sólo estoy un poco loca, para mi suerte.

A veces decían las tonterías más increíbles, pero tenían razón.

## 18

La aparición de sor Soledad le causó extrañeza, sobre todo cuando la oyó decir:

—Hermana, tiene una llamada.

¿Una llamada? No siempre era buena señal. También podía haberle sucedido algo a su madre, o a cualquiera de sus tías y tíos. Miró la hora. Anochecía. Como, en cierto modo, estaba convencida de que la gente se moría de noche, sintió cierto alivio.

Cuando llegó al teléfono, volvía a sentir el ramalazo de la inquietud, así que preguntó recelosa:

—¿Sí?

—¿Hermana María?

No reconoció la voz masculina.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Con Daniel Gubern, hermana.

El amigo de Isabel.

—¡Ah, hola! —trató de hablar con voz distendida—. ¿Qué hay? Isabel está bien, ya la han llevado a su casa.

—Me alegro —se oyó una suave brisa de alivio—. Pero no llamaba por eso. De todas formas es una buena noticia. Ahora podré llamarla o escribirle.

—Le hará ilusión recibir noticias tuyas, pero dale un respiro.

—Si usted lo dice…

—¿Desde dónde llamas?

—Desde mi casa. ¿Por qué?

—No, por nada. ¿Qué querías?

—Me dijo que si recordaba algo relacionado con lo que le ha pasado a Isabel, la llamara, y he recordado una cosa, aunque no estoy seguro de que le sirva de mucho.

—Veamos.

—Isabel comentaba que una de sus amigas no la dejaba en paz, ya sabe, que se metía con ella y esas cosas.

—¿En plan hiriente?

—No lo sé, pero supongo que sí, porque Isabel estaba dolida y a veces se ponía furiosa.

—¿Sabes el nombre de esa amiga?

—Blanca —reveló—. Lo recuerdo porque Isabel decía que Blanca la ponía negra.

—¿De qué forma se metía con ella?

—Pues… metiéndose, no sé. Le decía cosas, que era una tonta y una ingenua y una carca y bobadas de ese estilo. Al parecer, la tal Blanca es de las que coleccionan chicos como si fueran postales. Creo que es muy guapa y va de eso. Isabel me dijo que siempre quería ser la número uno y tener la última palabra.

Blanca Navarro solía reírse de todo el mundo, eso era cierto. Adoptaba un tono irónico y mordaz para hacer comentarios malintencionados.

—¿Se quejó muchas veces de ella?

—No, dos o tres. Una tarde, Blanca nos vio a Isabel y a mí, y le dijo que si no tenía nadie mejor con quien perder el tiempo. Isabel la puso en su sitio, y ella bromeó diciendo que el día menos pensado se presentaría en nuestra tienda.

—¿Para qué?

—No lo sé, supongo que para tontear conmigo.

—¿Crees que Blanca le tenía manía?

—Es posible. Esas que van con aires de superioridad no toleran que haya gente feliz a su alrededor. Son como esponjas: quieren absorber todo. Y les va la marcha cantidad, pajariquear y todo eso.

—¿Pajariquear?

—Sí, tontear. Cuando ven a un chico, el que sea, van a por él, como simple ejercicio, ¿entiende? Es como una competición: ver si le cazan, en cuánto tiempo, cómo… Un juego. Mucho uniforme, pero si las viera en plan guerrero…

María se estremeció. Prefería no verlas, aunque las imaginaba.

—¿Crees que a Blanca le molestó que Isabel consiguiera salir contigo?

—Es posible, si estaba sin nadie…

Las leyes de la selva humana, a veces, se le escapaban.

—Pero ¿qué le importaba a ella?

—Ni idea. Puede que me viera interesante y lamentara no haberme encontrado ella antes, o que simplemente le desagradara que Isabel fuera feliz, como acabo de decirle. Si le tenía manía, es lógico.

—Pero entonces, ¿por qué eran amigas?

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra. O puede que Isabel fuera un poco masoca. Hay gente que necesita tener al lado a alguien que le castigue la moral.

—¿Tú crees?

—Isabel es demasiado buena persona, siente mucho las cosas, se afecta por cualquier insignificancia, y se preocupa por todo y por todos; quiere que todo encaje, necesita que la quieran y, si alguien no lo hace, lejos de apartarse, insiste. Y en una pandilla hay de todo.

Era una descripción bastante precisa de un aspecto del comportamiento de Isabel Carreras. Daniel Gubern seguía dando muestras de una evidente sinceridad.

—¿Algo más? —preguntó María al ver que él no seguía hablando.

—No, eso es todo. Ni siquiera sé si…

—Te agradezco la llamada, de verdad.

—No importa.

—Adiós, Daniel.

—Adiós.

Colgó el teléfono, pero se quedó mirándolo unos segundos. Decididamente, a los nombres de Teresa, Yolanda, Esther y Gloria, debía añadir el de Blanca. Todas tenían habitaciones delante o enfrente de la de Isabel. Todas parecían saber que ella y Daniel Gubern se veían, y no sólo en el pueblo los fines de semana. Todas habían citado a las demás. Formaban un grupo.

Todas.

Pero a todas las unía, en mayor o menor grado, el vínculo de la amistad.

¿Y no debía buscar entre las enemigas más que entre las amigas?

Se llevó consigo esa pregunta, y ya no la abandonó en todo el día, ni durante la cena, ni durante la noche.

La voz interior seguía hablándole, ajena a todo.

Y siempre la había escuchado.

## 19

Blanca Navarro era una de las chicas más guapas del curso, y unía a esa belleza una desenvoltura que lo mismo podía ser una coraza defensiva que un arma de ataque. Seductora, lanzada, abierta, y siempre con una punta de ironía que a menudo rozaba los límites de lo tolerable. Era lógico que, aun siendo amiga de Isabel, se metiera con ella y con su mundo perfecto, ideal, cortado a la medida.

María se detuvo un instante para anotar eso en su cuaderno, antes de seguir caminando hacia ella. Tenía ya una especie de ficha de cada una de las seis que, de momento, consideraba que podían haber intervenido en el caso: las cinco amigas de Isabel y la propia Isabel Carreras. Si la policía tomaba notas, ¿por qué ella no? Leer los pensamientos propios en voz alta podía ayudar. O por lo menos era lógico que ayudase.

Esperó a que Blanca fuese eliminada del juego. Participaba para ganar, nunca por el placer de competir, pero en esta ocasión se deshicieron de ella a las primeras de cambio. No pudo evitar que la pelota impactara en uno de sus brazos y salió del rectángulo en el que los dos equipos trataban de «matar» a los rivales, separados por una línea trazada en el suelo. No aceptó bien la eliminación.

—¡Siempre vais a por mí la primera! —protestó.

María se detuvo a su lado.

—No se puede ganar siempre —comentó.

—Pero hay que intentarlo, ¿no? —le sonrió la chica.

Vieron el juego durante unos segundos. Antes de volver a hablar, María se aseguró de que estaban solas, de que no había ninguna alumna cerca. Su comentario no pudo ser más directo.

—Me cuesta creer que alguien delatara a Isabel.

—El mundo es una caja de sorpresas —suspiró Blanca.

—Pero entre compañeras…

—La cerda que lo hizo no es compañera de nadie. Bueno —intentó rectificar—, quiero decir que…

—No te preocupes. Pienso lo mismo.

Blanca la miró directamente.

—Usted es diferente, ¿verdad?

—¿En qué lo has notado? —sonrió María.

—Al comienzo creí que iba de colegid, para hacerse la simpática, pero no es así, y es raro.

—Vamos, no seas mala.

—No soy mala. La superiora es monja como usted, y expulsó a Isabel.

—Tenía sus razones.

—Ya —una de su equipo eliminó a una de las mejores del equipo contrario, y Blanca gritó—: ¡Así, bien, dale fuerte!

—Pues ya ves —la profesora no dejó el hilo de la conversación—. Yo pensaba que le tenías manía a Isabel.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque siempre te estabas metiendo con ella.

—¡Ah, bueno, pero eso no es nada! —justificó—. Un poco de marcha nunca viene mal.

—Pues vaya forma de dar marcha.

—Es que, a veces, Isabel se las traía.

—Entonces, tuvo que delatarla una enemiga.

Blanca la miró a los ojos.

—¿Por qué?

—Alguien debió de ver salir a su visitante y delatarla.

—¿Y para eso hay que ser un enemigo declarado?

—Claro, también es posible que cualquiera, tú misma, lo comentara con otra, y de esta forma…

—María, ¿cree que yo voy por ahí diciéndole a la primera que pasa que una amiga tiene un lío y que esa noche habrá una orgia en su habitación?

—Pudo hacerlo Teresa, o Yolanda, o Gloria, o Esther.

—O pusimos un anuncio en el tablón, para que se enterara todo Dios… ¡Huy, perdón! —volvió a excusarse antes de seguir en el mismo tono—. Tiene usted unas cosas…

—Vale, vale. No he dicho nada.

Quedaban tres chicas por equipo, y las fuerzas estaban igualadas. Blanca Navarro volvió a estar pendiente del juego, hasta que un certero disparo de una de las suyas eliminó de golpe a dos contrarias, pues la pelota rebotó en la una y le dio a otra.

—¡Bien, esas pavas ya son nuestras! —exclamó saltando.

Se acababa el partido, y su breve charla.

—Ese chico, Daniel… —prosiguió María.

—Vaya —la muchacha la miró con los ojos muy abiertos—. Así que Isabel le hace confidencias, ¿eh?

Era la primera que no le preguntaba cómo sabía lo de Daniel, y que se lo atribuía abiertamente a Isabel.

—Cuando me encuentro con alguien que tiene problemas, intento ser una amiga, no una profesora —se justificó.

—Pero sigue siendo una profesora, aunque por lo menos dio el callo por Isabel.

Iba a decir algo más, pero no pudo. La última jugadora del equipo contrario había sido eliminada entre el júbilo de las unas y las protestas de las otras, y Blanca se separó de María, sin despedirse siquiera, y volvió al campo para empezar el partido de revancha.

—¡Vais a ver ahora, panda de lilas! —gritó.

María dio media vuelta y se alejó del campo de batalla.

## 20

Por la noche, una vez cumplidos sus deberes profesionales y religiosos, se encerró en su habitación. Había estado todo el día dándole vueltas al asunto y anotando datos y detalles en sus «fichas». Aunque se lo sabía de memoria, quería leer lo que había escrito.

Pero si había en el mundo algo que le diera miedo eran las obsesiones, sobre todo las suyas.

Y ya estaba obsesionada.

Las obsesiones son hermosas, pero peligrosas, hacen perder de vista la lógica, la razón, la misma realidad. Se nutren del deseo y absorben la voluntad, devorando todo a su paso. Las conocía demasiado bien.

Su propia existencia era una obsesión.

Por la vida esencialmente.

¿Cómo la había llamado la superiora? Sí, hippy idealista. Si hubiera sabido que sus padres fueron hippies de verdad, auténticos, y que pasó los primeros años de su vida yendo y viniendo por un mundo cambiante y vertiginoso…

Una extraña familia.

Una hermosa combinación de fuerzas de la naturaleza.

Colocó sobre la mesa de trabajo las «fichas» de las seis implicadas en el caso y las examinó. En cada una de ellas había anotado, además de los detalles caracterológicos, los rasgos físicos. Sabía que, a esa edad, el aspecto físico representa para las chicas un problema: el descontento con los rasgos del rostro, la estatura, la cintura, las caderas o el busto puede provocar verdaderos traumas. Había oído que el año anterior había muerto de anorexia una alumna del colegio. Por último, cada ficha incluía el motivo que la interesada podía haber tenido para delatar a Isabel.

No era mucho, pero estaba orgullosa de su trabajo.

Comenzó a leer:

GLORIA SANMARTÍN. Tímida e introvertida, con muchas inseguridades. Contradictoria. Pese a que muchas envidiarían su esbeltez, no es atractiva ni se arregla para serlo. Sin duda, desea estar enamorada, o que un chico le preste atención. Eso la haría sentirse más segura. Conoció a Daniel antes que Isabel, y debió de estar enamorada de ese muchacho. Si sigue estándolo, odiará a Isabel. Ése podría ser un motivo para delatarla.

ESTHER CLIMENT. Típica fan: loca, extravertida, animada, locuaz, atolondrada, fantasiosa, soñadora, tierna, de lágrima fácil, emotiva. Baja y regordeta, se ríe bastante de su figura, y eso la libera de muchos fantasmas. Rostro muy agradable. Suspira por el amor y se siente despreciada por los chicos, pero lo acepta, o finge aceptarlo, y lo lleva bien. Se refugia en la música pop y en sus ídolos. Motivo para delatar a Isabel: ninguno.

YOLANDA MARÍN. No es guapa, pero tiene un enorme atractivo interior y exterior. Muy expresivos sus gestos, el calor de sus ojos y la hermosa línea de sus labios. La estatura le da seguridad. Sabe seducir. Carácter fuerte, dominante; ideas propias; rápida, directa, observadora, muy orgulloso. Parece fría, pero es romántica, aunque lo disimula para que no la crean débil. Eso la aísla en ocasiones. Motivo para la delación: Isabel le quitó el papel en la obra de Navidad y la hirió sin querer.

TERESA DONCOS. Personalidad compleja, típica de adolescentes atractivas y sensitivas. Seca y expeditiva. Muy resecada y siempre en guardia. Juega a hacerse la interesante, y es muy observadora, pero inestable y muy excitable. Puede pasar de la depresión a la exaltación. Parece que le resulta fácil entablar relación con los chicos, pero que después no logra mantener esa amistad. Es la mejor amiga de Isabel: se conocen de toda la vida y los padres de ambas tienen negocios. Motivo para delatar a Isabel: ninguno.

BLANCA NAVARRO. Abierta, extrovertida, lanzada, «pasota». Parece ligera porque le gusta coquetear con los chicos haciendo gala de sus encantos y su simpatía. Presume de haber tenido muchos novios y muchas aventuras, pero en el fondo es ingenua. Nunca pasa desapercibida, quiere ser siempre la primera y tener la última palabra. Es la más atractiva de las cinco, se ríe de todo y de todos. Segura de sí misma, irónica, mordaz, se le da muy bien meter cizaña y provocar situaciones que luego contempla con una malicia ingenua. Motivo para delatar a Isabel: en apariencia, ninguno. Pero se metía mucho con ella acusándola de «niña bien», lo cual denota cierta inquina.

¿Qué tenía? Un simple retrato de cinco chicas, con sus cosas buenas y sus cosas malas, como tantas otras. Dos tenían motivos para odiar a Isabel; otras dos, no, y una quedaba entre dos aguas. Y los motivos eran tan pequeños que… ¿o no? A esa edad se magnifica todo, es todo más visceral. Si la cara es el espejo del alma, allí no había más que cinco almas normales. El trabajo que les había encomendado, la redacción y el poema, tampoco revelaba nada. O tal vez sí. En todo caso, ella no era psicóloga.

¿Y si había alguna más? ¿Y si no eran sólo aquellas cinco? No, estaba casi segura de que en ese aspecto no se le escapaba nada. Isabel había citado a Gloria, Yolanda, Esther y Teresa. La hermana de Isabel, Carmen, había citado a Yolanda, Teresa y Esther. Y las cinco se habían citado mutuamente, de una forma u otra, cosa que también había hecho Daniel Gubern con respecto a Blanca a través de su llamada telefónica. Por si fuera poco, estaba lo de las puertas. Las cinco tenían su habitación cerca de la de Isabel. Únicamente la hipótesis de que otra persona hubiese visto entrar o salir a Daniel impedía afirmar con toda certeza que una de las cinco tenía que ser la delatora. Y María seguía oyendo su voz interior.

Más y más fuerte.

Todas habían negado ser la delatora, y todas habían dicho que si supieran quién había sido… Pero una mentía.

María estaba cada vez más segura.

¿Quién?

Y sobre todo, ¿por qué?

Cogió la última ficha, la de Isabel.

ISABEL CARRERAS. Retrato de chica casi perfecta. Dulce, encantadora. Cae bien a todo el mundo. Con un universo ideal forjado a su medida, no sólo por la familia, sino también por ella misma. En su vida, todo encaja, está controlado y medido. Jamás un contratiempo. Buena estudiante, notas altas sin mucho esfuerzo. Puede que alguien le tenga ojeriza por todo eso. Pero es buena compañera y amiga leal, nada egoísta. Muy sensible, como muchas chicas se siente sola y necesita ternura. La ternura que a su edad da una relación sentimental. Padres muy severos, tradicionales, de acusada formación católica. Su enamoramiento de Daniel, natural a su edad y por su carácter. El intento de suicidio, consecuencia del miedo a sus padres y de que con la expulsión se le hundió el mundo bajo los pies. Se recuperará en cuanto pase la tormenta. La vi animada y relajada.

Animada y relajada después de la tormenta.

Tal vez la clave, a fin de cuentas, seguía estando en Isabel.

Se llenó los pulmones de aire y se recostó en el respaldo de la silla. Luego dejó que la cabeza le cayera sobre el pecho. Unos segundos después, expulsó el aire que había retenido en sus pulmones.

Se hizo la pregunta en voz alta:

—¿Y ahora qué?

# INTERMEDIO

## 21

Se arrodilló, inclinó la cabeza, apoyó la frente en las manos e inició el recuento de sus excesos. No los llamaba «pecados» porque, por alguna razón inexplicable, esa palabra le resultaba molesta, y la eludía siempre que podía, cosa nada fácil para una religiosa.

—Padre —dijo—, he sido imprudente, temeraria, orgullosa, atrevida, precipitada en mis actos y en mis palabras, indisciplinada. He mentido. He sido irreflexiva, ligera, arrogante, presuntuosa…

—Te falta la soberbia —dijo el confesor, al ver que se quedaba callada.

—¿Qué? —vaciló María.

—La última vez te acusaste también de soberbia.

—Ah —se quedó desconcertada. El padre Isaías, su confesor, era un hombre bueno, y en él había encontrado un buen amigo desde su llegada al colegio. Si no le hubiera conocido, habría dicho que era como si no la tomara en serio.

—¿Algo más, hija mía? —se interesó el capellán.

—No, padre.

El sacerdote le impuso la penitencia y le dio la absolución en latín. Antes que se levantara del confesionario, le dijo:

—María, ¿puedes esperarme un momento?

—Claro, padre.

No tuvo que esperar mucho. Sólo había otro penitente. Se sentó en un banco y miró el altar. Le gustaba el silencio de los templos. Su vocación había surgido cuando, siendo muy niña, entró por primera vez en una iglesia. Lo hizo para descansar, porque estaba agotada y le dolían los pies, ni más ni menos. Una extraña forma de penetrar en un mundo que acabaría siendo el suyo. También entonces miró el altar, sintió paz, y al salir le preguntó a su padre quién era el hombre de la cruz. La historia la entusiasmó, y luego buscó dónde leerla y aprender de ella. La fascinación se mantuvo durante años y la llevó a entrar en contacto con ambientes cristianos, iniciando un proceso que culminó en su profesión religiosa. Y aún ahora, cuando se sentaba en un banco sola, en silencio, fuera de la misa o de cualquier acto multitudinario, sentía lo mismo que aquella primera vez.

El último penitente se levantó, y el padre Isaías abandonó el confesionario. Era un hombre menudo, ya anciano, pero que aún tenía unos profundos y hermosos ojos grises y una extraordinaria fuerza espiritual. Emanaba de su mirada, de sus manos, de cada una de sus arrugas. Era como si estuviese impregnado de amor y calor, de paz y misericordia, lo cual no excluía que fuese un hombre ingenioso, divertido, ocurrente, como acababa de demostrarle a María recordándole que todas sus confesiones eran parecidas, tumultuosas. Sencillamente tiernas.

—Hola, padre Isaías —le saludó cuando el hombre llegó a su lado.

—¿Como estás, hija?

—Bien.

—Me alegro —la tomó de un brazo y la sacó de la iglesia, pero no a la calle, sino a un patio pequeño y recogido, huérfano de sol pero cuidado.

Una vez allí, el sacerdote no se detuvo, pero aminoró el paso. Miró a María y le dijo:

—La superiora me ha pedido que hable contigo.

—Oh —María bajó la vista al suelo.

—Me ha dicho que lo haga a título personal, pero no quiero engañarte.

—Ya.

—¿No quieres saber qué me ha pedido?

—Lo imagino.

—A lo mejor te equivocas. Ella te aprecia. Puede que tengáis puntos de vista divergentes y opiniones encontradas, pero te aprecia. Así que en realidad no me ha pedido que te diga nada, sólo que hable contigo.

—¿Le ha explicado el motivo?

—El caso de la muchacha expulsada, sí.

—¿Y lo de la delación?

—Por supuesto.

—Padre, es que no puedo… quitármelo de la cabeza, ¿entiende? —abrió las manos, en un gesto de desesperación.

—También lo sé, porque te conozco bien, eres transparente, hija mía. Lo único que podría pedirte es prudencia, que no obres irreflexivamente y que tus actos no hagan más daño del que ya se ha hecho.

—¿No se da cuenta de que…?

—Me doy perfecta cuenta —la interrumpió—, y tu empeño, casi quijotesco, es encomiable, pero no olvides que tenemos otras responsabilidades.

—No lo olvido, pero tampoco puedo olvidar lo que ha sucedido, ni ignorar lo que tengo dentro.

—¿La voz interior?

—¿Cómo…?

—La superiora me ha hablado de eso.

—Entonces debería entenderlo, padre. Aunque le parezca una necedad, necesito saber qué pasó, qué motivó la delación, y quién la hizo.

—No será fácil encontrar a esa muchacha. Y si lo logras, ¿qué harás entonces?

—Hablarle. Aunque ella no lo sabe todavía, esa chica no podrá soportar una carga tan pesada durante toda su vida.

—¿Tú crees?

—Sí, padre Isaías, estoy segura. La que delató a Isabel Carreras está en peligro, y quiero ayudarla. Lo que hizo es algo que a esa edad puede marcar para siempre.

—¿Tienes algún indicio?

—No, pero sí cinco sospechosas.

—Lee la Biblia. Siempre hay en ella una respuesta, un camino a seguir. Pero no olvides que Moisés dejó solo a su pueblo para recibir las Tablas de la Ley y, cuando regresó, el pueblo se había olvidado de él para construir el becerro de oro.

—No entiendo…

—No pierdas de vista lo que eres, quién eres, lo que haces y para qué lo haces. No busques a una persona olvidándote de las demás.

—Jesucristo reunió a los doce apóstoles en la Última Cena y les dijo que uno de ellos lo iba a traicionar. Allí estaba Judas, padre.

El sacerdote se detuvo. La miró de hito en hito. Luego, no pudo menos de sonreírle con ternura. Habían llegado a la puerta que comunicaba con la parroquia.

Era el fin de la charla, breve pero franca.

—Que Dios te bendiga, María —deseó el sacerdote.

—Gracias, padre.

Cuando el hombre cerró la puerta, ella seguía todavía inmóvil.

## 22

—¡María!

—¡Hola, Isabel!

No estaban en el colegio, y el hecho de que María le hubiera salvado la vida eliminaba, en cierto modo, todas las barreras y distancias. Era el reencuentro de dos amigas, así que se abrazaron con calor y, cuando se separaron, se miraron la una a la otra.

—Tienes buen aspecto —dijo la monja, evitando fijar la vista en las muñecas de la chica, todavía vendadas.

—Me recupero. Nada mejor que un poco de tranquilidad, y aquí tengo toda la que necesito. ¡Demasiada!

—¡Qué dices! Esto es precioso —desde la terraza adonde la había acompañado una chica de servicio, contempló los jardines, la piscina y las colinas boscosas que las rodeaban.

—¿Ha llegado bien?

—Sí, pero con un mapa para no perderme. Menos mal que es sábado y he podido coger el minibús del colegio.

—¿Por dónde ha venido?

—Por la carretera, hasta el pueblo. Allí he preguntado. Todo el mundo sabe dónde está tu casa o, mejor dicho, tu mansión, porque es increíble. Y todos estos bosques que la rodean… ¿No serán vuestros?

—No, pero como si lo fueran. Si hubiera sabido que venía a verme, le habría dicho que cogiera el atajo del bosque. Se habría ahorrado casi una hora de camino. Justo a la entrada del parque hay un desvío. Y el trayecto es de alucine, una verdadera pasada, con árboles a los dos lados. Y fuera del camino, por las sendas de montaña, unos paisajes… En coche y sin parar, media hora. Mis hermanos y yo hemos pasado muchas noches en alguno de los refugios que hay por todas partes, de los tiempos en que se podía cazar. Los amaneceres son espléndidos. Hasta hice un plano, que debe ser el único que hay de esta zona. Siempre he pasado aquí el verano, aunque me hubiera gustado más ir a la playa, lo reconozco.

—¿Estás sola? —María fue la primera en sentarse. Isabel la imitó.

—Mi padre llegará esta tarde, y mi madre creo que ha ido al pueblo. Teníamos la casa cerrada en esta época del año, claro.

—Bueno, gracias a que estás aquí he podido venir a verte. Una cosa es hacer en coche doscientos kilómetros y pico, y otra quinientos. No habría podido ir hasta allí.

—¡Me alegro tanto de que esté aquí! —dio un salto en su butaca de mimbre—. Se quedará a comer, claro.

—De acuerdo, pero sólo a comer. Tengo que volver temprano.

—¿Cómo está el colegio, y la gente y…?

—¿No has hablado con nadie?

—No, todavía no. Mis padres dicen que es mejor que no lo haga. El lunes me quitan las vendas y entonces… Bueno, no sé. Quieren que siga aquí al menos dos o tres semanas más.

—¿Qué tal lo llevan ellos?

—Así, así —se encogió de hombros—. No hablan de la expulsión ni de lo que hice. Silencio. Supongo que cuando esté bien me buscarán otro centro. Pero a estas alturas, yo ya doy el curso por perdido.

—Tus amigas están bien, solidarias contigo, y Daniel te manda recuerdos.

—¿Le ha visto? —saltó ella, expectante.

—Sí, y está preocupado, por supuesto, aunque no sabe nada de tu accidente. Se siente culpable de tu expulsión.

—Pobre Daniel —suspiró abatida—. Espero volver a verle pronto, aunque… ahora hay demasiada distancia física entre nosotros.

—Si quieres verle, y él quiere verte a ti, os veréis. Confiad el uno en el otro.

—¿Y ellas? —trató de no entristecerse.

—Preocupadas.

—Ni siquiera me despedí. Y no me dejan llamarlas mientras… —mostró sus dos muñecas vendadas.

—He pensado que si sigues aquí, la próxima semana podríamos venir todas. Bueno, si no le importa a tu madre. Como dices que el lunes te quitan los vendajes…

—¿En serio? —el rostro de Isabel reflejó toda la alegría que la embargaba—. ¡Sería genial, me encantaría! —gritó entusiasmada—. Si vinieran el viernes por la noche, hasta podrían dormir aquí. ¡Hay sitio de sobra! ¡Oh, María…!

—Espera, espera —la detuvo—. Es sólo una idea, y no sé si volverán a dejarme el minibús. Y aunque me lo dejen, a lo peor sólo podemos venir el sábado, como he hecho yo hoy.

—Bueno, no importa. Pero inténtelo, por favor.

—¿A quién quieres que se lo diga?

—A todas, a Teresa, Yolanda, Esther, Gloria y Blanca.

Teresa, Yolanda, Esther, Gloria y Blanca. Las cinco. Ella misma lo había dicho.

—Primero hablaremos con tu madre, cuando vuelva.

—Vale, pero dirá que sí, seguro. Ya estoy bien.

—¿Y no has pensado que… —vaciló un instante, pero ya había empezado la frase y no podía detenerse. Se mordió el labio inferior por su precipitación y concluyó la frase—, una de ellas puede ser quien te delató?

Isabel no contestó a la pregunta. Le hizo otra a su vez.

—¿Todavía está tratando de averiguar quién fue?

—Sí.

—A mí ya me da igual —dijo la muchacha, bajando la cabeza—. En serio.

—Te creo.

—Gracias a esto —señaló los vendajes—, me he dado cuenta de muchas cosas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo, y sin esperar la respuesta, se la hizo—: Si no te hubieran delatado, ¿habrías dicho la verdad para evitar que todas las chicas fueran castigadas?

—No lo sé —dijo Isabel, tras meditarlo dos segundos—. Lo he pensado alguna vez, pero… no lo sé, ni creo que lo sepa nunca.

—Claro.

—¡Qué estúpida soy! —exclamó Isabel, y se levantó de un salto, interrumpiendo el tono grave que había adquirido la conversación—. ¿Qué quiere tomar, un refresco, café o algo más fuerte? ¿Ha desayunado ya?

—Un vaso de agua sería perfecto, gracias.

Isabel salió presurosa y María se quedó en la terraza. La temperatura era muy agradable, pese a que estaban en la alta montaña. La hermana contempló embelasada aquel bello paisaje. No sabía cómo era la casa que los Carreras tenían en la ciudad, pero aquélla era de ensueño. Al volver iría por el camino que acababa de describirle Isabel. Si tenía un plano…

Un plano.

El bosque.

Los refugios.

Se quedó sin aliento, y por un momento creyó que hasta el corazón se le había parado en el pecho. La idea brotó en su mente como el chorro de una fuente recién abierta. Era casi alucinante porque surgía de su instinto, y eso le daba miedo. Su instinto le abría una puerta para resolver el caso.

Absurda o no, estaba allí.

Todavía seguía abrumada cuando Isabel regresó con una bandejita, una botella de agua mineral sin gas y un vaso.

—Isabel —dijo despacio María—, ¿ese plano del que me has hablado tiene marcado el camino, los refugios y todo lo necesario para cruzar el bosque?

## 23

Daniel Gubern estaba detrás del mostrador, atendiendo a una mujer. Al ver a María en la puerta, le hizo una seña y se apresuró a terminar con la clienta. Luego llamó a una chica de su edad y la dejó en su puesto para salir al exterior. Encontró a María junto a la bicicleta, a unos diez metros de la entrada de la confitería, y no pudo disimular que todavía le daba corte hablar con ella.

—Hola —dijo muy comedido, sin mirarla de frente.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Sabe algo de Isabel?

—La vi el sábado.

Daniel levantó la cabeza.

—¿En serio? ¿Y cómo está?

—Muy recuperada del accidente y de la expulsión. En un par de semanas, todo habrá sido un mal sueño.

—Me alegro —suspiró el muchacho, volviendo a su tono abatido.

—¿Qué te pasa?

—No me ha llamado. De haber sabido dónde está o cuál es su número de teléfono, lo habría hecho yo.

—No ha podido. No se lo permiten sus padres. Y no está en su casa. La han llevado a una que tienen en la montaña, a doscientos kilómetros de aquí.

—Entonces es el fin —manifestó él, aún con mayor pesar.

—No tiene por qué serlo. Podéis escribiros y llamaros cuando pase la tormenta. Ella se siente ahora muy vulnerable, y deberías dar tú el primer paso. He venido a verte porque el próximo fin de semana volveré a verla y he pensado que podías escribirle unas líneas.

—¿En serio?

—En serio, ¿qué?

—¿Le llevaría una carta mía?

—Claro. ¿Qué te pasa?

—Bueno… no, nada —hizo un gesto impreciso, como si no entendiera nada.

—Ya veo. Sigues pensando que soy una monja y te preguntas qué pinto yo en todo esto y por qué os ayudo.

—No, no es eso. En serio…

—Sigo interesada en descubrir quién la delató. ¿Te basta?

Daniel se enfrentó a sus ojos. Vio en ellos determinación, tozudez, decisión. Eso hizo que la aceptara sin darle más vueltas. Pese al hábito.

—¿Ha averiguado algo? —preguntó el muchacho.

—Lo suficiente para poner en práctica un plan que se me ha ocurrido.

—¿Un plan?

—Oye, ya he dicho bastante. ¿Le escribirás esa carta?

—Sí, se la llevaré al colegio antes del viernes.

—¿Has visto a alguna de las amigas de Isabel estos días?

—No.

—¿Ni durante el fin de semana?

—No, a ninguna.

—Creía que alguna… —enarcó las cejas insegura—. Bueno, da igual. Tengo que irme.

Cogió la bicicleta y, al despedirse de Daniel, se encontró con su mano derecha tendida hacia ella.

—Gracias —le dijo el muchacho.

—No hay de qué. En el fondo necesito esa carta, ¿sabes? Forma parte del plan.

Le estrechó la mano con fuerza y, dejándole boquiabierto por sus palabras, montó en la bicicleta y pedaleó hacia el centro escolar.

## 24

La estrategia que pensaba seguir no era fácil. Tenía que hablar con las cinco, a poder ser por separado y en un tiempo lo bastante breve como para que no pudieran comentarlo unas con otras antes que todas hubieran contestado a la pregunta que les iba a hacer. Ninguna debía saber a cuál se la había hecho en primer lugar. Tal vez era demasiado complicada, o melodramática, o incluso suspicaz; pero si fallaba una sola de las cinco, su plan se iría a pique. Y si fallaba una, la que fuera, no cabía pensar que ésa era la culpable.

No, culpable, no. No quería emplear esa palabra.

El mejor momento era el tiempo que mediaba entre el final de las clases de la mañana y la hora de la comida. En ese lapso, la dispersión era máxima.

Buscó a Teresa Doncos. Era la primera. Tratándose de la amiga íntima de Isabel, lo lógico era que se apuntara sin vacilar. La encontró en el patio, bajo un árbol, leyendo. Miró a derecha e izquierda, arriba y abajo, vio que no andaba por allí ninguna de las otras y se sentó a su lado. No perdió ni un segundo. La carrera acababa de empezar.

—Teresa, el viernes próximo vamos todas a ver a Isabel. Cuento contigo, ¿vale?

—¿Dónde está?

—En la casa que los Carreras tienen en la montaña. ¿La conoces?

—Sí. He pasado muchos días en ella.

—Entonces, hecho, ¿no? Saldremos el viernes, pasaremos la noche allí y volveremos el sábado.

—Sí, claro… por supuesto —parecía algo abrumada por lo inesperado de la pregunta—. ¿Quiénes vamos a ir?

—El grupo, ya sabes: Gloria, Esther, Blanca, Yolanda y tú.

—¿Todas?

—Sí, ningún problema —se levantó—. No te olvides de pedir permiso a tus padres para pasar la noche fuera.

—Bien.

Le dio la espalda y se alejó, primero despacio, luego, ya en los edificios, corriendo. Se dirigía a la habitación de Yolanda, pues la chica solía pasar allí esos minutos. No dio más de una docena de pasos. Esther y Blanca aparecieron por el mismo pasillo, conversando animadamente.

Se arriesgó.

Sabía que ya no se separarían hasta que entraran otra vez en el aula y que comerían juntas, tal vez con las otras.

—Chicas, quería hablar con vosotras —puso una mano amistosa en el hombro de cada una y se detuvo frente a ellas.

—¿Buenas o malas noticias? —preguntó Esther, dudosa.

—El próximo viernes vamos a ver a Isabel. No está lejos de aquí. Su familia tiene una casa en la montaña. Ni que decir tiene que cuento con vosotras. Porque si falta una…

—¡Qué bueno! —saltó Esther, animada—. ¿Y pasaremos fuera el fin de semana?

—El plan es salir el viernes, dormir en casa de Isabel y regresar el sábado por la tarde. Tendréis que pedir permiso para pasar esa noche fuera, por supuesto.

—¡Genial! —volvió a exclamar la muchacha.

María miró a Blanca. La compañera de Esther no había abierto la boca. Ninguna reacción a favor o en contra.

—¿Algún problema? —quiso saber.

—Yo paso —dijo la chica.

—¡Oh, no, vamos! —protestó Esther—. ¡Qué dices!

María intentó no delatarse, procuró evitar cualquier gesto que revelara el verdadero sentido de todo aquello.

Aunque la clave seguía residiendo en que estuvieran las cinco, juntas.

—¿Algún inconveniente? —preguntó sin mostrar preocupación.

—Quería pasarme el fin de semana estudiando matemáticas. No las llevo bien.

—¿Matemáticas? —casi gritó Esther—. ¿Vas a quedarte con las mates pudiendo estar con todas una noche fuera de aquí? ¡Estudia el domingo, tía!

Ni Blanca ni María la miraron.

—Lo entiendo —pareció aceptar la monja—, aunque sin ti no será lo mismo. A Isabel le hace ilusión veros a todas. Teresa, Gloria y Yolanda han dicho que sí.

—¡Jo! —continuó por su lado Esther—. Pues si no vienes, Isabel igual se cree que fuiste tú la del anónimo, ¿sabes?

Ahora sí la miraron, las dos.

—¿Qué tonterías dices? —espetó Blanca, fulminando a su compañera con la mirada—. A veces eres más burra…

—Vale, yo soy burra, pero te vienes —y dirigiéndose a María añadió—: Ésta viene, tranquila.

María esperó a que la propia Blanca lo certificara.

Transcurrieron tres segundos.

—De acuerdo —aceptó resignada—. ¡Pero el domingo no me veis el pelo! A la primera que entre en mi habitación la echo a mordiscos.

—¡Bien! —jaleó Esther.

—Perfecto —dijo María, relajándose interiormente—. Hasta luego.

Sentía un vértigo especial, como si una extraña borrachera hubiera alterado sus sentidos. Tres de tres. Ahora sí se dirigió a la habitación de Yolanda. Llegó a la puerta, moderó el ritmo de su respiración y llamó quedamente con los nudillos. La chica respondió inmediatamente.

—¿Sí?

—Soy María. ¿Puedo entrar?

—Pase.

Lo hizo. Yolanda estaba estudiando, y en ese instante se ponía de pie. Tampoco en el tercer intento perdió el tiempo.

—He venido a decirte que el viernes por la tarde iremos todas a ver a Isabel, que está en una casa de montaña, cerca de aquí. Regresaremos el sábado por la tarde. Te apuntas, ¿no? Sólo tienes que pedir permiso a tus padres para pasar esa noche fuera del colegio, y como vais conmigo no…

—¿A qué distancia está de aquí? —quiso saber Yolanda.

—A doscientos kilómetros y pico.

—No me gusta mucho viajar en coche, la verdad —puso cara de poco entusiasmo—, pero tengo ganas de ver a Isabel.

—Será estupendo, mujer. Vamos Gloria, Teresa, Esther, Blanca, tú y yo. Si falta una…, ya no será lo mismo.

—¿Va también Blanca?

—Sí.

Frunció los labios, indecisa, como si la tentación fuera grande, pero algo le impidiera dar el paso inmediatamente.

—Venga, Yolanda, no seas tonta —la animó María.

—Bueno —se rindió ella finalmente—, supongo que sí, que iré, pero ya se lo diré mañana o pasado. Ahora no…

Las otras cuatro se encargarían de acabar de decidirla. Faltaba el sí, pero casi podía darlo por hecho.

—Entonces de acuerdo, hasta luego —se despidió la profesora.

Quedaba Gloria, y poco tiempo. Por si acaso, llamó a su habitación, pero no hubo respuesta. Salió corriendo y la buscó en el patio, en la biblioteca, en clase y en otra media docena de sitios, pero sin éxito. Logró verla cuando ya estaba a punto de entrar en el comedor, y tuvo que llamarla en voz alta.

—¡Sanmartín! —lo hizo empleando el apellido, como era habitual en las clases.

La chica se detuvo. Cerca de la puerta, María vio por una ventana que Esther, Blanca y Teresa ya estaban sentadas en el comedor. En cualquier momento aparecería Yolanda.

—El viernes por la tarde vamos todas a ver a Isabel —le soltó casi de carrerilla—. Está en una casa de montaña, a no más de tres horas de aquí. Regresaremos el sábado por la tarde. Pide permiso a tus padres para pasar fuera esa noche, ¿vale?

—Yo… Sí, vale —no tuvo más remedio que decir Gloria, dada su timidez y el alud que le había caído encima.

—Estupendo —dijo María, dándole en el hombro una palmada que en realidad se daba a sí misma por el éxito de su operación.

Ahora sólo quedaba la superiora.

Sólo.

## 25

La hermana Concepción reapareció sin darle apenas tiempo a relajarse.

—Puede pasar —la invitó.

—Gracias.

Llegó a la puerta del despacho de la superiora, y como estaba aún abierta, no tuvo que llamar. Entró y vio que la directora se sentaba en su silla, como si no quisiera hablar con ella de pie. Es decir, como si necesitara apoyarse en algo sólido, por si acaso.

Adoptó una expresión de gran humildad y sencillez y, esbozando una leve sonrisa, se acercó a la mesa. Allí esperó.

—Siéntese —dijo la superiora, y su tono reveló cansancio.

—No es necesario, sólo venía a…

—Siéntese —repitió—. No me haga levantar la cabeza. Las personas bajas merecemos alguna consideración, ¿no le parece?

—Oh, sí… claro, madre, claro.

Se sentó.

—¿Y bien?

Más bien sonó a «¿y ahora qué pasa?».

—Verá —comenzó María, encomendándose a todos los santos—. Las amigas de Isabel y yo queremos ir el viernes a verla a su casa, así que necesitaremos el minibús del colegio. Quería su permiso para…

—¿El minibús?

—Soy buena conductora.

—El sábado pasado fue a ver a Isabel —no era una pregunta, sino una aseveración.

—Sí, y la pobre me dio mucha pena. Está deprimida, ¿sabe? —cruzó los dedos sin que la superiora la viera—. Ayer le quitarían los vendajes, pero sus padres la tienen poco menos que confinada. Le vendría muy bien ver a sus amigas. Estaban tan unidas…

—No puede presentarse en una casa con un grupo de niñas y…

—La madre de Isabel ha dado su aprobación —se apresuró a agregar—. Yo creo que sería estupendo para Isabel y también para sus amigas, que están muy preocupadas.

—Expulsamos a esa muchacha, ¿recuerda?

—Ya, ya.

—¿Y no le parece que nuestra presencia allí no es la más adecuada?

—Yo le salvé la vida —hizo gala de su mejor tacto.

—Sí, supongo que eso crea un vínculo fuerte entre las personas —la superiora le dirigió una mirada suspicaz—. ¿Cuántas alumnas son?

—Cinco: Blanca Navarro, Gloria Sanmartín, Esther Climent, Yolanda Marín y Teresa Doncos.

—Para pasar una noche fuera necesitarán permiso de…

—Ya está todo arreglado, madre.

Esta vez había ido demasiado lejos. La directora enarcó una ceja. Sólo una.

—Hermana…, esa visita multitudinaria, ¿tiene algo que ver con su investigación, o lo que sea eso que lleva entre ceja y ceja?

—Oh, no, no, nada —cruzó los dedos de la otra mano.

El padre Isaías no tendría penitencia suficiente para ella.

—¿De quién ha sido la idea de esta reunión «social»?

—La sugirió Isabel, y yo le dije que preguntaría… Ya sabe.

—Sí, ya sé —la ceja seguía enarcada—. Y también sé que si hasta ahora no ha trascendido el intento de suicidio, cuando esas chicas vean a Isabel puede que sea imposible mantenerlo en secreto, ¿no le parece?

—Hablaré por teléfono con Isabel para decírselo. Creo que tampoco ella querrá que sus amigas lo sepan, aunque hay una…

—Sí, ya, Teresa Doncos. Las familias son amigas, y tarde o temprano se enterarán. Lo he sabido estos días.

—Confíe en mí, madre.

La superiora suspiró. Durante unos segundos miró fijamente a su profesora, con un rostro que ya no reflejaba ironía ni preocupación, sino sólo la perplejidad en que María la sumía más y más.

—Hermana, este asunto se nos ha escapado un poco de las manos, y usted no ha contribuido mucho a apaciguar las cosas.

—Lo siento, madre.

—Yo también.

María levantó los ojos. No esperaba oír esa confesión. Tampoco sabía a qué se refería exactamente la superiora, y no se atrevió a preguntárselo. Para aliviar la tensión dijo:

—Hablé con el padre Isaías.

—Es un buen hombre, y la aprecia.

—He rezado, Reverenda Madre.

—Eso también me consta, hija —dijo la superiora, asintiendo con la cabeza.

María pensó que se estaba desviando del propósito con que había ido allí.

—Entonces, lo del viernes… —tanteó en un susurro.

—Parece que ya tienen todo preparado y decidido, ¿no es así?

—Sí —reconoció con un hilo de voz.

Ya no podía cruzar más dedos: tenía cruzados los dos índices con los dos medios, pero también los dos anulares con los dos meñiques. Si hubiera podido, habría cruzado los de los pies.

—Dele mis bendiciones a Isabel Carreras —dijo la superiora.

María tardó en darse cuenta de que lo había conseguido.

## 26

—¿Isabel?

—¿María?

—Sí, soy yo.

—¿Lo ha conseguido?

—Claro.

—¡Bien!

—Bueno, espera, espera —calmó su explosión de alegría—. Tengo el minibús, tenemos los permisos de todos los padres, pero aún no sé si llegaremos el viernes por la noche o el sábado por la mañana.

—Oh, ¿cómo es eso? —preguntó Isabel.

María se mordió el labio inferior. Cada vez que decía una mentira, pensaba en el padre Isaías y se preguntaba cómo reaccionaría cuando la oyera en confesión… Miró el auricular como si fuera un visor y, al otro lado de la línea, la chica pudiera verla. Afortunadamente, la tecnología aún no había llegado tan lejos.

—Hay un pequeño problema, y hasta el mismo viernes no sabré cuándo salimos.

—¿Me llamará para decírmelo?

—No, no podré. Además, les he dicho a las cinco que va a ser una sorpresa, así que no saben que nos esperas.

—Ya entiendo.

Pensó que era un alivio que Isabel lo entendiera, porque ella… aún no lo veía claro. Si fallaba algo, se armaría un buen lío. Toda una noche desaparecidas…

—En cualquier caso, será estupendo —continuó Isabel.

—¿Te han quitado las vendas?

—Sí. Y no se preocupe por las cicatrices. Me he comprado unas pulseras que tapan prácticamente todo.

—Bien, aunque imagino que los padres de Teresa lo sabrán.

—De momento, mis padres no se lo han dicho ni a ellos. Creo que sienten una especie de vergüenza —cambió de tema para preguntar—: ¿Qué tal el viaje de vuelta por el bosque?

—Tenías razón: es precioso.

—¿Se desvió del camino para ver algo?

—Sólo un par de veces. Vi una cascada, un refugio de cazadores… —se detuvo. No debía decir demasiadas cosas, por si acaso—. Pero ya era tarde y no me entretuve mucho. Te devolveré el plano este fin de semana.

—Así que yo hago vida normal, y si llegan el viernes estupendo, y si no el sábado por la mañana.

—Eso es. Por cierto, la superiora me ha dado recuerdos para ti.

Se produjo un silencio al otro lado del hilo telefónico.

—¿Isabel?

—La he oído, María.

—¿Y?

—Bueno, ella me expulsó, ¿no?

—Justa o injusta para ti, fue una decisión que debía tomar.

—No me dio la menor oportunidad.

—Isabel, cometiste una falta grave.

—Usted no me habría expulsado.

Tal vez fuera cierto. Pero ella no era la directora, y con un poco de suerte, nunca lo sería. ¡Mal podía mandar costándole tanto obedecer!

—Ella te quiere, pero también quiere a todas las alumnas del centro.

—Creía que usted estaba de mi parte —la voz reflejó sentimiento.

—La vida no está formada por objetos de dos dimensiones, planos, sino de tres, así que todo tiene tres caras por lo menos, y la verdad suele estar repartida entre todas.

—La vida es una…

—Isabel —la detuvo.

—Vale, vale.

—Hasta el fin de semana, querida.

—Gracias, María. De verdad.

—Cuídate.

—Lo haré. Adiós.

Cuando colgó se sintió como quien acaba de construir un castillo de naipes que no resistirá el menor soplo de viento.

# SEGUNDA PARTE: LA BÚSQUEDA

## 27

Las vio a las cinco desde la ventana, riendo, jugando, metiéndose unas con otras, aparentemente felices y distendidas. Cinco amigas dispuestas a pasar un día de vacación, diferente, visitando a otra amiga caída en desgracia. Pura normalidad.

Y como el corredor olímpico antes de la gran final, o la estudiante frente al examen decisivo, en ese momento se sintió incapaz de seguir adelante, vencida de antemano, perdida ante lo que la esperaba.

Ni siquiera sabía por dónde empezar.

Y desde luego, si la delatora era una de las cinco, no se lo confesaría por las buenas.

¿Cómo…?

No se apartó de la ventana. Sin uniforme, parecían distintas, eran distintas. Perdían sus últimos rasgos infantiles, incluso adolescentes, y se convertían en mujeres, como le había dicho a la superiora. Blanca Navarro, por ejemplo, lucía su espléndida belleza juvenil y reía con desparpajo y sin asomo de timidez. A su lado estaba Esther, que era la más alejada de esa idea y, con sus kilos de más, constituía el contrapunto de Blanca, pese a la simpatía y a la sana locura de que siempre hacía gala. Gloria había olvidado su timidez, y Teresa, su sequedad. La más gélida era aquella tarde Yolanda, como si su carácter fuerte y dominante la obligara a mantenerse a distancia. Participaba, pero sin entregarse. Y si Yolanda parecía ser la que menos disfrutaba de la excursión, Teresa era la más animada, junto con Blanca, que iniciaba casi todas las bromas, apoyada por Esther.

Miró la hora. Ya era muy tarde, pero debía calcular exactamente el tiempo, para que todo encajara. Las chicas llevaban ya casi treinta minutos junto al minibús, esperando con las bolsas en el maletero.

Tomó aire y reaccionó, abandonando su refugio tras la cortina de la ventana. Como había preparado mucho antes todo lo necesario, sólo faltaban ellas seis. Su último gesto fue coger un bolso, negro, espartano.

Cruzó el pasillo, el vestíbulo, y salió al exterior. Su presencia fue saludada con una ovación cerrada, que inició Blanca. Esther y Teresa hasta silbaron.

—¡Ya era hora!

—¡Tardona!

—¡Vamos, vamos!

Le gustaba la distensión y que la trataran como a una compañera, máxime fuera del recinto escolar. Tenía su confianza.

Eso era fundamental.

Confianza no exenta de respeto.

—Lo siento, chicas. Problemas de última hora.

—Llegaremos de noche —dijo Blanca.

—Muy de noche —puntualizó Esther.

—Y qué. Conozco el camino, e Isabel me habló de un atajo que nos ahorrará una hora.

—¿Un atajo? —preguntó Teresa.

—Sí, por el bosque.

—Ah, ya.

Se detuvo un instante. No había tenido en cuenta que Teresa había estado allí muchas veces con Isabel y podía conocer el bosque, y los caminos, y las distancias.

—Tú también conocerás ese bosque, ¿no? —le preguntó expectante.

—No, qué va —respondió ella—. Nunca he sido muy amante de la naturaleza. ¡Está llena de bichos! —se estremeció—. Cuando iba a la casa de Isabel prefería otras cosas, la piscina, la sala de juegos…

Sintió alivio, mucho alivio.

—Muy bien —dio por terminado el preámbulo—. ¡Arriba!

Y empezó la pelea por ver quién ocupaba el asiento delantero, el del copiloto, así como los situados inmediatamente detrás, que eran los mejores.

## 28

María conducía. A su lado iba Blanca; detrás, Yolanda y Teresa, y en la tercera fila, Esther y Gloria. Quedaban libres las últimas plazas del minibús. Hacía ya un rato que habían abandonado los aledaños del colegio, y la sensación de libertad aumentaba, lo mismo que la excitación de Blanca, Teresa y Esther. Esta última gritó:

—¿Qué, Blanca, no es mejor esto que quedarse a estudiar mates?

—En una noche de viernes se pueden hacer también cosas mejores, mira tú.

—¡Mira con qué me sale ésta! ¡Ya lo sé! —exclamó Esther—. Pero como lo de ir de marcha no entra dentro de nuestras posibilidades, la cosa estaba entre esto y las mates, así que no me líes.

—Es nuestro último año —dijo Gloria—. El próximo…, ¡universitarias!

—Eso será si te aprueba la de lengua y literatura —comentó Blanca, mirando de reojo a María.

—Es verdad —dijo Teresa—. He oído que es un hueso.

—¿Un hueso? ¡Es terrible! —fingió horrorizarse Esther.

—Ya está bien. Si seguís por ese camino os dejo tiradas aquí mismo —las amenazó María.

—Aquí no —Blanca miró al frente y a ambos lados—, pero si en el próximo pueblo hay discoteca, a mí no me importa.

Se rieron todas, menos Yolanda, que parecía haberse distanciado del todo desde el comienzo del viaje. Hundida en su asiento, con los pies estirados por el pasillo lateral, no hablaba nada y parecía estar ausente. Como si el pensamiento de María fuera un eco, Teresa le dio un codazo a su silenciosa compañera.

—Eh, tía, ¿qué te pasa?

—¡Huy! —protestó—. ¡Me has hecho daño, bruta!

—Chica, perdona. Sí que estás tú delicada.

—Tenía plan —comentó Blanca.

—No seas boba —le dijo Yolanda.

—Vienes porque vamos todas, que si no… —insistió Blanca.

—¿Tenías plan, en serio? —se interesó Teresa—. ¿En el pueblo?

—Qué voy a tener plan —rezongó Yolanda.

—Venga, dínoslo —Teresa volvió a darle un codazo.

—Oye, para ya, ¿no?

—Chicas, chicas —las interrumpió María—. Se supone que somos un grupo armónico. No seáis puñeteras.

—¡Huy, María, ha dicho un taco! —se burló Blanca.

—Si no te comportas, vas a ver lo que soy capaz de decir.

—No os metáis con Yolanda, que luego no nos pasa la chuleta en el examen —dijo Gloria.

—Profa, tengo pipí —dijo Esther en tono de bebé.

—¡Lo que faltaba! —gimió Teresa.

Se echaron a reír.

—No, en serio, lo que tengo es sed —dijo Esther en tono normal.

—¿Y qué quieres? ¡Haber bebido antes! —protestó Gloria.

—Está todo previsto —anunció María—. En los asientos de atrás tenemos lo necesario para emergencias.

Esther se arrodilló en su asiento y miró hacia atrás. Vio las dos cestas y la neverita. Lo abrió todo.

—¡Qué pasada! —gritó—. Botellas de agua, pan, cositas para picar… ¡Esto es demasiado!

—Precaución —indicó María—. Cuando se sale a la carretera, nunca se sabe lo que puede pasar. Un pinchazo de noche y… De todas formas siempre se tiene sed, y si nos apetece picar algo hoy o mañana al regresar…

—Es una mujer previsora —cantó Blanca.

—Lo que se perdió el marido que pudo tener —dijo Esther.

—¡Esther! —dijeron al unísono todas, menos Yolanda.

—Lo siento, María —murmuró un poco asustada por su exceso.

—No importa, querida —dijo María—. Yo pienso lo mismo.

## 29

En los viajes, los comienzos suelen ser agitados; luego, todo el mundo se calma gradualmente, y llegan los primeros momentos de silencio y relajación. En este caso no fue así. Llevaban media hora y seguían hablando, bromeando, metiéndose unas con otras, con la sola excepción de Yolanda, a la que María dirigía de cuando en cuando miradas furtivas a través del retrovisor interior. Su rostro reflejaba cansancio, y su seriedad era indicio de mal humor, como si no se encontrase a gusto o le sucediera algo que no tenía nada que ver con la excursión.

—Poned la radio —pidió Esther.

—Eso, eso, ¡marcha! —exclamó Teresa.

Blanca alargó el brazo y encendió el aparato de radio. Lo primero que escucharon fue una voz de mujer que hablaba de una crisis en las relaciones palestino-israelíes. Antes de que surgieran las primeras voces de protesta comenzó a mover la aguja del dial. La primera emisión musical no fue aprobada, porque se trataba de rock duro. La segunda parecía un revival, pues en ese instante concluía un viejo rock and roll y se anunciaba un éxito de los años sesenta. En la tercera sonaba una canción pop actual.

—¡Déjala, déjala! —pidió Esther. Y se puso a cantar el tema, demostrando que se lo sabía de memoria.

—Oye, tú, si vas de karaoke, apago la radio. Así que cállate —le ordenó Blanca.

Esther no le hizo caso. Siguió cantando con la afectación de las grandes estrellas.

Blanca apagó la radio.

—Vale, ¡vale! —protestó Esther.

—Si vais a estar gritando de un extremo a otro de la furgoneta, yo me cambio —dijo Teresa.

—Jo, qué pelmas estáis —dijo Yolanda, hablando por primera vez en mucho rato.

—Vaya, está viva —exclamó Gloria.

—Es que parece que nunca habéis salido del parvulario —las pinchó Yolanda.

—¿Qué te pasa? ¿Te has traído la nube encima? —resopló Teresa.

Yolanda no dijo nada. María detuvo el ataque colectivo que parecía estar a punto de desatarse contra la chica.

—Esther, ¿quién canta esto?

—Mauricio Sivella. ¿Le gusta? ¿A que es tope?

—Tiene voz de flauta —soltó Blanca.

—¡Tú sí que tienes voz de flauta! —gritó Esther.

—Eres una groupie —siguió Blanca.

—Mira quién fue a hablar —se defendió Esther.

—¿Qué es una groupie? —preguntó María.

Blanca pareció no atreverse a explicárselo. Fue una vacilación momentánea.

—Una fan que colecciona cantantes… en plan íntimo.

—Ah —contestó lacónicamente María.

—Esther no es una groupie —dijo Teresa—. Más bien es una quinceañera vocacional.

—Tengo casi los diecisiete: me falta una semana —recordó la aludida.

—¿Es que no sabéis estar ni cinco minutos sin meteros con nadie? —protestó Yolanda.

—Es divertido —apuntó Blanca, mirándola de soslayo desde el asiento delantero.

—Lo será para vosotras, pero a veces os pasáis.

—Tú y tu nube —suspiró Teresa.

Yolanda también suspiró.

—No tendría que haber venido —acabó diciendo.

—¡Huy, qué interesante! —dijo con afectación Esther.

María volvió a intervenir.

—¿Te encuentras bien, Yolanda?

—Sí.

—Podemos volver si quieres. Sólo llevamos media hora de camino.

Esa sugerencia las llenó a todas de inquietud.

—No, estoy bien —las tranquilizó Yolanda.

—A mí también me duele cuando me viene —le dijo Gloria.

—No es eso —Yolanda, lejos de enfadarse por la intromisión, sonrió por primera vez.

—A mí me da triste siempre —se apuntó Teresa.

—Bueno, vale, dejad eso —pidió Esther.

—Ah, ¿pero sabes de qué hablábamos? Creía que tú aún no…

—¡Blanca, a veces eres…! —se enfureció Esther.

—¡Mirad, mirad! —les llamó la atención María.

Miraron y no vieron nada.

—¿Qué pasa? ¿Qué era? —quiso saber Blanca unos segundos después.

María volvió la cabeza para abarcarlas a todas con la mirada.

—Nada —dijo—. Era sólo para que dejarais de comportaros como adolescentes recién salidas del hospicio.

## 30

—La verdad es que he tenido un día horrible —se sinceró por fin Yolanda.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó María.

—No —fue tajante.

—Oye, baja la radio, ¿quieres? Así no se puede hablar —pidió Gloria.

—O la dejo y os calláis o la apago y hablamos, pero no me vengáis con tonterías. La música se oye fuerte o no se oye —replicó Blanca.

—Es verdad —la apoyó Esther.

—Esta mañana habéis tenido un examen, ¿no es cierto? —quiso saber María.

—Sí —respondieron tres a la vez.

—¿Y qué tal?

No hubo respuesta. María miró directamente a la silenciosa Yolanda.

—El examen me ha salido regular —se encogió de hombros la chica.

—Ha tenido carta del «novio» —explicó Esther, poniendo el dedo en la llaga.

—Bueno, vale ya, ¿no? —la fulminó con la mirada Yolanda. Y le aclaró—: Yo no tengo novio.

—¿Puedo preguntaros algo? —dijo la monja, cortando de raíz la posible reacción de Esther.

—Claro —dijo Blanca como si hablara por todas.

—¿Qué vais a hacer cuando acabéis este año? Me refiero a lo primero que tenéis in mente.

—Yo, desde luego, pasarme un verano rompiendo —se adelantó otra vez Blanca.

—Y yo igual —apuntó Esther.

—Ya, pero Blanca rompe de otra forma —replicó Teresa.

—Porque puedo, rica —sonrió con descaro la aludida—. ¿Y tú qué planes tienes, ir a Roma con la familia o buscar universidad para que en septiembre esté todo a punto?

—No voy a Roma, sino a Nueva York —se defendió Teresa.

—¿Sola?

—Con mi prima.

—¡Huy! ¡Gran desmadre! —exclamó Esther.

—No conoces a mi prima —respondió Teresa.

—¿Y tú qué vas a hacer, Gloria? —preguntó María.

—Aún no lo sé. Depende de mis padres. Ella coge las vacaciones en julio y él en agosto, así que tendré que dividirme, como todos los años. Si supierais qué ganas tengo de cumplir los dieciocho para ser mayor de edad y decirles que se acabó el reparto.

—Tú tendrás dieciocho, pero para ellos seguirá todo igual —dijo ahora Yolanda.

—Ya lo veremos —la cara de Gloria se llenó de cenizas.

—Lo que es un palo es aguantar a las nuevas parejas de «papá» y «mamá» —comentó Blanca con retintín.

—Mi madre no tiene pareja —precisó Gloria.

—Ya, pero tu padre… ¿Qué edad tiene ella, veinticinco?

—Veintisiete.

—Fantástico —convino Blanca—. Seguro que va de hermana mayor.

—Peor: va de colegui. Y es tonta del culo.

Miró a la monja desde la última fila del minibús, pero María parecía estar muy concentrada en la conducción del vehículo, que serpenteaba por una carretera de segundo orden junto a otros coches que se dirigían a las montañas para pasar el fin de semana o iban hacia la autopista para llegar a la playa o a la ciudad más próxima. La única que no había contado sus planes para después del colegio era Yolanda.

—Oye, Yolanda: tú qué piensas hacer —le preguntó Teresa.

—No lo sé —admitió ella—. Me gustaría pasar un par de meses en Londres, pero… está todo en el aire. Ya veremos.

—Londres es una ciudad genial —admitió Esther—. Allí se respira música por los cuatro costados.

—¿Es que no piensas en nada más? —inquirió Gloria a su lado.

—La música es lo mejor que hay.

—¿Has oído hablar de una cosa llamada «chicos»? —se burló Blanca.

—Sí, algunos son lo mejor que hay después de la música.

Se rieron todas, incluso Yolanda, que pareció hacerlo casi forzada por el comentario de Esther. Volvió la calma, y un leve atisbo de paz para escuchar la música de la radio, donde ahora sonaba una canción de un grupo español sobre un amor imposible entre una chica muda y un chico sordo que acababan de quedarse ciegos.

—¡Santo Dios! —se estremeció María al oír la letra.

—Son Los Divertidos —informó Esther—. ¿A que son la hos… geniales?

## 31

Llevaban un rato calladas, adormecidas por la caída de la tarde y las primeras sombras de la noche primaveral. María ya había encendido las luces, y en las proximidades de la montaña, el tráfico era mucho menos intenso. Iba despacio, más que por las curvas, porque estaba ya cerca del desvío. No quería pasarse.

—¿Os acordáis del escritor que nos dio en noviembre una charla? —preguntó de pronto Teresa.

—Sí, ¿por qué? —contestó Gloria.

—No, por nada —hizo un gesto vago—. Estaba pensando en él y en lo que dijo.

—¿Y qué dijo? —se interesó Blanca.

—Estaba zumbado —apuntó Esther.

—Fue genial. Jamás había visto un tío más vivo —comentó Gloria.

—Dijo que en la vida todo está encadenado, y que las cosas nunca pasan porque sí, que hay una interrelación entre ellas —continuó Teresa.

—Ya ves tú la frasecita —se burló Esther.

—¿Y a qué viene eso ahora? —preguntó Blanca.

—Pensaba en Isabel, en lo que le ha sucedido, y en nosotras. Si no la hubieran expulsado no se habría accidentado, y nosotras no estaríamos ahora aquí, yendo a verla. Y a lo peor ahora tenemos un accidente y nos matamos, o a lo mejor mañana conocemos a alguien que va a hacer que cambie nuestra vida.

—¡Jo, con pensamientos profundos a esta hora! —gruñó Esther.

—Pues mira qué divertida —dijo Blanca—. Sobre todo si nos da por lo del accidente.

—¡Ay, calla! —se estremeció Gloria.

—A veces, en momentos de paz, cuando estás relajada, es bueno dejarte llevar como ha hecho Teresa —opinó María— y decir lo primero que se te ocurre.

—La única frase que me ha impactado en la vida es una de El club de los poetas muertos: «Vive el momento» —afirmó Blanca.

—¿Aunque sea malo? —se interesó Gloria.

—No hay momentos malos —dijo María—, sino reacciones negativas ante determinadas circunstancias.

—Eso no es verdad —replicó Yolanda.

—¿Por qué?

—Hay momentos buenos y momentos malos, lo mismo que hay días de sol y días en que te cae encima un diluvio.

—Los días de sol son de fábula para los que están en la playa y horribles para los del campo, y los días de lluvia, al revés —opinó Gloria.

Yolanda demostró que no tenía ganas de discutir. Continuó mirando por la ventanilla, como si lamentara haber abierto la boca. María la miró una vez más por el retrovisor interior, aunque ahora, al haber menos luz, le costaba más verle la cara.

—Ese escritor dijo varias cosas interesantes —indicó la monja—. Y los libros suyos que leísteis os gustaron.

—Era un alma libre —convino Teresa.

—Desde luego —corroboró Blanca—. Me habría gustado hablar un rato a solas con él.

—Ya —se oyó el sarcasmo de Esther.

—Pues no estaba nada mal para los años que tenía —dijo Blanca, y miró a María—. Si me permite decirlo.

—Un poco directa… Pero se te permite, querida, se te permite —sonrió la monja—. Ahora no estamos en clase.

—¡Por suerte! —dijo Esther.

—¡Deja ya de gritar! ¿Quieres? —se quejó Gloria, a su lado.

—Poned otra vez la radio, venga —pidió Esther.

—No, ahora no —intervino otra vez Yolanda—. Ya es prácticamente de noche y se ven las estrellas y la luna y…

—Romántica —Teresa le guiñó un ojo.

—No seas boba —contestó Yolanda.

—Llegaremos a la hora de cenar —dijo María.

—Yo no pienso dormir esta noche —Blanca miró otra vez a la monja—. Bueno… quiero decir que… —vaciló un momento.

—Recordad que estáis bajo mi tutela —advirtió la profesora—. Como me hagáis quedar mal…

—¿Qué? —la animó a continuar Teresa.

—Os suspendo. Eso de entrada.

—No será capaz —dudó Gloria.

—Haced la prueba y veréis.

—Deberíamos salir más a menudo —se animó Blanca—. La verdad es que en el internado son un muermo los fines de semana.

—Tú puedes ir al pueblo —dijo María—. No todas gozan de ese privilegio.

—Vamos, María —se lamentó Blanca—. Un par de horas, y a cenar y a la cama temprano. ¡En viernes y en sábado! A nuestra edad, eso no es vida.

—Os falta poco, y un día…

La silbaron. Sabían lo que iba a decir: que un día lo agradecerían. No estaban de acuerdo. María se echó a reír. Y por eso casi rebasó el desvío. En el último momento vio el letrero, y unos metros más adelante giró a la izquierda.

—¡Eh, profa, que se ha salido de la carretera! —protestó Esther.

—Es el atajo —informó María—. Lástima que no se vea el paisaje; según Isabel, es precioso.

—¿Y cuánto dura el atajo ese? —Gloria miraba la oscuridad por la ventanilla.

—No sé, tres cuartos de hora o una hora.

Miró a Teresa para ver si sabía que la casa de Isabel estaba ya tan sólo a media hora, pero la muchacha no dijo nada. Eso la tranquilizó. Fuera como fuere, la suerte ya estaba echada.

Sólo quedaban quince minutos.

## 32

—Anda que no está oscuro ni nada ahí fuera —comentó Teresa tras largos minutos de silencio.

—Noche de lobos, ¡auuu! —aulló Esther.

—¡Ay, calla! —la reprendió Teresa.

—Con luna llena esto debe de ser precioso —dijo Blanca.

—Eres una romántica —se burló Gloria.

—Una cursi es lo que es —agregó Esther.

—Soy Leo, esto es lo que soy —dijo Blanca con orgullo.

—¡Ya salió eso! —rezongó Gloria.

—¿Usted qué es, María? —quiso saber Teresa.

—Sagitario, el payaso del zodiaco.

—No hay nada como el equilibrio y la fuerza de los Capricornios —se pavoneó Esther.

—Y que lo digas —la apoyó Gloria.

—Yolanda es Escorpión, puro aguijón —dijo Esther.

Yolanda siguió callada.

—¿Por qué es el payaso del zodiaco? —preguntó Teresa.

—No lo sé —reconoció María—, pero yo siempre fui un poco payasa, así que… será verdad.

—De joven, ¿era como nosotras? —se interesó Blanca.

—Creo que más.

—Más qué.

—Más loca —la monja se río con ganas—. A vuestra edad no llevaba hábitos, ¿sabéis?

—¿A qué edad se hizo religiosa? —preguntó Teresa.

—A los dieciocho lo decidí.

—¿Y por qué?

Esther recibió un manotazo de Gloria.

—Obedecí a alguien muy poderoso.

—¿A Dios?

—No. A mi voz interior.

—Y eso qué es —continuó Esther.

—Algunas personas lo llaman instinto, otras intuición, otras sexto sentido. Pero la vocación es mucho más que eso: es una inspiración, una inclinación, un llamamiento ético. Veréis: estamos hechos de energía, y hay miles de formas de darle salida y encauzarla. Yo comprendí que éste era mi camino.

—Si no se hizo monja hasta los dieciocho, antes saldría con chicos, ¿no?

Esther se llevó un segundo manotazo.

—Vale ya, tía —protestó—. Ha dicho que nos olvidáramos del colegio, ¿verdad, María?

—Verdad —reconoció la monja—, pero estas cosas hay que hablarlas tranquilamente, no conduciendo por un camino de tierra.

—Y que lo diga. Vamos a acabar con los riñones salteados —se quejó Blanca.

El minibús daba bandazos y saltos cada vez que las ruedas se metían en un bache. María iba pendiente de los detalles que había memorizado la semana anterior. Pronto vería el árbol.

—Nos lo tiene que contar, María —insistió Esther.

—De acuerdo.

Estaba en lo cierto: allí estaba el árbol.

Caído junto al camino, de forma que había que frenar un poco y esquivarlo.

La señal.

Miró a Blanca, que a su lado hablaba con Teresa y tenía la cabeza vuelta. Con un rápido movimiento de cuello, miró a las demás: estaban pendientes de lo que decían Blanca y Teresa. Llevó la mano a la llave de contacto y la giró rápidamente hacia abajo.

El motor se paró.

Y sin dar tiempo a que las chicas reaccionaran, ella misma dijo:

—Vaya, ¿qué es esto? ¿Qué pasa ahora?

## 33

Blanca fue la primera en hablar.

—¿Algún problema? —preguntó.

—No lo sé —dijo con naturalidad María, y quitó la llave de contacto por si acaso—. Voy a ver. El motor se ha parado de golpe.

—Ahí va —musitó Teresa.

—Sólo faltaría que… —Yolanda no acabó la frase.

Dejó las luces encendidas, pero cogió la linterna de la guantera. Una linterna que podía servir de luz piloto en caso de avería en carretera o de lámpara mediante un difusor blanco corredizo. Luego abrió la puerta y bajó del vehículo. La noche era agradable, aunque había refrescado un poco, y más en el interior del bosque, umbrío y denso. Las muchachas observaron expectantes sus movimientos. La vieron abrir el capó del minibús e inclinarse sobre el motor.

Lo que ya no pudieron ver fue que María desconectaba un cable. Nada más.

Regresó inmediatamente al puesto del conductor.

—No veo nada anómalo —informó—. No sé qué ha podido pasar.

Se sentó de nuevo en su puesto, puso la llave de contacto y trató de arrancar. No tuvo éxito en ninguno de sus tres intentos. En el interior del coche creció la inquietud.

—¿Y si esperamos un poco? —propuso Gloria—. Puede que el motor esté caliente o algo así.

—El indicador de la temperatura está en una posición normal —dijo María.

—¿No nos habremos quedado sin gasolina? —sugirió Esther.

—No, qué va.

María hizo dos intentos más. Las cinco contuvieron la respiración. Tras comprobar los fracasos, expulsaron el aire retenido en los pulmones y sucumbieron al desaliento.

—Ay, ay, ay —gimió Gloria.

—María, no fastidie —se quejó Teresa.

—Pues me temo que sí, que sea lo que sea, lo tenemos difícil —anunció la monja.

—No podemos pasar la noche en mitad del bosque —se estremeció de nuevo Teresa.

—¿Se te ocurre algo mejor? —respondió Blanca.

—¿Quieres empujar? —dijo Yolanda.

—¿No queríamos una noche de marcha? —bromeó sin muchas ganas Esther.

—Bueno, no nos pongamos nerviosas —aconsejó María—. Está claro que esto no arranca, y a oscuras no puedo hacer nada. Esperaremos un par de minutos y probaré de nuevo.

—De acuerdo —asintió Teresa.

—¿A qué distancia estamos de la carretera o de la casa de Isabel? —se interesó Blanca.

—A la misma poco más o menos, a unos diez o quince kilómetros. Pero…, no me digas que quieres caminar de noche por ahí.

—Yo desde luego, no —avisó Teresa.

—Ya. Y si los demás lo hacemos te quedarás aquí sola —la pinchó Yolanda.

Teresa se calló.

—No os desaniméis —las alentó María—. ¿Y vuestro espíritu de aventura?

—Yo no estaba mentalizada para hacer un safari o un trekking, la verdad —suspiró Gloria.

—Podría ser peor. Podría estar lloviendo —se resignó Blanca.

—Genial —bufó Esther.

—¡Truenos y relámpagos! —gritó Gloria.

—¡Ay, vale ya tía! —se quejó Teresa.

María lo intentó una vez más, bajo la mirada expectante de las cinco. Tras el consiguiente fracaso, tomó una determinación.

—Mirad: Isabel me dijo que por aquí hay muchos refugios de cazadores, y si no me equivoco ahí enfrente empieza una senda. A lo mejor tenemos suerte y podemos pasar la noche bajo techo.

—¿En un refugio solitario y seguramente lleno de porquería? —se alarmó Teresa.

—Es sólo una posibilidad, mujer —la tranquilizó María—. Pero siempre será mejor que quedarnos aquí.

—¿No pensará dejarnos solas? —dijo Esther, acompañando a Teresa en su miedo.

—Cinco minutos. Nada más. Si no veo nada me vuelvo y decidimos algo, ¿vale?

Ninguna le contestó, así que dio por zanjado el tema. Abrió otra vez la puerta del coche.

—Si pasa algo, tocad el claxon —ordenó.

—Usted se lleva la… linterna, claro —indicó Teresa.

—Hay otra en la parte de atrás, con el agua y lo de picar.

—¡Menos mal que ha sido previsora! —afirmó Gloria.

—¡Jope, y tanto! —dijo Teresa.

Esther encontró esa linterna y la encendió, bañándolas con un haz de luz.

—Bueno, hasta ahora —se despidió María.

Cerró la puerta y caminó de frente, bajo la potente luz de los faros; luego tomó una senda estrecha que salía del lado izquierdo.

A los pocos segundos se hallaban solas.

## 34

Durante unos minutos contemplaron en silencio el lugar por donde había desaparecido su profesora, pensando que si las probabilidades de que arrancara el coche eran pocas, todavía eran menos las de encontrar un refugio en mitad de aquella nada oscura. Y como sabían que difícilmente pasaría por allí un coche, las perspectivas eran muy sombrías.

Fue Blanca la que rompió el silencio.

—¡Qué putada! —exclamó, manifestando su frustración sin remilgos.

—Hubiera preferido dormir en una cama, en casa de Isabel. Pero estoy segura de que, cuando pase todo, recordaremos esta noche y nos reiremos —advirtió Gloria.

Todas la miraron.

—A mí no me importa lo que pueda hacerme reír algún día —advirtió Teresa—. Lo que me importa es lo que nos está pasando aquí y ahora, y eso no me gusta.

—Tampoco estamos perdidas en medio de un desierto. ¡Cómo sois! —se enfurruñó Yolanda.

—Mírala, la señora molesta —rezongó Esther.

—A veces sois un muermo —suspiró Yolanda, y miró por la ventanilla, como desentendiéndose de ellas.

—¿Adónde habrá ido María? —inquirió Teresa.

—Como se pierda… —se preocupó Gloria.

—Ésa no se pierde —aseguró Blanca—. Los tiene bien puestos.

—Algún día se te escapará una cosa así delante de ella, y por buena tía que sea, te dará un corte —advirtió Gloria.

—La verdad es que es la profa más súper que tenemos —ponderó Esther.

—La única —corroboró Teresa.

—Sor Milagros tampoco está mal —adujo Gloria.

—Ya, como a ti te tiene cariño —replicó Blanca.

—Es que tú te pasas cantidad con ella, tía.

—Porque se deja.

—¿Veis algo? —preguntó Esther.

—Lo mismo que tú: nada —le contestó Yolanda, con la frente pegada al cristal.

—¿Y si se gasta la batería del coche? —continuó Esther.

—La batería no sé, pero la pila de la linterna, seguro; así que, por si acaso, haz el favor de apagarla —le ordenó Teresa.

Lo hizo y se quedaron sin luz dentro del coche, pero los haces de los faros formaban dos círculos luminosos a corta distancia, al chocar con los árboles y los matorrales. El efecto era fantasmagórico, irreal, pese a que nada se movía porque no hacía aire.

—En las películas siempre se ve, incluso de noche y en pleno bosque —dijo Yolanda.

—Si esto fuera una película, sería Viernes 13 o algo así —sentenció Blanca.

—¡Vale ya!, ¿no? —protestó Esther.

—Sois la pera —gruñó Teresa.

—¿Habéis visto? —dijo Blanca, señalando el bolso negro de la profesora, que estaba junto a su asiento—. ¿Qué llevará una monja en el bolso?

—No se te ocurra abrirlo —la conminó Yolanda.

—¿Por qué?

—Porque se dará cuenta.

—No creo que lleve nada de lo que llevamos nosotras —siguió Blanca.

—Llevará la Biblia y cosas así, seguro —conjeturó Gloria.

—No creo, mujer —repuso Esther con gesto de extrañeza.

—María es distinta —aseguró Yolanda.

Blanca puso una mano en el bolso. Fue apenas un roce.

—Eh, creo que ya vuelve —anunció Yolanda en ese instante.

Contuvieron la respiración. En efecto, el destello de la linterna de la monja apareció por donde había abandonado el camino, primero débilmente por la presencia de los faros, luego con más fuerza. Cuando salió de la senda y pudieron verla, María apagó la linterna. Entró en el minibús, y no hizo falta que preguntaran nada.

—Bien, chicas —contó alegre María—. Hay un refugio ahí mismo, a unos trescientos metros, y está limpio y tiene una puerta y contraventanas de madera. ¡Será como ir de colonias! ¿Vamos?

## 35

El refugio era de piedra y se veía muy antiguo, aunque estaba tan limpio como si lo hubieran barrido pocos días antes. Ni telarañas, ni porquería, ni restos de comida de excursionistas poco civilizados y ecológicos. De planta cuadrada, tenía un hogar en la pared de enfrente de la puerta, dos literas con cuatro camas en las paredes laterales, y otras dos literas de una cama a los lados de la puerta. Todas de madera vieja y gastada. En el centro había una mesa de piedra, y a su alrededor un banco también de piedra. Las cuatro ventanas no tenían cristales, pero sí contraventanas de madera en bastante buen estado. La puerta estaba en condiciones y brindaba una cierta protección. En aquellas circunstancias, un hotel de cinco estrellas.

Cuando acabaron el examen, barriendo el lugar con las dos linternas de punta a punta, llegó la hora de la evaluación.

—¡Hogar, dulce hogar! —saludó Blanca.

—Espantoso —gimió Teresa.

—Genial —suspiró Gloria.

—Yo no voy a pegar ojo —anunció Esther.

—Me encanta —sonrió Yolanda.

María dejó que exteriorizaran su estado de ánimo, cosa que hicieron, como siempre, con una simple palabra o una frase sucinta. Esa capacidad de concreción la fascinaba. Tras este rito, entró en el refugio, le puso el difusor a la linterna y la colocó sobre la mesa de piedra. La luz iluminó débilmente las cuatro paredes. Esther, que seguía llevando la otra linterna, la apagó inmediatamente.

—Bien, ¿no? —las alentó María.

—Jo, menuda vista —dijo Gloria.

—Y suerte —calculó Blanca—, porque esto no está nada mal.

—Desde luego, mejor que pasar la noche en la camioneta… —trató de animarse Teresa.

—Menos mal que Isabel no nos esperaba; si no, se habría inquietado mucho y habría sido capaz de telefonear al colegio —manifestó Esther.

María dejó su bolso negro sobre la cama del lado derecho de la puerta. Teresa y Blanca llevaban las bolsas de todas, y optaron por depositarlas momentáneamente en la otra cama. Gloria y Yolanda, que entraron con las provisiones, las dejaron encima de la mesa, al lado de la linterna.

—Si María no hubiera sido previsora… —dijo Yolanda, refiriéndose a las provisiones.

—¡Qué pic-nic! —exclamó Gloria.

—Yo me pido una cama de arriba —señaló Blanca.

—Yo, una de abajo, para poder salir zumbando, por si las moscas —indicó Esther.

—Esto es ideal para una aventura romántica —soltó Blanca sin ningún reparo, como de costumbre, y vio que Esther y Gloria la miraban con gesto de reproche.

—¿Qué hacemos ahora? —quiso saber Teresa.

—En primer lugar, organizarnos —dijo María, y abrió los brazos y las manos, decidida—. Mientras unas recogemos leña, las otras preparáis la mesa y arregláis esto, ¿os parece?

Asintieron con la cabeza, pero dejaron que ella siguiera llevando la iniciativa.

—¿Quién se viene conmigo a por leña? —preguntó María.

—Yo —dijeron a la vez Blanca y Yolanda.

Evidentemente, ni Teresa, ni Gloria, ni Esther tenían el menor deseo de salir fuera.

## 36

No era una gran cena, pero al menos no pasarían hambre. Lo suficiente para aliviar lo que de otro modo habría sido una noche insoportable.

Mientras devoraban las bolsas de patatas fritas, palitos de pan y frutos secos, rociado todo ello con agua, se miraban unas a otras en silencio a la luz del fuego, que ya crepitaba en el hogar. Así no se gastaban las pilas de las linternas. El banco que rodeaba la mesa era tan pequeño que las seis estaban apretadas. A medida que las bolsas se vaciaban, las chicas iban recuperando su talante habitual, desenfadado y libre.

—Guardad un poco de agua por si alguna tiene sed esta noche —dijo María.

—Por aquí había un riachuelo, y cascadas —indicó Teresa.

—¿Irías tú a por agua? —le preguntó con malicia Blanca.

—Sólo era un comentario, listilla.

Esther miró la palma de su mano. Allí esperaba una simple avellana.

—Ser o no ser —recitó—. Veinte calorías más o veinte calorías menos.

—Qué exagerada eres —le dijo Gloria.

—Tú no tienes pechos. Yo soy fruto de una generosidad divina que aun no entiendo, pero que acepto resignada, aunque trate de combatirla, ¿vale?

Tras esta definición de sí misma y de su busto, se echó tranquilamente la avellana a la boca.

—No tienes fuerza de voluntad —le reprochó Teresa.

—Cierto —aceptó Esther, siguiendo con su teatralidad y su ironía—: Soy una mujer débil.

—Y a este paso acabarás siendo una mujer objeto —sentenció Blanca.

—Según de quien, no me importaría —asintió como un robot—. Que venga Brad Pitt o Tom Cruise, y verás.

—Mira ésta. ¡No es tonta la chica! —dijo Teresa.

—Ya me gustaría a mí que uno de ésos viniera a decirme hola —suspiró Gloria.

María miró a Yolanda. La muchacha había vuelto a su mutismo y su distancia.

—Cada cosa a su tiempo. No tengáis prisa —recomendó la monja.

—No, si prisa no hay, pero un poco de entrenamiento… —dejó caer Esther.

—De fogueo —matizó Teresa.

Se echaron a reír; luego, la paz volvió gradualmente a la mesa, y con ella, la comprobación de que apenas quedaba ya nada en las bolsas. Se miraron indecisas unas a otras.

—¿Y ahora qué? —preguntó Blanca, expresando la inquietud de todas.

—Cualquier cosa menos dormir —dijo Teresa.

—Sí, eso. No vamos a dormir, ¿verdad? —preguntó Esther.

—Por mí, como queráis —dijo María, encogiéndose de hombros—. Pero si no descansamos un poco, mañana estaremos reventadas.

—¡No hable por las demás! —replicó Blanca.

—¡Qué poco nos conoce! —exclamó Esther.

—Nos pasamos una noche entera estudiando, y como si nada —explicó Teresa.

—O de marcha, y lo mismo —agregó Gloria.

—Lo mismo, no. De marcha, mejor —quiso dejar bien sentado Blanca.

—Nunca he entendido esa manía vuestra de no querer acostaros hasta que ya se ha hecho de día —comentó María—. Es como si acostarse de noche fuera… qué sé yo.

—Es que la marcha empieza a las tres o las cuatro de la madrugada —le explicó Blanca.

—Antes empezaba a las dos, pero ahora… —indicó Teresa, haciendo un gesto vago con la mano.

—Sí, pero no es natural. Es como si… tuvierais que llegar despiertos hasta el amanecer a costa de lo que sea. Y los que no aguantan, claro, beben y toman porquerías, que es lo malo.

—María, ¿no estamos en clase cincuenta y cinco minutos aunque a veces tendríamos bastante con media hora? Pues esto es lo mismo. Es como tener un horario.

—Exacto —Esther tomó el relevo de Blanca—. Cuando amanece suena el timbre del final de la juerga.

—Entonces, un chocolatito con churros, por ejemplo… —dijo Gloria.

—Y a dormir —concluyó Teresa.

—A dormir hasta las tres de la tarde, claro, porque si no… —puntualizó María.

—¿Qué pasa, que usted no salía de joven? —inquirió Esther.

—Claro que salía, pero eran los tiempos de «a las diez en casa».

—¡Huy! —se estremeció teatralmente Blanca.

—Ahora también hay chicas de ese estilo, no crea —advirtió Gloria.

—No, si no era mi caso. Mis padres eran muy libres y muy abiertos, pero a nadie se le ocurría pasar toda la noche «de marcha» porque sí. A las tres o las cuatro empezaba la retirada. Bueno, al menos por donde yo me movía.

—¿Y por dónde se movía usted? —quiso saber Blanca.

—Sí, eso. Antes ha dicho que nos hablaría de su juventud —la apremió Esther.

—Bueno, ¿qué puedo contaros yo? —se encogió de hombros y bajó la cabeza como con un asomo de vergüenza.

—¡Ha dicho que lo contaría! ¡Ha dicho que lo contaría! —insistió Esther, y buscando el apoyo de las demás agregó—: ¿Verdad?

—Sí, lo ha dicho —aseguró Yolanda, hablando por primera vez en mucho tiempo.

Las llamas del hogar, que danzaban devorando la leña, arrancaban destellos de sus pupilas.

María las miró.

—¡Vaya! —suspiró—. Así que estoy acorralada, ¿no?

—¡Sí, venga! —urgió Esther, que parecía al borde de un ataque de ansiedad.

—A no ser que le dé corte… —ironizó Blanca.

—¿A mí?

Un sonrisa franca, libre, abierta, y ya nada más.

Sólo el crepitar del fuego y la voz de María, que hablaba despacio y con suavidad, como si bucear por los recovecos de su pasado la inundara de nostalgias y ternuras.

## 37

—Nací en una comuna hippy, en la segunda mitad de los sesenta.

—¿Eran hippies sus padres? —preguntó sorprendida Esther.

—¡Cállate, pesada! —le ordenó Blanca.

—Sí, auténticos —confirmó María—. Recorrieron medio mundo yendo de un lado a otro.

—¿De qué vivían?

—Hacían cosas, abalorios, y los vendían en todas partes. Era su manera de sentirse libres, sin ataduras.

—Pero sus padres… —empezó Yolanda.

—Estaban casados, sí, y de media docena de formas diferentes, católica, budista… —María sonrió con ternura—. En mi vida he visto a dos personas que se quisieran tanto.

—Entonces estaría en muchas movidas fuertes.

—Yo era muy pequeña, y no recuerdo nada, pero estuve en el festival de Woodstock, por ejemplo.

—¿Ése tan importante de mil novecientos no sé cuántos?

—El de mil novecientos sesenta y nueve, sí —asintió la monja.

—¡Sopla! —el pasmo de Esther no tenía límites.

—Así vivimos durante años. Conocí a mucha gente y aprendí mucho de todos los países y de todas las personas, especialmente en materia espiritual, aunque no sabía que mi futuro iba a ser éste —tocó su hábito.

—¿Cuántas lenguas habla?

—Media docena, pero no me gusta enseñar idiomas. Prefiero la literatura. Me pasaba el día leyendo. No fui a la escuela hasta los doce años, cuando regresamos a España.

—¿Se cansaron de dar vueltas por el mundo? —preguntó Teresa.

—Más bien fue que el mundo se cansó de nosotros —sonrió María—. Las cosas habían cambiado mucho, se había perdido el viejo espíritu, y mi padre decidió quedarse aquí. Nos instalamos en Ibiza. A mí no me costó adaptarme. Como había leído mucho pude estudiar sin problemas. Siempre os digo que leer es engrasar el cerebro, ¿recordáis? Y que la lectura ayuda a pensar, a razonar; sin leer no se es nada.

—Sí, recuerdo haber oído eso —Blanca puso cara de esfuerzo máximo y comenzó a imitarla—: «En la vida se puede ser algo sin estudiar, siempre que se lea; pero el que no lee, difícilmente será algo por mucho que estudie: ése será una máquina y bla-bla-bla».

Todas rieron la magnífica imitación, incluso María.

—Pero es cierto, y os lo diré mil veces, sobre todo a las que os cuesta coger un libro —miró a Esther y a Blanca—. Yo hice en tres años lo que otras en seis. Y con buenas notas.

—¿No les costó cambiar la libertad por la vida sedentaria?

—Seguíamos siendo libres, aunque de otra forma. Mi padre era una persona excepcional. Sus ojos estaban llenos de luz, contaba cosas maravillosas, y por supuesto era un pacifista y uno de esos seres que se entregan por entero a los demás.

—¿Viven sus padres?

—Mi padre ingresó un día en un hospital —María hablaba ahora con una dulzura infinita—. Supo que iba a morir, sin necesidad de que se lo dijeran los médicos, y nos pidió a mi madre y a mí que le sacáramos de allí, que quería acabar como siempre había vivido, en paz y en contacto con la naturaleza. Mi madre y yo prácticamente le secuestramos y lo llevamos a una montaña. Estuvimos tres días con él, hasta que un hermoso amanecer sonrió, cerró los ojos, emitió un suspiro y expiró.

—Jesús —exclamó impresionada Gloria.

—¿Y después le enterraron con todo el rollo religioso y tal?

—Le incineramos.

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—Veintisiete años.

—O sea que ya era… —vaciló Yolanda.

—Sí, ya era monja.

—¿Y cómo…?

—Hay que respetar siempre los deseos de las personas —dijo María—, sobre todo cuando se trata de su última voluntad.

—Su padre era católico, ¿no?

—No.

Las dejó boquiabiertas.

—¿Qué dijo cuando usted…? —por tercera vez consecutiva, Yolanda, que ahora participaba activamente en la conversación, dejó la frase sin terminar.

—Nada. Fue el primero en enseñarme que el respeto es lo que más debería unir a las personas. Simplemente respetó mi decisión, y siempre se mostró orgulloso de mí.

—Antes nos ha dicho que llegó a salir con chicos —mencionó Blanca.

—Y tuve novio.

Sabía que eso era lo que más las impactaría, así que no se extrañó al ver a las cinco boquiabiertas.

—¡María! —exclamó Esther.

—Ya os he dicho que también tuve vuestra edad, y que entonces no era religiosa. Conocí a un chico, nos enamoramos, y fuimos novios un año. Un año precioso. Cuando acabó…

—¿Le dejó para hacerse monja? —saltó de nuevo Esther.

—Calma, chica —trató de serenarla Teresa, que la tenía al lado y estaba harta de sus movimientos.

—No le dejé para hacerme monja, ni me hice monja porque él me dejara —explicó María—. Pasó lo que sucede a menudo con el primer amor: que nace muy pronto, cuando aún no podemos controlar los sentimientos y las emociones, y sin darnos cuenta lo matamos, o lo dejamos morir, o como queráis llamarlo. El caso es que, de tanto querernos, nos separamos.

—¡No! —lamentó una vez más Esther.

—Sé que os parece trágico, pero para mí es un recuerdo mágico, el mejor de mi juventud. La vida está llena de recuerdos, y yo soy una coleccionista de sentimientos.

—Coleccionar sentimientos —repitió en voz alta Yolanda.

—¿Qué edad tenía cuando acabó eso? —quiso saber Gloria.

—Diecisiete años. Vuestra edad —contestó María—. Un año después terminó mi búsqueda. De pronto lo comprendí todo. Lo vi todo claro. Ya llevaba la semilla en mi corazón y acepté mi destino. Comencé a estudiar y a prepararme. Luego hice los votos, pero no dejé de estudiar ni de formarme.

—¡Qué fuerte! —manifestó sorprendida Blanca.

—No es más que una historia. Cada persona tiene la suya. Y vale la pena oírlas. El problema es que nunca oímos. ¿Tenéis abuelas y abuelos?

Las cinco asintieron con un movimiento de cabeza.

—Mi abuelo materno murió hace dos años —dijo Esther.

—Y mi abuelo paterno, hace cuatro —añadió Yolanda.

—Pero os quedan abuelos y abuelas a todas —siguió María—. Bien, ¿cuántas veces os han querido contar u os han contado sus cosas?

—La tira —dijo Blanca—. Tengo un abuelo batallitas que no vea.

—¿Y le escuchas?

No hubo respuesta. María siguió.

—No los escucháis como me estáis escuchando ahora a mí, y no podéis imaginar lo que os perdéis.

—No va a comparar su historia con la de…

—Te equivocas, Esther —la detuvo ella—. Todo depende del cristal con que se mira. Cada persona es un libro, y su cabeza está llena de páginas escritas y de postales con los momentos clave de su pasado. Y cada anciano o anciana es un libro irrepetible. Cuando una persona muere, si alguien no la ha oído antes, su memoria desaparece con ella. Hacedlo como un ejercicio: la próxima vez que veáis a vuestros abuelos, pedidles que os cuenten su vida.

—Ah, pues yo se lo pediré —aceptó Esther.

—Hacedlo todas —las miró una a una.

Sostuvieron su mirada, y un breve silencio sobrevoló por encima de sus cabezas. Unos segundos después, Yolanda se levantó y dijo:

—Hay que echar más leña al fuego para que no se apague.

## 38

—Ahora deberíais contarme algo vosotras —pidió María cuando Yolanda se hubo sentado otra vez.

—¿Nosotras?

—Ya me dirá qué quiere que le contemos.

—Todo el día metidas en el internado…

—Empieza tú, Esther —insistió María.

—Pero si ya lo sabe: me gusta la música y… —buscó algo más, fingió no encontrarlo y concluyó—: la música y la música.

—¿Eso es todo? ¿Nada más?

Blanca golpeó con los nudillos la cabeza de su compañera.

—¡Toc, toc! ¿Hay alguien? —dijo con voz atiplada.

—Sí, me gustaría ser cantante, ¿y qué? —la fulminó Esther.

—Yolanda, ¿a ti qué te gustaría ser? —cambió María.

—Quiero ser economista.

—Te pregunto qué te gustaría ser, no qué vas a hacer.

La chica plegó los labios, seria. De todos modos, no eludió la respuesta.

—Me gustaría hacer teatro y cine, ser actriz.

—¿Por qué no lo haces?

—Porque no puedo.

—Eso no es verdad. Todos podemos hacer lo que queremos.

—No es tan fácil. Yo no tengo unos padres como los suyos.

—Los conozco, y son un hueso —la apoyó Blanca.

—Como los míos —dijo Teresa—. No me dejan ni respirar.

—Tú lo tienes crudo, querida —soltó Blanca—. Tu mejor amiga es la lista de la clase, y vuestros padres se conocen, así que te darán la vara con eso.

—No es eso —se encogió de hombros Teresa—. Mi padre siempre ha querido que yo estudiara medicina y punto. Y voy a hacer medicina.

—Hasta que veas una gota de sangre y te desmayes —insistió Blanca.

—¿Y a ti qué te gustaría realmente hacer, Teresa? —preguntó María.

—Ése es el problema, que no lo sé.

—Y te dejas llevar —la pinchó Blanca.

—¿Y tú qué? —Teresa la miró, molesta—. Mucho hablar, y sólo piensas en pasarlo bien. Ya me dirás qué futuro tiene eso.

—Siempre puedes pescar un maromo que esté bien y que te pague los caprichos —bromeó la muchacha, poniendo cara de malicia.

—Venga, tómate algo en serio una vez —la llamó al orden María—. Todas estamos hablando como amigas. ¿Qué te gustaría a ti?

—¿Qué es esto, una terapia de grupo? —se resistió Blanca.

—Si te tomaras la vida un poco en serio, podrías ser modelo, que es lo que te gusta —reveló Yolanda.

—Habla por ti, ¿quieres? —la conminó ella.

—Eres como una pared —dijo Yolanda, seria—. Tú puedes meterte con todo el mundo, pero cuando se trata de ti, la ostra se cierra.

—A mí me gustaría escribir —anunció de pronto Gloria—, por eso haré filología hispánica.

Consiguió que la atención se centrara en ella, aunque Blanca y Yolanda siguieron mirándose con cierta animosidad durante unos segundos.

—Necesitas leer aún más, y escribir algo cada día —le recordó María.

—Le envié un texto mío al escritor que vino a hablarnos.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no nos lo dijiste? —se extrañó Esther.

—No pensé que me contestara, pero lo hizo, y me dijo lo mismo que usted —Gloria se dirigió a María.

—Entonces, lo tienes claro, ¿no?

—Dentro de diez años deberíamos reunirnos otra vez para ver qué rumbo llevamos —suspiró Blanca—. La que menos, casada y con un hijo, ya veréis.

—¡Hala! ¿De qué vas? —Esther levantó una mano como si su compañera acabase de decirle que al día siguiente se iban de excursión a la Luna.

—Ya lo verás —insistió Blanca—. Y tú la primera.

—¡Y un…!

—Esther —la detuvo María.

—Es que a veces habla por hablar y… ¡Tú sí tendrás hijos, y mellizos, que por lo que me contaste, los tuvieron tus dos abuelas! ¡Verás lo que vale un peine!

La salida de Esther provocó una carcajada y redujo la tensión que las palabras de Blanca sobre el futuro acababan de generar. María lo aprovechó para preguntar:

—¿E Isabel? ¿Sabe alguien qué piensa hacer Isabel?

Gloria, Esther y Blanca negaron con un movimiento de cabeza. Teresa miró a Yolanda.

—Isabel conseguirá todo lo que se proponga —dijo esta última.

—¿Por qué?

—Tiene una especie de flor en el culo, ya sabe.

—No será ahora —comentó Blanca.

—Quiere estudiar derecho —informó Teresa.

—¿Ella? —la idea sorprendió a Esther—. Nunca me lo había dicho. Cuando hablábamos de este asunto, siempre evitaba dar una respuesta y se hacía la reservada y la misteriosa. Y no me la imagino de picapleitos.

—Yo sí. Seguro que llega a fiscal o a juez —dijo Gloria.

—¿Qué crees, que esto es como las películas americanas? —se burló Blanca.

—Quiero decir que será buena. Yolanda ha dicho que conseguirá todo lo que se proponga, y estoy de acuerdo. Lo de ahora no será más que una pequeña mancha en su carrera.

—No me gusta tener la vida tan planificada —se estremeció Blanca.

—Lo de hacer derecho será idea de su padre, ¿no? —preguntó Yolanda a Teresa.

—No, no, es cosa suya. Aunque el padre de Isabel es un hueso. Bueno, como el mío: parecen gemelos.

—La verdad es que todo lo que ha pasado me ha extrañado mucho, especialmente tratándose de Isabel —suspiró María.

—¡El amor! —cantó Esther.

—No seas burra —la recriminó Yolanda.

—Eso demuestra que por mucho que se planifiquen las cosas, todo puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos —afirmó Blanca—. Isabel se coló, como cualquiera.

—Y le dio fuerte —corroboró Esther.

—Como a nosotras con el cotilleo —dijo Gloria.

—No estamos cotilleando —se defendió Teresa.

—Ah, bueno.

María volvió la cabeza buscando su bolso. Esther se dio cuenta.

—¿Quiere que se lo alcance? —preguntó.

—Sí, gracias, necesito un pañuelo.

Esther se separó del grupo, dio un paso hasta la cama, cogió el bolso y se lo tendió a la monja, sentándose de nuevo. María lo abrió. Todas miraron curiosas. Llegaron a ver una muda correctamente plegada, una pequeña bolsa de aseo y una carta. Para sacar el pañuelo, María tuvo que dejar encima de la mesa la bolsa y la carta. El nombre escrito en el sobre quedó bien visible: Isabel.

—¿Quién le escribe? —preguntó Blanca, curiosa.

—Daniel —dijo con toda naturalidad la profesora.

## 39

Las cinco miraron el sobre con los ojos como platos. María encontró un pañuelo, lo extrajo, y antes de utilizarlo volvió a guardar la bolsa de aseo y el sobre, cuidando de que no se arrugara. Todas advirtieron algo más: que el sobre no estaba cerrado.

—¿Le ha dado una carta… para ella? —se adelantó a preguntar Esther.

—Sí, le dije que la vería y… —se sonó la nariz.

—No me la imaginaba de Celestina —dijo con retintín Blanca.

—No hago de Celestina. Sólo ayudo a dos personas. Y a una la aprecio porque es alumna mía.

—Caray, usted es una tía estupenda, María —ponderó Esther.

—No digas tonterías.

—Desde el primer momento ha estado de parte de Isabel —dijo Teresa—. Si eso no es ser legal, como dice Esther…

—Puede que si hubiera sido directora del centro, también la hubiese expulsado —advirtió.

—No, usted no —saltó inmediatamente Esther.

—Seguro —confirmó Blanca.

—Todos tenemos que actuar siempre de acuerdo con nuestro criterio y teniendo en cuenta las circunstancias —explicó María—. Y el poder está para ejercerlo. Supongo que por eso nunca querré ser más de lo que soy.

—Para mí, eso es comodidad —consideró Gloria.

—O cobardía —le guiñó un ojo María.

Se sonó por segunda vez, guardó el pañuelo, bien plegado, y echó el bolso encima de la cama para que nadie tuviera que levantarse de nuevo. Esther, la más impetuosa del grupo, se encargó de formular el interrogante que flotaba en el ambiente.

—¿Se lo dio abierto?

Recibió el enésimo codazo del viaje.

—Sí, me lo dio abierto —respondió María fingiendo ignorar el alcance de la pregunta y el codazo—. Le pregunté por qué no lo cerraba, y me dijo que quería que yo leyera la carta.

—¿En serio? —se extrañó Blanca.

—Sí.

—¿Y por qué?

—Por lo visto, Daniel confía en mí, y quería saber mi opinión acerca de lo que está pasando.

—¿La leyó? —la pregunta era de Gloria.

—No.

—¿Por qué? Si él quería que lo hiciera… —comentó Teresa.

—Él quería que lo hiciera, pero yo le dije que eso era algo personal, entre él e Isabel, y que agradecía su confianza, pero prefería mantenerme al margen. Además, la carta es para Isabel, y es ella quien debe leerla primero.

—¡Jo! —suspiró Esther.

—Yo no habría resistido —confesó Blanca.

—Tú no resistes ninguna tentación —dijo Yolanda.

—Eres débil —Esther aprovechó la oportunidad, hablando con voz grave y pomposa, como la profesora de latín cuando menos.

—¡Menuda pareja! —se rio Blanca, refiriéndose de nuevo a Isabel y Daniel—. A mí me parece que son tal para cual y que les ha dado fuerte.

—¿Y por qué tiene que haberles dado fuerte? —rezongó Gloria—. Lo que pasa es que por culpa de él, Isabel está metida en un lío de cuidado.

—No he dicho nada —Blanca levantó las manos—. Si creéis saber más que yo o vuestra experiencia os dice que me equivoco, me callo.

—¡Qué burra eres! —exclamó Gloria, mirando hacia otro lado.

María advirtió su inquietud, su extraño desvalimiento, aunque también Blanca estaba un poco alterada.

Miraba el bolso, caído sobre la cama y ahora abierto. De él asomaba el sobre con el nombre de Isabel.

—Voy a por más leña —dijo de pronto Yolanda, poniéndose de pie.

—¿Vas a salir fuera? —se estremeció Teresa.

—Sí. ¿Me acompaña alguien?

—Yo —respondió Blanca.

Cogieron la segunda linterna y salieron las dos.

## 40

María las vio abandonar el refugio, y por un instante tuvo una extraña desazón. Se había encendido en su mente una señal de alarma. Hasta entonces había pensado que la delación era cosa de una sola persona. Ahora la acuciaba la posibilidad de que fuera cosa de dos.

La apartó de su mente, pero siguió con la mirada la luz de la linterna al otro lado de las ventanas. Yolanda y Blanca hablaban, pero sus voces no se habrían oído en el albergue aunque las cuatro que había dentro hubieran estado en silencio, cosa que no ocurría.

—Como las pique algún bicho, verás lo que pasa —murmuró sombría Teresa.

—Si es a Blanca, se muere el bicho —aseguró Esther.

—Pues anda que con el humor que tiene hoy Yolanda… —añadió Gloria, levantando y bajando una mano.

—¿Sabéis qué le pasa? —se interesó María.

—No, pero ayer estaba igual —dijo Teresa.

—Será la regla, aunque diga lo contrario —opinó Esther.

—No seas bruta —protestó Gloria, poniéndose de pie.

Esther la imitó, y tras desperezarse, se acercó al fuego, que ahora ardía con menor intensidad porque los troncos iniciales estaban casi consumidos. En la mesa quedaron Teresa y María.

—¡Si mi madre me viera aquí…! —exclamó la muchacha.

—¿Algún problema? —preguntó la monja.

—Bueno —Teresa se encogió de hombros—, es de las que ven peligros en todas partes.

—Ya, pero la que le tiene miedo al bosque eres tú —comentó Esther.

—Me refiero a que no me deja pasar noches fuera.

—Como la mía —siguió Esther.

—Es natural que vuestras madres se preocupen por vosotras —dijo María.

—Ya. Pero no tanto —resopló Gloria.

—Yo, con eso de que soy hija única… —explicó Teresa.

—Toma, y yo porque soy la pequeña —convino Esther.

—Espero que no me echen por esto —dijo María.

—¿Por qué la van a echar? —se extrañó Esther.

—Estamos en medio de un bosque, y de noche.

—Pero no ha sido culpa suya.

—Vuestras familias son influyentes.

—¡Qué va! ¡No es para tanto! —aseguró Esther. Luego señaló a Teresa y agregó—: Bueno, la de ésta sí.

—¡Oye, tú! —se quejó la aludida.

—Nadie sabrá que hemos vivido esta experiencia —aseguró Gloria.

—Eso es. Será nuestro secreto —se animó Esther.

—¡Cuánto te gusta montarte películas! —sonrió Teresa.

—Bueno, ¿y qué? Cada cual se lo monta como puede.

—Di más bien que cada cual se lo monta como le dejan —matizó Gloria.

—La voz de la experiencia —cantó Esther.

Al otro lado de las ventanas se oyó un leve aullido, y casi a continuación uno más fuerte.

Algo rascó la madera.

—¡Ay! —se asustó Teresa.

—Son esas dos memas, tía —informó Esther.

—No son las dos memas —se oyó una voz de ultratumba—. A ésas nos las hemos zampado. Estaban riquísimas.

—¡Blanca, haz el favor! —gritó Teresa.

Yolanda abrió la puerta. Llegaba cargada de troncos y ramas secas. Gloria acudió inmediatamente en su ayuda. Poco después entró Blanca, también con un brazado de leña. A ella no la ayudó nadie. Dejaron caer la leña delante del hogar, y María se acercó para ordenarla un poco. Blanca se puso a partir las ramas más largas, y todas se apresuraron a colaborar en esa tarea.

El fuego volvió a arder con fuerza.

—Se nota la diferencia —dijo Yolanda—. Fuera hace fresco.

—Donde esté un buen fuego… —suspiró Blanca.

—Sólo nos falta un poco de música —agregó Esther.

—Suave, ¿no? Porque tú eres capaz de estropear este silencio con algo de lo más heavy —dijo Teresa.

—Anda, no te pases —protestó Esther.

Blanca se sentó en el suelo, junto al fuego. Esther y Gloria la imitaron, mientras que Teresa y Yolanda lo hicieron en el banco de piedra, pero de espaldas a la mesa y de cara al hogar. Ahora sólo María estaba de pie.

—Venga, María, le hacemos un hueco —propuso Gloria.

—No sé si…

—El suelo está calentito, ya verá.

Aceptó la invitación, y se sentó en cuclillas. Gloria tenía razón: el suelo estaba caliente, y era mucho más agradable que la piedra del banco.

—Podríamos jugar a algo —propuso Esther.

—No seas paliza —rezongó Blanca.

—Estamos muy bien así, hablando —dijo Gloria.

—¿Cómo era él, María?

—¿Qué? —cogida a contrapié, miró a Blanca.

—Ese chico, su novio. ¿Cómo era?

Yolanda dirigió a su compañera una mirada de reproche. Teresa y Gloria, en cambio, miraron a María con los ojos como platos. Esther se acomodó lo mejor que pudo, dispuesta a escuchar.

## 41

—Era alto, simpático, buena persona, idealista…

—Y guapo, seguro que era guapo —suspiró Esther.

—Pues te equivocas: era feo. Pero no me importaba. Yo prefería su interior.

—No, si un buen interior no está mal, pero el envoltorio… —dijo Blanca con ironía.

—El envoltorio, una vez abierto, lo tiras —disparó como un rayo Esther—. Y lo que te comes es lo de dentro.

—Dejad de discutir —propuso Gloria, interesada en lo que contaba María.

—¿También él era hippy? —quiso saber Teresa.

—¡No, qué va! Estudiaba arquitectura.

—¿Cómo se llamaba? Antes no nos lo ha dicho.

—Ismael.

—No está mal, aunque sólo tiene seis letras —comentó Esther.

—¿Que importa eso? —preguntó Gloria.

—Es que a mí me gustan los nombres de siete letras, como Esteban, Gerardo, Ricardo, Mariano…

—¡Anda que no eres rebuscada ni nada! —bufó Yolanda.

—O sea, que si se acerca uno que se llame Carlos, Miguel, Juan o algo parecido, tú pasas —concluyó Teresa.

—No paso, sólo he dicho que me gustan las palabras de siete letras —se defendió Esther.

—Como pánfilo —dijo Blanca.

—O palizas —siguió Gloria.

—O… —fue a continuar Teresa.

—¡O estúpidas! —las cortó Esther—. ¡Si es que no se puede hablar!

Blanca no había olvidado el tema central de la conversación.

—María, ¿volvió a ver a Ismael?

—No —reconoció ella.

—¿Nunca, nunca, nunca? —insistió Esther.

—No, nunca. Nos separamos y ya está.

—¿Qué diría si la viera de monja? —preguntó Teresa.

—No lo sé —sonrió con ternura—. Ni siquiera me lo imagino.

—¿Y nunca ha pensado en lo que habría pasado si hubiera seguido con él? —dijo Gloria.

—Eso no conduce a nada. Yo elegí un camino, estoy satisfecha de mi elección, y no creo que sirva de nada pensar qué habría ocurrido si hubiera elegido un camino distinto.

—¿Pero no se ha arrepentido de…?

—¿Queréis dejarla en paz? —se quejó Yolanda de pronto.

—Ove, que estamos hablando tranquilamente —replicó Esther.

—Pues habla tú de tus novios, rica.

—Vale, ¿por cuál empiezo?

—¡Ah, no! —gritó Blanca, tapándole a Esther la boca con una mano—. ¡Eso sí que no!

—¡Déjala! —protestaron Teresa y Gloria.

—¿Para qué, para que nos cuente sus fantasías? ¡Venga ya, tías!

Esther trataba de librarse de la mano de Blanca. Gloria aprovechó la situación para hacerle cosquillas. En un instante, el refugio se llenó de risas y gritos. La camaradería había vuelto, y las risas aumentaron cuando Esther se libró de la mano de Blanca.

—Que conste que vosotras os lo perdéis —insistió—. ¡No conocéis mi doble vida!

—Que nos hable Blanca de sus ligues —propuso Gloria.

—Ya leeréis mis memorias —se negó ella—. O veréis la película de mi vida cuando se estrene.

—¡Fantasma! —la increpó Esther.

—Ya, ya —repuso Blanca.

—¿Tenéis novio alguna? —preguntó de pronto María.

Todas la miraron en silencio. Después se miraron entre sí, buscando quién hablaba primero. Ninguna parecía querer hacerlo.

—Vaya, ya veo que… —se excusó María.

—No, es que novio, lo que se dice novio… —se excusó Blanca.

—El primer amor suele surgir entre los catorce y los dieciséis —apuntó María.

Gloria bajó los ojos. Yolanda no se inmutó. Las únicas reacciones fueron el suspiro de Esther y el asentimiento de Teresa, junto con la duda reflejada en el rostro de Blanca.

—¿Por qué ese suspiro, Esther? —preguntó la monja.

—Por nada, porque es verdad.

—¿Y tu cara de duda, Blanca?

—Yo me enamoré por primera vez a los siete años, de un chico de nueve, y a los diez de uno de catorce, y me dio fuerte.

—A ti te gustaba un vecino que estaba casado y tenía treinta años —dijo Gloria.

—Es que estaba como un tren —convino Blanca con desparpajo.

—¿Y tú, Teresa? Has asentido con la cabeza —dijo María.

—Hay un chico, sí —aceptó.

—Felipin —se entremetió Esther.

—Haz el favor —Teresa puso cara de cansancio.

—Sí, descansa un poco, ¿quieres? —pidió Gloria a su compañera.

—¿Yo? ¿Y Blanca qué? Ella sí que se mete con todo Di… —se detuvo a tiempo y miró a María.

—¿Se llama Felipe? —continuó María.

—Sí, ya sé que sólo tiene seis letras —bromeó Teresa—, pero… me gusta, y creo que yo a él también.

—Vaya, vaya.

—Es amigo de mi primo.

—No le ves desde Navidad, y ya te dije que no te hicieras ilusiones —intervino Yolanda, rompiendo su silencio de nuevo.

—Sí, los chicos suelen ser muy inconstantes —aseguró Gloria con tristeza.

—Como nosotras —respondió Blanca—. Todo el mundo va a lo que va.

—No os paséis de listas, ¿vale? —se enfadó Teresa—. ¿Veis como no se puede hablar en serio con vosotras? —miró a Yolanda y agregó—: ¿Qué pasa, que hay que declararse y ponerse un anillo para que dos personas se guarden fidelidad aunque no se vean a menudo?

—Lo decía por ti. A mí… —eludió la disputa Yolanda.

—A todas nos gustan los chicos, María —confesó llanamente Blanca—, y cuantos más mejor.

—Lo mismo que a ellos —dijo Yolanda.

—Pero hay gente que busca algo más —dijo María—, que no se contenta con conocer a uno tras otro y tontear o hacer lo que sea. Hay gente que necesita compañía, amor.

Gloria seguía seria, igual que Teresa después de las palabras de Yolanda. Esther se sumó a ellas.

—El amor es una trampa, María —dijo Blanca, rompiendo el nuevo silencio—. Está bien para los temperamentos sensibles, pero siempre acaba por hacerte daño.

## 42

—Hablas como una experta —le contestó Yolanda.

—No, habla como una vieja, que es peor —afirmó María, preocupada.

—Lo seré —aceptó Blanca.

—Ya tendrás tiempo de serlo —dijo María—. Procura ser niña mientras puedas, y no te avergüences de ello. Yo soy una niña. La gente crece demasiado deprisa, o lo cree.

—Y así los va —corroboró Esther.

—Cada cual es como es, y yo no me quejo de ser así —dijo Blanca.

—¡Menudo rollo nos estamos montando! —se lamentó Yolanda—. ¿Qué es esto, el juego de la verdad?

Fue un breve desahogo.

—¿Por qué eres tan negativa? —protestó Gloria.

—Yo no soy negativa. Lo que pasa es que aquí y ahora no me apetece hablar de según qué.

—Será por lo mucho que has hablado —respondió Teresa.

Yolanda se levantó.

—Me voy fuera a fumar —dijo—. Llevo todo el viaje con ganas.

—Eso, ahora pégale fuego al bosque —contestó Esther.

Yolanda no replicó. Fue en busca de su bolsa, la abrió, sacó un paquete de cigarrillos y un mechero, y se dirigió hacia la puerta. Al abrirla, sintió en su espalda las miradas de las demás, pero no volvió la cabeza ni cerró de un portazo. Más que enfadada, parecía indiferente.

—¿Qué le pasa? —cuchicheó Gloria cuando se quedaron solas.

—Ni idea —reconoció Blanca.

—Pues está rarísima —insistió Esther—. Ella que siempre va de segura por ahí.

—¡Chist! —María se llevó un dedo a los labios—. Ya sabrá que ahora estamos hablando de ella; pero es mejor que no nos oiga reír o hacer comentarios, ¿vale?

—Vale —aceptaron.

—Lleva toda la semana así —añadió Teresa.

—Algo de su casa, seguro —intervino Blanca—. Puede que no estén bien sus padres.

Esther y Teresa miraron a Gloria sin darse cuenta.

—Yolanda es fuerte —Gloria sintió esas miradas—. Si yo lo superé…

—Bueno, no hablemos de cosas que no sabemos —propuso María—. A fin de cuentas, cada cual tiene sus problemas. Y no olvidéis que las amigas están para ayudarse.

—Si la interesada se deja —precisó Blanca.

—Y aunque no se deje. Hay muchas formas de ayudar —dijo la monja—. En ocasiones, un silencio es más eficaz que una palmada en el hombro, o la palmada mucho más eficaz que un montón de consejos hueros.

—El escritor dijo que no nos fiáramos de la gente que da consejos —recordó Blanca.

—Tenía su parte de razón —admitió María—. Sobre todo porque la mayoría de los que los dan, no predican con el ejemplo.

—Era un tío loco, pero dijo algunas cosas muy interesantes —la apoyó Gloria.

—¿Recordáis lo que os dije al día siguiente? —preguntó María.

—Sí, que había estado hablando casi todo el rato de una cosa sin mencionarla: del compromiso —contestó Teresa.

—El compromiso consigo mismo y con el mundo desde la honradez, el respeto y la esperanza —dijo María.

María vio que las chicas conocían sus ideas y que sus palabras habían calado en ellas, aunque a veces las expresaran en un tono irónico. Lo importante era que las recordaran. Un día impregnarían sus vidas.

—Voy a ver cómo está Yolanda —suspiró.

No hubo ninguna objeción. María se levantó del suelo, se sacudió la falda por detrás y salió. Yolanda no se había llevado la linterna, así que tenía que buscarla. Afortunadamente, nada más salir, vio el destello del cigarrillo, a unos diez metros, todavía en el claro que rodeaba al refugio, pero ya junto a los árboles.

Yolanda estaba apoyada en un tronco.

## 43

Se acercó a ella, temiendo ser inoportuna o pesada. Como la chica no se dignó mirarla, comenzó preguntando:

—¿Te molesto?

Yolanda fue sincera: lo reveló el tono de su voz.

—No, ya sabe que no.

Sus palabras sonaron casi como una declaración, y reflejaron alivio.

Como si, pese a todo, no quisiera estar sola o necesitara aquella compañía.

María se apoyó a su lado. El humo del cigarrillo de Yolanda, a medio consumir, la molestó, pero no dijo nada. Sabía que muchas chicas fumaban. Probablemente incluso más que los chicos. Signos de liberación.

Falsos, por supuesto. Y estúpidos.

—No es tu día, ¿verdad? —dijo María.

—Supongo que no —suspiró la muchacha.

—¿Puedo ayudarte?

—No lo sé —dio una calada más al cigarrillo, llenándose los pulmones de humo. Lo retuvo unos segundos, y luego lo expulsó por la nariz.

Un nuevo silencio.

La propia Yolanda lo rompió.

—Yo no debería estar aquí —dijo.

—¿Por qué?

—Me siento como una…

—Vamos, échalo, no te detengas —la alentó María.

—¿Sabe por qué estoy aquí? —continuó la chica. Tenía el rostro crispado, y a la luz del cigarrillo, que sujetaba entre dos dedos a la altura de la cara, podía verse en sus ojos un brillo húmedo.

—Por Isabel, supongo, como todas —tanteó María.

—No, se equivoca —Yolanda sonrió sin ganas, así que lo suyo fue más bien una mueca—. Estoy con todas por cobardía.

—¿Qué clase de cobardía?

—No quería ir a ver a Isabel; pero pensé que si me quedaba, si era la única que no iba, ella podía sospechar que la delatora era yo. Así que aquí me tiene.

—Y tú no la delataste, ¿verdad?

—Por supuesto que no —la miró con el entrecejo fruncido.

—¿Por qué me lo cuentas? —quiso saber María.

—Porque está usted preocupada por Isabel, y todo este lío, y no quiero que ni por un momento piense que yo…

—Me halaga tu confianza.

Yolanda le dio la última calada al cigarrillo. Se agachó para apagarlo en una piedra y, como debe hacerse en una zona arbolada, guardó la colilla en el paquete de tabaco, entre el cartón y la envoltura de celofán. Volvió a apoyarse en el árbol, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Por qué crees que no deberías estar aquí?

Esperaba la pregunta, y María lo sabía. Desde el mismo instante en que había empezado a hablar, Yolanda estaba gritando en silencio. Quería contarlo, y ella quería saberlo.

—Como dice Esther, usted es legal —musitó la chica.

—Y una amiga —añadió María.

—Lo sé —el brillo húmedo de los ojos se acentuó y pudo verse en aquella oscuridad, rota sólo por la débil luz que llegaba del fuego del refugio.

—Cuéntamelo. Te sentirás mejor.

—Ya.

Vencía su última resistencia. A una persona orgullosa y de carácter fuerte, no le es fácil confesar una debilidad o una culpa, y Yolanda se sentía profundamente culpable.

—Yo me alegré de que expulsaran a Isabel —dijo de pronto.

—Nuestros sentimientos son espontáneos, imprevisibles, incontrolables —dijo María.

—Me alegré y… —se detuvo como si le costara continuar.

—¿Fue por lo de Navidad? —apuntó María.

Yolanda la miró de nuevo.

—Sí —reconoció.

—¿Tanto te dolió lo de ese papel?

—Quería hacerlo yo, era importante para mí. Lo anhelaba más que nada, y ella, sin casi proponérselo, como jugando, me lo quitó.

—¿Por qué no se lo dijiste?

No hubo respuesta, tal vez porque era demasiado obvia.

—El orgullo es bueno hasta cierto punto, pero cuando nos paraliza… —apuntó María.

—Isabel consigue todo con facilidad. Y no es que yo me queje, pero tengo que luchar por las cosas. A ella, en cambio, le caen como llovidas del cielo. Tiene suerte.

—¿Crees en la suerte?

—No —sonrió ligeramente—, pero ella la tiene.

—Sin embargo, seguisteis siendo amigas después de Navidad.

—No había ningún motivo para enfadarnos. Yo estaba frustrada, pero eso era problema mío. Habría sido diferente si ella hubiese competido conmigo por ese papel. Lo malo es que no lo hizo. Isabel nunca tiene que luchar por nada.

—Y cuando la expulsaron…

—Sí, me alegré. Pensé que había justicia, y que ya era hora de que se topara con algo fuerte. No me gustó que la delataran, porque la delación me parece… repugnante. Pero el desenlace me hizo feliz. Por lo menos hasta que usted me habló de esta excursión.

—Lo siento —susurró María.

Yolanda lloró. Fueron sólo dos lágrimas. Resbalaron por sus mejillas y se perdieron en el vacío. No hubo más porque se pasó una mano por los ojos y contuvo el resto con rabia. Se mordió el labio inferior y apretó las mandíbulas con todas sus fuerzas.

—¿Por qué no quieres llorar? —le preguntó María.

—Odio parecer débil, aunque sepa que a veces lo soy.

—La fuerza también es debilidad. Pero lo que tú tienes es valor, Yolanda —dijo María—. Pocas personas confesarían lo que me has dicho.

—¿Y eso me hace mejor? —pareció burlarse ella.

—No, pero sí distinta, que es lo que eres.

—La hermana Soledad dice que eso es falta de humildad.

—La hermana Soledad cree que ser humilde es dejarse guiar como un borrego.

La hizo reír.

María recordó algo, de pronto.

—En la redacción sobre el amor y la amistad, escribiste una frase curiosa: «Un sentimiento es como un coche de segunda mano: antes de que lo tengas es nuevo, y en cuanto lo tienes ya está gastado».

—Es lo que pienso —dijo Yolanda.

—Pero podemos gastar miles cada día —repuso María.

Se miraron las dos bajo la noche, envueltas en paz, hasta que Yolanda dijo la última palabra:

—Gracias.

La última porque en ese instante, del refugio, les llegaron los gritos de las otras cuatro.

## 44

Las dos corrieron asustadas y, al entrar, no entendieron por qué Esther, Gloria, Teresa y Blanca chillaban como posesas, con las manos en la cabeza y mirando al techo. Luego, María vio la causa de aquel alboroto.

Un murciélago.

Un pequeño murciélago que revoloteaba por el aire, quizá tan asustado como ellas.

—¡Abrid las ventanas! —ordenó.

—¡No, que entrarán más! —berreó Esther.

—¡A mí me da algo! —gritó Teresa.

El espectáculo que ofrecían las cinco, pues Yolanda se sumó al caos inmediatamente, era bastante cómico.

Tuvo que ser María quien abriera las ventanas, aunque al final le echaron una mano Blanca y Yolanda. Una vez abiertas las cuatro ventanas y la puerta, trataron de ahuyentar al murciélago agitando sus jerséis. Antes de lograrlo, Esther y Teresa salieron al exterior, aunque con miedo de que fuera hubiera una bandada de ratas voladoras.

El animal acabó huyendo.

—¡Ya está, cerradlo todo! —anunció María.

Lo hicieron con tanta celeridad que las dos ausentes casi se quedaron fuera. Entraron más asustadas que ante un examen inesperado y tan blancas como la cera, pese a que unos segundos antes habían estado gritando y corriendo. Una vez recuperada la paz, las seis se miraron jadeantes.

Un largo segundo.

Luego estallaron en una carcajada liberadora.

Rieron sin problemas, libres, a gusto, hasta saltárseles las lágrimas. Rieron y rieron hasta caer desfallecidas en las camas o en el banco de piedra. Y riendo empezaron a tirarse cosas, un jersey o una bolsa entera, y a hacerse cosquillas, como Blanca a Gloria.

Rieron hasta que el cansancio las dejó exhaustas. Entonces María miró su reloj y tomó una decisión lógica.

No había averiguado nada, salvo en el caso de Yolanda.

Y no sabía qué más hacer, de qué hablar, cómo proseguir aquella absurda investigación.

—Es hora de acostarnos —sugirió.

El panorama cambió al momento.

—¡Oh, no!

—¿Qué dice?

—No sea así, mujer.

—Pero si estamos empezando.

—¡Es noche de viernes!

Contestó a todas.

—Oh, sí. Digo lo que oís. Nada de «no sea así, mujer». Estamos acabando y, en efecto, es noche de viernes, y mañana, sábado. ¿No querréis llegar a casa de Isabel con ojeras, medio dormidas, hechas un asco? Imaginad que, encima, no arranca el coche y tenemos que hacer el camino a pie.

La perspectiva no les gustó nada.

—Jo, María. Se las pinta sola para fastidiar una buena marcha —dijo Esther.

—Yo no tengo sueño —aseguró Gloria.

—Yo ni siquiera sé si podré dormirme, y más después de lo de ese vampiro —manifestó Teresa.

—Apuesto a que es la primera vez que está despierta a estas horas —dijo Blanca con gesto de malicia.

María la apuntó con un dedo.

—Si tuvieras tanta imaginación cuando escribes, te llevarías matrículas a espuertas —dijo.

Tenían que dormir vestidas, y aprovechar al máximo el calor de sus propios cuerpos, así que lo único que pudo hacer para «arreglar» su cama fue poner como almohada la muda que sacó del bolso. No era gran cosa. Las chicas podían utilizar sus bolsas.

—Yo tengo unos vaqueros —le ofreció Gloria.

—Y yo —la secundó Yolanda.

—Todas podemos darle algo para que se lo ponga en la cabecera —dijo Esther.

—Os lo agradezco porque si no tengo la cabeza un poco alta…

Puso junto a la cama el bolso abierto. Por la abertura asomaba un extremo del sobre de Daniel. Lo dejó así. Sus ojos se encontraron con los de Blanca, que los apartó inmediatamente.

María miró el sobre, el bolso.

Tal vez su última posibilidad de averiguarlo.

Pero sabía que era la más sucia de las trampas.

Cada una de las chicas le dio algo, y se preparó la mejor de las almohadas. Pese a los preparativos, todas tenían la sensación de que no iban a poder dormir. María solía decir que si no dormía era mujer muerta. Mejor dicho, «monja muerta». Por la mañana no estaría para muchos trotes.

—¿Habrá suficiente leña? —preguntó Yolanda.

—Vamos a echar más leña al fuego. Supongo que si se apaga, me despertaré —dijo María.

—Deberíamos ir a por más, por si acaso —sugirió Blanca.

—¡Qué ganas tenéis de salir fuera! —protestó Teresa.

—Tú no sabes lo que hay fuera —dijo Blanca, y le guiñó un ojo—. ¿Verdad, Yolanda?

—¡Huf, si lo supiera! —la apoyó ella, visiblemente recuperada.

—¿No sabes que por aquí pasa la ruta de la movida de las hormigas? —continuó Blanca.

—¡Ja, ja! —se burló Teresa.

—No, si de las hormigas paso, el que está bueno es el municipal que dirige el tráfico —apostilló Blanca.

Rieron todas, incluida María.

—Venga, y Yolanda y tú a buscar más leña —ordenó—, y el resto a callar, o me pongo a dar clase para aprovechar el tiempo.

## 45

La última voz, pese a todo, sólo se apagó cuando ya llevaban una hora o más tendidas en las camas de madera. Los comentarios no cesaban. Las bromas no cesaban. Las risas no cesaban. A veces no era preciso decir nada. Bastaba que una hiciera un ruidito para que las demás rompieran el silencio con sus risas, o que ese mismo silencio durase más allá de unos segundos, para que soltaran súbitamente la carcajada. María, por un lado, se alegraba; por otro, la felicidad de sus alumnas hacía que se sintiera mal por sospechar de una de ellas. Eran jóvenes y estaban vivas.

Justamente lo que más amaba: esa vida.

Las miró desde su cama. En la litera de su derecha estaban Blanca abajo y Yolanda arriba. Al otro lado, junto a la puerta, Gloria, y en la litera arriba Esther y abajo Teresa. El fuego iluminaba el conjunto con tonos rojizos y esparcía sombras que danzaban al compás de las llamas.

Y tras el último instante de agitación, una suave calma empezó a invadir a todas ellas.

Trató de recordar todo cuanto habían hablado, sus expresiones, sus palabras, sus respuestas, sus reacciones; pero el resultado era el mismo: un callejón sin salida, una puerta cerrada, la realidad de un misterio impenetrable. La superiora tenía razón: nunca averiguaría nada. La culpable no sería tan tonta como para delatarse.

¿Culpable?

No. Ya hablaba como la superiora, que había llamado culpable a Isabel.

Ella no buscaba culpas, sino motivaciones, sentimientos, energías que era preciso encauzar y controlar.

Como en el caso de Yolanda.

Cuando una alumna le confesaba algo, y en especial algo tan profundo como aquello, sentía la alegría de poder ayudar.

Volvió a mirarlas, una por una; después miró el refugio. ¡En menuda ratonera las había metido! ¿Para eso se había ganado su confianza, para engañarlas jugando a detective?

¿Y qué tenía? Nada.

Absolutamente nada.

Casi había descartado a Esther, por demasiado simple y carente de malicia. Casi había descartado a Teresa, porque era la mejor amiga de Isabel. Había descartado a Yolanda después de su conversación con ella, aunque antes había llegado a ser su primera sospechosa. Le quedaban Gloria y Blanca. Pero Gloria, por su timidez, no parecía vengativa, y Blanca, dada su superioridad, no necesitaba una delación para evitar que le hicieran sombra.

Así que seguía igual. Todas y ninguna.

Yolanda podía mentir sin que se le notara, gracias a la seguridad de que siempre hacía gala y a sus dotes para actuar. Y Blanca había mirado el bolso, del que asomaba la carta de Daniel. Y Esther…

Se le cerraron los ojos.

El bolso seguía abierto en el suelo, cerca de su cabeza.

No quería dormir, o no creía poder dormir, pero de pronto se sintió cansada.

Muy cansada.

Había estado en tensión desde el comienzo del viaje. En tensión plena.

Demasiado.

Abrió y cerró los párpados un par de veces. Después ya no pudo mantener una mínima consciencia.

Dormir era tan plácido…

## 46

Estaba en Woodstock, con su padre y su madre, pero no era niña, sino mujer. Tenía la misma edad que ahora.

Porque era ahora, no 1969.

Pero su padre y su madre sí eran los de 1969, y la música, el gran festival que marcó a una generación. Allí estaban todos, la generación hippy, el movimiento de la paz, la vida de un sueño y un sueño lleno de vida.

Iba desnuda. En Woodstock había ido desnuda porque era una niña pequeña y porque muchas chicas y muchos chicos de aquel medio millón de locos se desnudaron para liberarse de todas las cadenas. Pero ahora iba desnuda y tenía treinta y tres años. Debería sentir vergüenza.

Y era una monja.

Además.

Pero no sentía vergüenza. Sólo una gran sensación de libertad.

Bailaba y cantaba. Sus padres le habían puesto aquellas canciones mil veces. Se las sabía de memoria. Bailaba y cantaba a la luz de la luna, y también bajo el sol. Se sentía radiante, como en muy pocos momentos puede sentirse un ser humano. Y era inmortal. Se lo decía su corazón.

De pronto, el presentador anunciaba la actuación de…

—¡Isabel Carreras!

La gente gritaba y ella, sorprendida, se acercaba. Sí, era Isabel, dispuesta a cantar. ¡Qué maravilla! Pero aún le faltaba otra sorpresa no menos importante: al pie del escenario estaban Gloria, Teresa, Blanca, Yolanda y Esther.

—Me metía con ella porque siempre supe que lo lograría —decía Blanca.

—Tuvo suerte, siempre tuvo suerte. Le caía todo como llovido del cielo —decía Yolanda.

—Soy su mejor amiga, su brazo derecho —decía Teresa.

—Tiene todos los chicos que quiere. ¡Qué suerte! —suspiraba Gloria.

—¡Es fantástica, y yo soy su amiga! —gritaba Esther.

¿Y ella?

—¡Yo le enseñé lo que sabe! —gritó.

Isabel cantaba una canción. Woodstock se iluminaba con medio millón de lucecitas. Era la gran estrella. Y mientras el día caía y llegaba la noche, el mundo entero la aplaudía más y más, más y más.

—Si no me hubieran expulsado… —decía Isabel.

—¡Nosotras te delatamos! —exclamaban sus cinco amigas.

—No —susurró María.

Y escuchó el roce.

Justo en ese momento.

Al despertar.

Se quedó muy quieta; no se atrevió a moverse, y mucho menos a abrir los ojos. Tal vez se había despertado al oír el roce, y no al revés.

Pero daba lo mismo. Ya no estaba en Woodstock, sino en el refugio, en el bosque, con ellas.

Y una se encontraba a su lado.

Procuró respirar como si siguiera durmiendo, y continuó inmóvil, boca arriba. Pudo permanecer así un minuto o cinco; en todo caso, el tiempo se le hizo eterno. ¿Y si no había nadie a su lado? ¿Y si aquella sensación formaba parte de su sueño?

No, la presencia acabó apartándose, y María tuvo que entreabrir los ojos para ver de quién se trataba antes de que volviera a su cama.

¿Blanca?

No la distinguió, estaba de espaldas, y se acercaba a las brasas del hogar, ya muy débiles.

A juzgar por eso, debía de llevar un par de horas dormida.

La chica se arrodilló frente a las ascuas.

Y en ese momento, María se incorporó sin hacer ruido. El sobre no estaba en su bolso.

Se puso en pie.

Supo de quién se trataba al ver su cama vacía.

## 47

No había empezado a leer la carta. Tenía el sobre entre las manos, y lo miraba fijamente. Parecía temblar, aunque la oscuridad del refugio no permitía excluir que se tratara de un simple efecto óptico. María esperó unos segundos, de pie, detrás de la muchacha.

Hasta que ésta levantó la cabeza, sin volverla. Sólo la levantó.

—Gloria —susurró María.

Su alumna no se movió. Por precaución, para no despertar a las demás, o por miedo, continuó tal y como estaba. María se arrodilló a su lado y la observó.

Tenía los ojos cerrados y respiraba como si su corazón latiera a mil por hora.

—Lo… siento… —musitó.

María le puso una mano en la cabeza. Al sentir el contacto, la muchacha rompió a llorar, en silencio. Su rostro se contrajo por el esfuerzo de dar rienda suelta a su amargura sin hacer el menor ruido. Su sentimiento, tan vehemente como contagioso, afectó a la monja.

La dejó llorar.

Pero antes le cogió la carta, liberándola de su peso infinito.

—¿Por qué? —preguntó cuando las lágrimas menguaron.

Gloria se enfrentó a sus ojos por primera vez.

—Sólo quería… saber si ellos… —balbuceó débilmente.

—¿Si se quieren?

No contestó con palabras. Se limitó a asentir.

—Así que tú le querías —concluyó María.

—Sí —aceptó Gloria, rendida—. Era mío, o creía que lo era, porque… bueno, tampoco había pasado nada, pero me hacía ilusiones, ¿entiende? Pensaba que…

—Y apareció Isabel.

—Sí.

—¿Fue ella…?

—No me lo quitó, no era mío —Gloria se iba calmando a medida que hablaba—, y tampoco hizo nada, la verdad. Pero él se olvidó de mí en cuanto la conoció.

—¿Hablaste con Isabel?

—¿Para qué? —contestó Gloria, con un poso de amargura en el tono de voz y en las pupilas—. ¿Me ha mirado bien, María?

—No digas eso.

—Es la verdad —se encogió de hombros—. No soy guapa. No tengo nada que hacer con las Isabeles del mundo. Tampoco soy lanzada como Blanca, ni estoy loca como Esther, ni tengo la chispa de Yolanda.

—Tú eres tú.

—¿Y qué?

—Todos tenemos nuestra propia luz.

Era como hablarle de la salvación eterna a un condenado a muerte.

—Por Dios, María —hizo un gesto de cansancio Gloria.

—¿Delataste por eso a Isabel?

Fue una pregunta inesperada, directa, dolorosa. Gloria la acusó de lleno, y su reacción fue muy clara.

—¡María! ¿Qué dice?

Los ojos y el rostro de la chica reflejaban el horror que sentía.

—¿Odiabas a Isabel?

—¡Odio a Isabel, odio a Daniel, odio al mundo entero, me odio a mí misma, pero eso no tiene nada que ver! ¡También soy amiga suya, aunque parezca un contrasentido!

Blanca se movió inquieta en la cama, sin duda por las exclamaciones de Gloria. Fue un pequeño toque de alarma. No ocurrió nada más.

Salvo que María aceptó la nueva realidad.

—Perdona —musitó.

—¡María, le juro que…!

—No es necesario que lo jures —la detuvo la monja. Y repitió su petición—: Perdona, por favor.

—Sólo quería leer esa carta, créame —insistió Gloria, desencajada y aturdida—. Si ellos rompen porque les sea imposible volver a verse, yo puedo intentarlo de nuevo con él. ¿No lo entiende? ¡Tiene que creerme!

—Te creo. Cálmate. No tengo derecho a…

Había puesto la carta al alcance de sus manos, de todas, de las cinco. La mirada de Blanca era tan curiosa como imperiosa había sido la necesidad de Gloria. Eran adolescentes, y para ellas, el contenido de aquella carta tenía algo de mágico, apasionante o simplemente morboso.

—Vamos a la cama —susurró María, agotada.

—¿Qué le pasa? —tembló Gloria.

—No es culpa tuya —la tranquilizó ella—. Soy yo.

—No entiendo…

—A dormir —la obligó María—. Y mañana, esto no habrá sucedido, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Buenas noches, querida.

Guardó la carta en el bolso, y lo cerró. Luego se tendió en su cama y cerró los ojos. Estaba más cansada de lo que jamás recordaba haber estado. No obstante, habría jurado que no lograría volver a dormirse.

Lo habría jurado.

## 48

El despertar fue un sobresalto.

No era una pesadilla, nada que pudiera alterarla. Simplemente abrió los ojos y no supo dónde estaba.

Se incorporó de un salto y el choque con la realidad la golpeó.

El refugio, las chicas, el bosque, sábado, la vuelta a la normalidad.

Suspiró con fuerza, se llevó una mano a los ojos y se los frotó. Tenía la garganta seca y un pésimo sabor de boca, sin duda por la cena de la noche anterior. Claro que si hubiera llevado comida auténtica o seis mantas, habría despertado sus sospechas…

Habría dado cualquier cosa por una ducha y por tener agua para lavarse los dientes y la cara.

El bolso estaba en el suelo, a su lado, tal como lo había dejado. Y las chicas…

Parpadeó un par de veces, aún adormilada.

La cama de Blanca estaba vacía.

Se levantó. Estaba amaneciendo, y por las rendijas de las contraventanas y de la puerta penetraba ya bastante luz, de modo que en cualquier momento podían despertarse las otras. Ella no las despertó. Miró la hora y comprendió que aún era temprano. En coche llegarían a casa de Isabel en quince o veinte minutos, y no era cosa de aparecer por allí a las siete de la mañana. Una vez completamente despejada, se preguntó por qué estaba vacía la cama de Blanca.

Abrió la puerta con cuidado, y la luz de fuera le hizo cerrar los ojos. Unos instantes después, ya adaptada a la nueva situación, vio a su alumna. Estaba tumbada en un pequeño claro iluminado por los primeros rayos del sol. Caminó hacia ella, y bastó un leve roce de sus pies con una ramita para que Blanca girara la cabeza y la viera.

—¡Hola, buenos días! —la saludó muy radiante para ser la hora que era.

—Hola, Blanca —musitó María.

—¿Qué tal?

—Me duele todo el cuerpo.

—Huy, huy, huy —cantó la chica—. Eso es mala señal.

—¿Qué haces aquí?

—Me he despertado hace unos minutos. Tengo que dormir sin nada de luz, ¿sabe? Apenas hay un poco de claridad, ¡zas!, se me abren los ojos, y ya no puedo dormirme. Me he salido para no molestar a nadie. Esto es precioso.

—Sí, sí que lo es —admitió María.

Blanca se incorporó, para quedarse sentada junto a su profesora. Se cogió las rodillas con ambas manos y apoyó en ellas la cabeza, pero de lado, mirando a la monja. Estaba tan guapa como siempre, pese a la mala noche y a que no había podido lavarse ni arreglarse.

—Me alegra estar a solas con usted —dijo Blanca.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Era demasiado temprano para algo como aquello, y tenía la vaga sensación de estar todavía poco lúcida. Las palabras de Blanca le disiparon los últimos restos de somnolencia.

—Lo de Isabel no fue un accidente, ¿verdad?

Miró a la chica. Blanca no se había movido. Sonreía con intención, y sus ojos lo reflejaban.

—No entiendo.

—Vamos, María.

—Si no fue un accidente, ¿qué fue?

—Isabel debió de tomarse algo, pastillas o lo que fuera. La expulsión fue demasiado para ella.

Trató de no inmutarse, pero no supo si lo hacía bien. Temió que la traicionara todo, hasta su aparente frialdad.

—¿Estás segura de lo que dices? —preguntó.

—No soy tonta —repuso Blanca—. La conozco. Se le hundiría el mundo, y con unos padres como los suyos… Aparte de que las personas que lo tienen todo, en el fondo son débiles y no saben encajar los golpes. Isabel tiene un sentido trágico de la vida, es melodramática.

—Hay mucha gente así, ¿no crees?

—Me parece una estupidez, qué quiere que le diga.

—¿No eres muy dura?

—Soy realista, María —abandonó su posición para sentarse enfrente de la monja y poder mirarla sin esfuerzo—. Usted me cae bien, es genial, en serio, pero no deja de ser una monja. Aún cree en la inocencia.

—Sí, creo en la inocencia —reconoció María.

—Yo creo que nada es inocente.

—Lo lamento.

—¿Por qué? —Blanca sonrió—. Prefiero ser fuerte, y vivir. ¿No dicen que esto son cuatro días, y que encima en dos está nublado?

—Demasiado duro para una chica de diecisiete años.

—¿Me va a decir la verdad?

—¿Me la vas a decir tú?

—¿Yo? ¿Qué quiere que le diga yo? —Blanca puso cara de sorpresa—. Sólo hay una cosa clara: que yo no soy la única que conoce la naturaleza humana, y concretamente la de Isabel. La borde que la denunció sabía que le iba a hacer mucho daño.

María sintió una opresión en el pecho.

—¿Tienes idea de quién pudo…?

—No, y me lo he preguntado —reconoció ella—. Supongo que usted también. No me diga que no.

—Me lo he preguntado, sí.

—También habrá llegado a la conclusión de que tuvo que ser una de nosotras cinco, porque la teoría de una misteriosa chica que viera entrar o salir a Daniel esa noche…

—¿Qué?

—Nada, que no se sostiene.

—Sois amigas suyas.

Se encontró con la mirada de Blanca, y su silencio fue más expresivo que una declaración de principios.

—¿Le has comentado a alguna tus sospechas? —preguntó María.

—No —contestó rápida Blanca.

—¿Por qué?

—No quiero problemas. Me duele que haya una hija de mala madre, con perdón, pero es asunto suyo y de Isabel, no mío.

—No comparto tu criterio —se sinceró María—. Como dijo Gandhi, «la peor violencia es la indiferencia». De todos modos, ahora te pido yo que no comentes esas sospechas ni hables de tu teoría del suicidio.

—¿Por Isabel?

—Por Isabel.

—Así que tengo razón: lo hizo.

—Yo no he dicho eso.

Blanca entrecerró los ojos. Su mirada se hizo más inquisitiva.

—¿Sabe lo que creo? —susurró despacio.

—¿Qué?

—Que ha organizado el viaje y todo esto para descubrir quién de nosotras la delató.

—¡Blanca!

Lo dijo sin fuerzas, acorralada.

—Vale, vale —la chica levantó las manos con las palmas vueltas hacia su profesora—. No he dicho nada.

—Que esté preocupada no significa que… —trató de decir algo sensato María.

—Hakuna matata —bromeó Blanca—. No problem —cambió de expresión, y tomando la iniciativa agregó—: Pero si tengo razón en lo del intento de suicidio, esa cerda debería saberlo, para que se diera cuenta de lo que estuvo a punto de provocar.

María se levantó, incómoda y aturdida.

—¿Qué le pasa? —preguntó Blanca—. Creía que éste era un diálogo entre adultos. ¿De qué tiene miedo?

La miró desde lo alto.

—Puede que, después de todo, no sea bueno saber la verdad —vaciló.

—Usted dijo que siempre es mejor saber la verdad.

Se sintió tocada.

Dio media vuelta para ir al refugio, aunque seguía siendo temprano. Pero antes de que diera dos pasos, la detuvo de nuevo la voz de Blanca.

—Si aún le interesa el tema, yo que usted estaría muy atenta, María. Un enemigo siempre quiere que la víctima sepa que la causa de sus males ha sido él. Ése es su placer. Un amigo, no. Por eso, los amigos son peores que los enemigos.

María sintió un aldabonazo, pero no supo por qué.

La aparición de Esther en la puerta del refugio interrumpió sus pensamientos.

## 49

Esther se estiraba todo lo que podía, que no era mucho, y su silueta tenía el aspecto de un árbol retorciéndose en un vano intento de crecer. Ese gesto iba acompañado de un prolongado suspiro, y su rostro enrojecía más y más a medida que se prolongaba el esfuerzo.

Cuando acabó, María estaba muy cerca de ella.

—¡Jo! —las saludó Esther a su estilo—. ¿Ya han puesto el bosque?

—Ahora mismo —respondió Blanca—. Un enjambre de gnomos monísimos.

—Ya, ya, por eso estás tú sentada ahí en medio.

María admiró la vitalidad de las chicas. Amanecía, y ya estaban a cien.

Especialmente Blanca.

Todavía sentía el peso de sus palabras.

—¿Están despiertas las demás? —quiso saber antes de entrar.

—No, siguen roques —la informó Esther—. Yo estaba adormilada y he oído voces, por eso me he levantado. ¿Qué hora es?

Blanca, que se había acercado después de incorporarse, oyó la pregunta y se adelantó a la respuesta de María.

—En el mundo civilizado es la hora de acostarse un sábado por la mañana.

—Ah —bostezó Esther.

María miró la distancia existente entre el refugio y el lugar donde habían estado hablando Blanca y ella. Se preguntó si Esther habría oído algo.

Y concluyó que no, que era imposible.

La cabeza le daba vueltas.

—Escuchad —les dijo—. Voy a ver si arranca el coche. Luego buscaré un riachuelo donde coger agua para adecentarnos un poco. Mientras, vosotras podéis despertar a las demás y prepararos.

—¿Y si no arranca el coche? —Esther volvió rápidamente a la realidad.

—Habrá que hacer a pie unos diez o quince kilómetros, ¿recuerdas? —la asustó deliberadamente Blanca, sin ningún remordimiento.

—Tened fe —aconsejó María.

Entró en la cabaña y cogió su bolso y las dos botellas de plástico. Yolanda, Teresa y Gloria seguían durmiendo. Algunas no abrían los ojos aunque cayera una tormenta. Ventajas de la edad. Salió de nuevo y encontró a las otras dos en el mismo sitio.

—No tardaré más de diez o quince minutos. Pero tampoco hace falta que os deis prisa. De todas formas vamos a llegar muy temprano.

—Vale —suspiró Esther.

Los ojos de María y los de Blanca se encontraron una vez más.

Los de la chica, entrecerrados, reflejaban inteligencia, o malicia, o seguridad. O las tres cosas a la vez. Los de María aún expresaban desaliento, no sólo por la dureza de algunas palabras de su alumna, sino también por su fracaso.

Y era ésa una sensación tan desconocida para ella que le dolía en el alma.

Allá donde el dolor no puede paliarse.

## 50

Blanca y Esther la vieron alejarse por la senda, con su paso vivo de siempre. Ninguna de las dos habló hasta que la monja hubo desaparecido de su vista. Entonces lo hizo Esther.

—Es una tía estupenda —dijo con ternura.

—Ajá —exclamó Blanca.

—Me encanta.

—Ajá.

—Y además es muy lista.

Este comentario hizo que Blanca abandonara su indiferencia.

—Tal vez —dudó—, pero es como todas.

—¿Qué quieres decir?

—Que todo lo que saben lo han aprendido en los libros, pero no lo han vivido.

—Ella fue hippy.

—Ya ves tú. Eso fue una ilusión de los sesenta y comienzos de los setenta.

—Creía que te caía bien.

—¿Quién dice que me caiga mal? Sólo he dicho que de la vida no sabe nada. Es una ingenua. Aunque tal vez por eso sea tan buena tía. De todos modos no deja de ser una monja.

—Pues vaya descubrimiento —bufó Esther.

—Es que se trata de eso, de que es demasiado progre para monja y demasiado buena para tía normal.

—No sabía que pensaras eso de ella.

—Pues ya ves.

—Eres demasiado dura.

—A ti te cae bien todo el mundo.

Esther reflexionó unos segundos. Sin duda buscaba alguien a quien le tuviera manía, verdadera manía. Y no debió de encontrar a nadie.

—Sí, supongo que sí —aceptó.

—La inocencia es peligrosa, pero tiene que ser ideal para vivir.

—¡Eh, para ya! ¿Qué te pasa? ¿Te has levantado con el pie izquierdo?

—¿Yo? —Blanca sonrió abiertamente—. Estoy estupendamente.

—Pues te ha dado por filosofar, que no veas —miró el lugar por donde había desaparecido María y preguntó—: ¿De qué hablabais?

—De nada.

—Venga, mujer.

—De nada, en serio. ¿De qué quieres que habláramos a esta hora de la mañana?

El nuevo silencio les recordó su deber, al menos a Esther.

—Bueno, vamos a despertar a las otras —le guiñó un ojo con malicia.

Blanca no sonrió, pero aceptó la indicación.

Y las dos entraron en el refugio gritando como si el mundo fuera a terminarse en unos instantes.

## 51

Mientras se dirigía hacia el minibús, María intentaba sin éxito ordenar sus ideas. Su cabeza era como un avispero, y cada avispa zumbaba por su lado, provocando un caos de pensamientos.

Sin embargo, su instinto le decía que casi lo tenía, que estaba cerca, muy cerca.

Y su voz interior le gritaba que la respuesta estaba ahí delante.

Sólo tenía que abrir los ojos y verla.

Llegó al vehículo nerviosa y excitada. Abrió el capó y volvió a conectar el cable que ella misma había desconectado. Por precaución, decidió comprobar que el minibús arrancaba bien. Se sentó en su asiento, metió la llave, le dio media vuelta para hacer contacto y, al segundo intento, el motor del coche rugió por primera vez en la mañana. Se sintió aliviada.

No lo paró inmediatamente. Dejó que rugiera un par de minutos, para calentarse un poco y contrarrestar la humedad de la mañana. Entretanto volvió a pensar en las palabras de Blanca.

No era tonta, desde luego.

Tenía intuición. Había adivinado el intento de suicidio de Isabel y el porqué de la presencia de todas ellas allí…

María miró hacia la senda, como si pudiera verlas.

Le había dicho a Blanca que ya no sabía con certeza si quería descubrir la verdad.

Y era cierto. Tanto como lo contrario.

Quería descubrirla porque seguía pensando que la delatora era una víctima, pero ahora temía conocerla.

Las últimas palabras de Blanca volvieron a sonar en su mente: «Si aún le interesa el tema, yo que usted estaría muy atenta, María. Un enemigo siempre quiere que la víctima sepa que la causa de sus males ha sido él. Ése es su placer. Un amigo, no. Por eso, los amigos son peores que los enemigos».

Por eso, los amigos son peores que los enemigos.

Peores cuando están resentidos.

Cuando pueden llegar a… odiar.

Tuvo un estremecimiento y apagó el motor del minibús. El silencio no la ayudó a concentrarse. Pasó unos segundos expectante.

Estaba allí, lo tenía, lo tenía.

Abrir los ojos y ver.

Se agitó nerviosa, molesta consigo misma, y bajó del minibús, cerrando de un portazo. La semana anterior había localizado un riachuelo, y caminó decidida hacia él. Quería llenar las botellas de agua. Así podrían lavarse un poco y salir cuanto antes. Quería huir del bosque.

Llegó al riachuelo, dejó las dos botellas y se lavó la cara. El agua fresca la despejó, le devolvió toda su vitalidad. Si no hubiera sido por las chicas, se habría quedado allí un rato. Así, se apresuró a llenar las botellas.

Fue a levantarse, pero antes se miró en el agua, de nuevo quieta.

Ella.

Su imagen en el fondo del arroyo.

La paz en la que se reflejaba su infierno.

«Si aún le interesa el tema, yo que usted estaría muy atenta, María. Un enemigo siempre quiere que la víctima sepa que la causa de sus males ha sido él. Ése es su placer. Un amigo, no. Por eso, los amigos son peores que los enemigos».

La voz de Blanca.

Y entonces, sin más, lo supo.

La última pieza del puzzle encajó.

## 52

Como no había mucho que hacer, las cinco la esperaban ya sentadas en torno a la mesa de piedra, con las contraventanas abiertas. La llegada de Blanca y Esther para despertar a las otras tres había provocado una batalla campal de todas contra todas. El final, entre grandes carcajadas, había sido tan rápido como el comienzo. Ahora reinaba la calma.

—¿Cuánto hace que se ha ido? —preguntó Gloria.

—Casi un cuarto de hora, no sé. Ha dicho que también iba a buscar agua —respondió Blanca.

—Ya. ¡Como si aquí hubiera una fuente detrás de cada árbol! —se burló Teresa.

—Veréis cómo el cacharro ese no arranca —vaticinó pesimista Esther.

—Pues yo me quedo aquí —dijo Gloria—. Vais, y me enviáis un coche.

—¡Qué cara! Si nos ponemos así, será mejor que vaya una sola y el coche nos recoja a las demás —sugirió Yolanda.

—Eso es, que vaya María —convino Blanca.

—¡Dejaos de tonterías! Estamos todas embarcadas en esto, y no tendría gracia —afirmó Teresa.

—Menuda noche, ¿no? —dijo Esther—. Ahora que ya ha pasado todo y es de día… Ha estado bien.

—Cuando le contemos a Isabel lo cerca que estábamos de ella… —apuntó Gloria.

—¿Os dais cuenta de que va a ser la primera vez que la veamos desde la mañana en que la expulsaron? —preguntó Blanca.

—Sí, ¿y qué? —Yolanda no acababa de entender el sentido y la forma del comentario, sobre todo proviniendo de quien provenía.

—Nada, que ni siquiera sabemos cómo está ni cómo se tomó la cosa.

—¿Cómo quieres que esté? —dijo Esther—. Hecha polvo. Para eso vamos a verla, para darle ánimos y decirle que estamos con ella, ¿no?

—¿Y si nos pregunta si sabemos quién la delató o de quién sospechamos…?

El interrogante de Blanca quedó flotando sobre las cinco como una araña que, colgada del techo, las observara con sus ocho ojos.

—¿Qué podemos decirle? —insistió Yolanda.

—Isabel se imaginará que fue una de nosotras, por mucho que lo neguemos o tratemos de disimularlo —contestó Blanca.

—¡No digas burradas! —se enfadó la propia Yolanda.

—¡Cómo eres! —la secundó Esther.

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó Gloria, extrañada.

—Desde que expulsaron a Isabel, todas hemos cambiado —dijo Blanca despacio.

—¡Pero qué dices! —Yolanda seguía irritada.

—Tú no querías venir a verla; yo al comienzo, tampoco; Gloria y Teresa llevan unos días más contentas que unas pascuas, y Esther…

—¡Oye, tú, para el carro! —estalló Teresa.

—¿Quieres decir que yo estoy más contenta que unas pascuas por su expulsión? —la apoyó Gloria.

Blanca no cambió el tono pausado de su voz.

—Isabel era y es nuestra amiga, pero eso no excluye que cada cual tenga sus manías, y que esas manías les caigan mal a las demás. Yo me burlaba de ella, de sus cosas, y de la misma forma, cada una podía tener algo contra ella, como lo tendréis contra mí. Es natural.

—¡Estás loca, tía! —protestó con rabia Esther.

—No, déjala —dijo de pronto Yolanda frunciendo el ceño—. Blanca no habla por hablar. Así que ¿adónde quieres ir a parar?

—María me ha pedido que no lo dijera.

—¡Venga, no te hagas la interesante ahora! —casi gritó Teresa.

—¿Has hablado con María? —preguntó extrañada Esther.

—¡Ay, Dios! —gimió Gloria.

Ahora no había paz; todas estaban excitadas, con los nervios a flor de piel. Y Blanca lo soltó.

—No tengo ninguna prueba. Es sólo una corazonada, pero no suelo equivocarme. Creo que Isabel intentó suicidarse después de la expulsión.

Fue como si la araña les hubiera clavado las uñas a todas, o como si les hubiera caído encima un jarro de agua fría, helada. La palidez de los rostros hacía juego con el blanco de los ojos, dilatados por el estupor. Blanca paseó la mirada por sus cuatro compañeras, observándolas con atención. Se detuvo especialmente en Yolanda.

Y a ella se dirigió cuando volvió a hablar.

—Piénsalo —le dijo—. Tú conoces bien a Isabel.

—Entonces…, ese accidente… —dijo casi sin voz Esther.

—¿Qué queríais, que nos dijeran la verdad? ¡Menudo palo! —comentó Blanca.

—Santo Dios… —suspiró Teresa.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si estás montando este número para hacerte la importante? —habló Gloria.

—No, tiene razón —Yolanda asentía con movimientos de cabeza a medida que se abría paso en su mente la posibilidad del suicidio—. Isabel es…

—¿Qué te ha dicho María? —preguntó Esther.

—Nada.

—¿Nada?

—No, nada. Se lo he sugerido y ha soslayado la cuestión. Es lista. Me ha pedido que no le contara a nadie mis sospechas.

—¡Pues sí que haces tú caso a la gente! —objetó Gloria.

—¿Habríais preferido que no os lo dijera? —Blanca sonrió—. Sois mis amigas, ¿no?

—En todo caso, nunca se sabrá la verdad.

Las cuatro miraron a Yolanda.

—¿Por qué? —preguntó Teresa.

—Porque si ha sido una de nosotras, la responsable no lo dirá jamás. No será tan estúpida. Se llevará el secreto a la tumba.

—Pero entonces… —el rostro de Esther cambió—, viviremos siempre pensando que…

—Por una vamos a pagar todas —confirmó Blanca.

—Peor lo tiene la delatora, ¿no creéis? —dijo Yolanda con la mirada perdida—. Si Isabel intentó suicidarse, su delatora vivirá con eso en la conciencia, y no me gustaría estar en su piel.

—Ni a mí —dijo Esther.

—Ni a mí —dijo Teresa.

—Ni a mí —dijo Gloria.

—Ni a mí —dijo Blanca.

No se dieron cuenta de que, lo mismo que Yolanda, todas tenían ya la mirada perdida en ninguna parte.

Todas menos una, que miraba hacia su interior.

## 53

María llegó al refugio en el momento en que Blanca decía: «Desde que expulsaron a Isabel, todas hemos cambiado».

Su primera intención fue entrar tranquilamente y darles la noticia de que el minibús funcionaba correctamente. Pero la desechó en el acto. Con las ventanas y la puerta abiertas, las oía perfectamente, aunque no las veía, igual que las cinco no podían verla a ella.

Lo que Blanca estaba diciendo, tendría que volver a hablarlo con ella a solas, pues era muy grave y quizás encerraba la última clave.

Quería oírlas.

«¡Pero qué dices!», era la voz de Yolanda.

«Tú no querías venir a verla; yo al comienzo, tampoco; Gloria y Teresa llevan unos días más contentas que unas pascuas, y Esther…».

Teresa la rebatía, Gloria se enfadaba. Blanca seguía hablando.

Tan implacable como cuando, unos minutos antes, estaban las dos solas fuera del refugio.

María se dio cuenta de que las oía, pero ya no las escuchaba.

Eran el eco de sus propios pensamientos.

Yolanda no quería acompañarlas. Isabel le había quitado una oportunidad.

Blanca se sentía superior, y le desagradaba la perfección del mundo ideal de Isabel.

Gloria se había alegrado de la expulsión porque le dejaba vía libre para volver con Daniel.

Esther era inocente.

Y Teresa, la mejor amiga de Isabel.

Teresa.

¿Por qué alegraba a una chica la expulsión de su mejor amiga?

María dejó caer la cabeza sobre el pecho. Después de todo, el viaje había funcionado. La noche anterior, cuando todas hablaron de sí mismas, Teresa habló de sus padres, y Blanca, siempre ella, aunque en este caso sin conocer todo el alcance de sus palabras, lo dijo: «Tú lo tienes crudo, querida. Tu mejor amiga es la lista de la clase, y vuestros padres se conocen, así que te darán la vara con eso».

Una vieja historia.

Casi tan vieja como las relaciones humanas y el mundo.

Esperó unos segundos más. No quería delatarse. No quería entrar y que notaran algo en su rostro o en sus ojos. No eran tontas. Cada generación suele superar a la anterior, y ellas eran la prueba. Además, el corazón le latía demasiado deprisa.

Blanca y su dedo en la llaga.

El intento de suicidio de Isabel.

Cinco reacciones.

María continuó inmóvil.

«En todo caso, nunca se sabrá la verdad».

Cuatro de ellas la decían. Una, no.

Las últimas palabras.

«Por una vamos a pagar todas».

«Peor lo tiene la delatora, ¿no creéis? Si Isabel intentó suicidarse, su delatora vivirá con eso en la conciencia, y no me gustaría estar en su piel».

«Ni a mí».

«Ni a mí».

«Ni a mí».

«Ni a mí».

María ya no esperó más. Dio los tres pasos que la separaban de la puerta y, antes de atravesarla, se hizo notar.

—¿Listas para partir? —preguntó—. El coche arranca como si nunca le hubiera pasado nada.

Tras unos segundos de desconcierto, Esther consiguió proferir un contagioso:

—¡Bien!

## 54

El refugio ya estaba limpio, las contraventanas cerradas, el fuego del hogar apagado, y los desperdicios los llevaba Yolanda en una bolsa. María, que había sido la última en salir, para asegurarse de que todo estaba en orden, se disponía a cerrar la puerta.

Echó una ojeada a sus cinco alumnas. Avanzaban ya por el sendero. Ninguna miraba hacia ella.

Dejó el bolso detrás de la puerta y la cerró.

No corrió para alcanzarlas, no era necesario. Blanca y Yolanda abrían la marcha; las seguían, en fila india, Gloría, Teresa y Esther. La anchura de la senda no les permitía caminar en grupo, ni en fila de tres. Cada una llevaba su bolsa e iban las cinco en silencio.

María lo rompió.

—Si estuviera aquí sor Mercedes, os daría una clase de ciencias naturales sobre el terreno.

—¡Ay, calle, que es sábado! —se quejó Esther.

—¡Qué horror, pasar la noche aquí con sor Mercedes! —exclamó Blanca.

—Blanca… —la reprendió María.

—¡Tranqui que hay confi! —dijo Esther.

Era la que ahora estaba más animada. Yolanda, Teresa y Gloria no hablaban.

María se acercó a Esther. Necesitaba alejarla de allí.

—Ve y dile a Blanca que tiene una araña en el pelo —le susurró al oído.

—Vale —aceptó encantada.

Adelantó a Teresa y a Gloria.

Ahora era Teresa la última de las cinco.

—Blanca, tienes una araña en el pelo —dijo Esther, al alcanzar a su compañera.

—Allá ella —contestó despectiva Blanca.

Yolanda volvió la cabeza, vio la cara de Esther e inmediatamente dio un paso atrás gritando:

—¡Huy, sí! ¡Es enorme!

Blanca reaccionó en el acto. Dejó caer la bolsa y empezó a darse manotazos en el pelo.

—¡Ayúdame! —le gritó a Yolanda.

Esther no pudo contener la risa. Su cómplice la secundó. Gloria y Teresa, al ver que era una broma, hicieron lo propio, y el bosque se llenó de carcajadas.

María suspiró. Como los deportistas de elite, se recuperó en un abrir y cerrar de ojos y no se dejó amargar más de lo necesario.

No desperdició su oportunidad. Mientras Blanca acababa también por reír, llamándolas bordes, se llevó una mano a la frente y con la otra retuvo a Teresa.

—¡Seré tonta! ¡Me he dejado en el refugio el bolso con las llaves! —gritó para que la oyeran todas. Y dirigiéndose a Teresa, añadió—: ¿Me acompañas? Prefiero no ir y venir sola.

—Bueno —asintió Teresa.

—Y nosotras, ¿esperamos aquí? —quiso saber Yolanda.

—No, no hace falta. Seguid el caminito y llegaréis al minibús.

—Vale —respondieron.

María y Teresa comenzaron a desandar lo andado, mientras las otras cuatro reanudaban su marcha.

María disponía de muy poco tiempo, y no sabía cómo reaccionaría la muchacha, ni cómo…

Así que se lo dijo sin perder mucho tiempo.

Sólo el que tardó en pedirle a Dios toda la ayuda que pudiera darle.

—¿Por qué lo hiciste, Teresa?

## 55

La muchacha se detuvo en seco.

—¿Qué?

La traicionaron los ojos, el temblor de la mandíbula, la palidez absoluta del rostro.

—Escucha, apenas tenemos tiempo… —intentó proseguir María.

—¿De qué me habla?

—De Isabel.

—¿Cree que yo…? —fingió sorpresa, arqueó las cejas, abrió los ojos. Pero fue inútil.

—Teresa, ya no importa. Sólo quiero hablar contigo.

—No fui yo.

—Por Dios, ¡quiero ayudarte! —casi gritó María.

—Entonces, déjelo —a punto de llorar, intentaba reanudar la marcha. El refugio estaba ya a la vista.

María la detuvo.

—No es lo que tú crees —le dijo cuando la tuvo frente a frente, antes de que pudiera volver a hablar—. No pienso decir nada. Lo hago por ti, no por Isabel.

—¿Que lo hace por mí? ¿Me está acusando y dice que lo hace por mí?

—Quiero ayudarte —repitió la monja, mirándola fijamente.

Las envolvió un silencio cargado de presagios. María temió que Teresa volviera a negarlo y se alejara, soltándose de sus manos. Pero eso fue tan sólo en el último instante de crispación. Luego, la chica se desmoronó como un árbol herido por un rayo.

El peso de su secreto hizo el resto.

Comenzó a llorar suavemente.

María se sintió tentada de abrazarla y consolarla, pero no lo hizo.

La dejó llorar segundo a segundo.

Purificarse.

—Usted no sabe… —balbuceó de pronto.

—Creo que sí.

—No puede saberlo.

—Es duro vivir siempre a la sombra de otra persona, ¿me equivoco?

Teresa afrontó su mirada.

—Muy duro —aceptó.

—Vuestros padres son amigos, socios, están siempre juntos, y vosotras dos estáis haciendo los estudios en el mismo centro y en el mismo curso, pero con una diferencia sustancial: Isabel tiene éxito en todo, es brillante, simpática, y encima nada egoísta, buena amiga y compañera. Tú, en cambio, tienes que esforzarte mucho, y aun así, tus notas no son como las suyas. Tu padre te repite una y otra vez que Isabel es mejor, que no trabajas bastante, tal vez hasta te humilla diciendo que eres tonta.

Teresa sonrió con amargura.

—Bingo —musitó.

—Es tu mejor amiga… y tu peor enemiga —suspiró María.

Sus manos, sin fuerzas, soltaron los brazos de la chica. Pero Teresa ya no se movió. Ya no se habría movido aunque el mundo entero se hubiera hundido a su alrededor.

—Es fácil decirlo —ahora ya no lloraba, aunque seguía atenazada por la tensión—. Ha hecho un… buen resumen. Pero… vivirlo día a día, año a año…

—¿Siempre ha sido así?

—Sí, en todo —asintió Teresa—. Hasta en algo tan importante para mí como el amor. Isabel conseguía el chico que se proponía, todos iban detrás de ella, y a mí… o no me duraban o…

—¿Y el Felipe de que hablaste anoche?

—Primero fue a por Isabel. Y cuando Isabel pasó de él, se fijó en mí.

Lo dijo con naturalidad, pero sangrando.

—Siempre he sido segundo plato —concluyó al ver la tristeza en el rostro de su interlocutora.

—Tú eres tú, Teresa. ¿Es que no te das cuenta?

—¿Lo dice en serio?

—Ha tenido que ser duro, pero aun así…

—María —la detuvo.

—¿Qué?

—No me arrepiento.

—No digas eso.

—Cuando vi la oportunidad de ganar por primera vez y de librarme de Isabel… Ya sé que sólo faltaban unas semanas para el final del curso, y que luego no íbamos a estudiar juntas, pero… Quería ganar, ¿entiende? Quería ganar, quería vengarme de todos estos años y decirle a mi padre: «¿Lo ves?». Así dejarían de hablarme de Doña Perfecta. ¡Lo necesitaba!

—Y has ganado —le confió María—, pero no pensabas que Isabel pudiera hacer lo que hizo.

Fue un disparo directo.

Teresa lo acusó.

—Entonces… ¿es cierto? —susurró.

—Sí.

—¿Cómo…?

—Intentó cortarse las venas. Si no la hubiera encontrado yo, habría muerto, desangrada.

—¡Dios mío!

Se llevó una mano a la boca y otra al estómago. Contuvo la primera arcada, pero la segunda no. Con ayuda de María, se inclinó hacia delante y vomitó.

—Echa todo —le pidió la monja.

Cuando cesaron los vómitos, Teresa se irguió. Luego rompió a llorar, esta vez de forma incontenible y, ahora sí, María la abrazó.

—Yo… no… que… ría…

Le dio unas palmadas en la espalda, le acarició la cabeza.

—A pe… sar de to… do…, es mi… es mi a… miga…

—Siempre se ha portado bien contigo —susurró María.

—Sí…

Levantó la cabeza, mientras la muchacha se desahogaba, y contempló los árboles, el hermoso azul del cielo. El aire era puro, incontaminado.

Todo parecía lejano.

Aunque al mismo tiempo estaba cerca.

—Vamos, Teresa —dijo María—. Tenemos que volver con las otras.

—No.

Se apartó de ella con miedo.

—No voy a contar nada. Te repito que quiero ayudarte.

—¿Cómo va a ayudarme?

—Quería saber quién es la delatora para salvarla.

—¿Salvarme? ¿De qué? —preguntó perpleja la chica.

—De ti misma y de tus recuerdos.

—No la entiendo.

—Quizás no sea adecuado hablar de salvación —explicó la monja—. También a mí me dan miedo los salvadores. Sería más exacto decir que debes ayudarte tú misma.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo, decirles a todas que soy la delatora?

—No, decírselo a Isabel.

—¿Qué dice?

—¿No lo comprendes? Es tu única posibilidad. Es un problema entre tú y ella —no incumbe a nadie más—, pero eres tú quién tendrá que cargar toda la vida con ese peso en la conciencia. Si no te libras de él, acabará hundiéndote.

—No puedo…

—No te das cuenta porque tienes diecisiete años. Pero nadie puede vivir con un lastre así, y menos tú, que eres honesta, pese a lo que puedas creer. Si ahora ya te sientes mal, imagínate con el paso de los años. ¡Tienes que decírselo, Teresa, y hoy mismo! ¡No esperes! Eso es lo que importa, y por eso quería saber quién lo hizo.

—Isabel me odiará —musitó Teresa.

—Es mejor que te odie ella y no que te odies tú —dijo María—. Pero estoy segura de que no será así. Al principio tal vez, pero después… Ya conoces a Isabel. Es tu amiga y te quiere.

Teresa cerró los ojos y fue como si, al hacerlo, toda la tensión se relajara y desapareciera de pronto. Su respiración recobró el ritmo normal, sus manos cayeron a los lados del cuerpo, su rostro se levantó como buscando un poco de la luz que se filtraba entre las copas de los árboles.

—No sé si…

—Podrás —afirmó María.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque un error no puede empañar el perfil de una persona buena.

—Jesús —suspiró sin fuerzas la muchacha.

—No todo el mundo tiene una segunda oportunidad —dijo María.

—Si Isabel hubiera muerto…

—No murió, olvida los condicionales. Está viva, y tú también.

Teresa asintió con la cabeza. Por primera vez, sonrió sin dolor.

—Esther tiene razón: es usted increíble —aceptó.

—Una tía legal, ¿no? —abrió las manos expresivamente.

La chica dio el primer paso, pero su profesora estaba aún con los brazos abiertos, esperándola. Las dos se abrazaron de nuevo con ternura.

La paz del bosque penetró en ambas.

—¿Hoy? —susurró Teresa a su oído.

—Hoy —dijo categórica María.

—Será difícil.

—Lo sé.

El abrazo se prolongó unos segundos, bastantes segundos. Luego, se separaron.

Y antes de dar el primer paso, Teresa lo resumió todo en una palabra:

—Gracias.

# EPÍLOGO

Desde la ventana del corredor, María miraba hacia el patio, donde las alumnas aprovechaban el recreo para hablar, jugar o repasar los temas de un examen. Mientras sus ojos iban de una a otra, reía o simplemente pensaba en algo relacionado con ellas. Allí estaban Gloria, Esther, Yolanda, Blanca y Teresa.

Las dos primeras hablaban entre sí, la tercera discutía acaloradamente con la profesora de historia, la cuarta jugaba con toda su fuerza y la quinta estudiaba o leía, Dios sabía qué.

No advirtió la presencia de la superiora hasta que oyó su voz.

—Dichosos los ojos.

Volvió la cabeza y la encontró a su lado, solemne.

—Ah, hola, madre.

—Esta semana apenas la he visto —dijo la directora del centro.

—Bueno, ya sabe…

—Sí, sé que cuando no anda metida en algún lío, no tiene por qué pelearse conmigo.

—Yo no me peleo con usted —contestó asustada.

La superiora sonrió.

—Era una forma de hablar —la tranquilizó.

—Me alegro —suspiró María.

Las dos miraron en silencio al patio, donde las alumnas daban rienda suelta a su vitalidad. Pero el silencio no duró demasiado tiempo.

—Desde el pasado fin de semana está muy tranquila —indicó la superiora.

—Es cierto —admitió María.

—¿Significa eso algo especial?

—No. ¿Debería significarlo?

La superiora no se anduvo por las ramas.

—¿Debo pensar que ha descubierto usted…? —dejó la frase sin terminar.

—Es posible —respondió evasiva María.

—No está dispuesta a decirme nada, ¿verdad?

Ahora, la respuesta fue categórica.

—No.

La superiora suspiró, pero sin enfado.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo.

—Sí.

—¿Ha servido de algo?

María miró a Esther, a Blanca, a Yolanda, a Gloria y a Teresa.

Esther siempre sería feliz, ingenuamente feliz, como todas aquellas que carecen de malicia. Gloria tenía que superar su timidez, crecer y madurar, algo que el tiempo se encargaría de hacer. Yolanda estaba llamada a triunfar; pero, por exigirse demasiado, difícilmente seria feliz. Blanca era la que más peligro corría: demasiado madura para su edad, demasiado joven como para no equivocarse. Pero también ella tenía su oportunidad.

Y por supuesto Teresa.

Teresa y todas las Teresas del mundo, frágiles barcos en mitad del océano a la búsqueda de un puerto.

—Sí —dijo María, convencida—. Ha servido de mucho.

Ella no lo vio porque seguía con los ojos fijos en Teresa, pero la superiora le dirigió una mirada llena de orgullo.

Y en ese momento, el sonido del timbre indicó que el recreo había terminado y todo el mundo debía reintegrarse a su labor.

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).